

A full-page portrait of a man with dark hair and a beard, wearing a grey suit, white shirt, and blue tie. He is looking directly at the camera with a serious expression. The background is dark and out of focus.

SIEMPRE
HAS
SIDO

Mia

MARCOS A. C.

SIEMPRE

**HAS
SIDO**
Mia

MARCOS A. C.

SIEMPRE

HAS

SIDO

Mia

MARCOS A. C.

Primera edición.

Siempre has sido mía

©Marcos A.C.

©septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Siempre has sido mía

©Marcos A.C.

©septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



«Cuando se tiene todo en la vida, ¿qué más se puede pedir?»

Esas eran las palabras que solía decir mi padre, un hombre de éxito que vio crecer su empresa y la dejó en mis manos tras su muerte, hacía una década.

Yo no era el primogénito, yo no merecí estar al mando a mis veintiocho años. Ese debería haber sido el lugar de mi hermana mayor, Kimberly, pero ella prefería seguir siendo una más de la empresa, con voz y voto en las decisiones.

Me negué a ser el gran jefe, como se denominaba nuestro padre, ese hombre para quien el amor hacia sus hijos no parecía estar en su larga lista de tareas diarias, le dije a él que pusiera a mi hermana al cargo de su legado y se negó, diciendo que ella no lo había querido nunca y que me prepararon a mí para tal fin.

No se podía discutir con él, era como la banca de los casinos, siempre ganaba.

Nuestra madre no vivió mucho para ver a sus hijos convertirse en adultos de provecho. Kimberly tenía dieciocho años, iba a empezar la universidad y yo no era más que un adolescente de catorce a quien acabaron criando esos últimos años de instituto un par de institutrices, por no hablar de las innumerables amantes de mi padre que desfilaron por la casa desde entonces.

Siempre las tuvo, mi madre era consciente de eso y tal vez fue lo que la llevó a dejarse vencer finalmente hasta reunirse con ese Dios al que tanto rezaba, y con el que yo estaba peleado desde aquella noche en la que murió.

No podía entender que se la llevara a ella, con apenas cuarenta años, una mujer que siempre tenía una sonrisa en los labios, incluso en los momentos en los que la pena la consumía por dentro por culpa de su marido.

* * *

Era un viernes más, uno como otro cualquiera, y la noche de Miami me observaba a través de los grandes ventanales mientras me tomaba un whisky en mi despacho, ese que siempre fue de mi padre.

Nuestra empresa era una farmacéutica y generaba miles de millones de dólares al año, y a excepción del viejo, yo donaba una gran cantidad a organizaciones benéficas que necesitaban cubrir las necesidades de familias sin recursos, o a esas familias que tenían un hijo enfermo que necesitaba tratamiento, incluso a organizaciones que velaban por las mujeres.

Eso siempre quiso hacerlo mi madre, se lo propuso a mi padre y nunca la escuchó, por lo que ella, de la asignación mensual que recibía de la empresa, guardaba gran parte para donar al final de cada año. Cuando falleció, mi hermana y yo decidimos que el dinero que nos dejaba en herencia, se emplearía en una organización, una que llevaba su nombre y nosotros mismos pusimos en marcha, con ayuda del abogado y a pesar de las reiteradas negativas de nuestro padre.

—Señor Black. —La voz de Alice, la secretaria de mi socio y mejor amigo Mike, me llegó desde la puerta.

—¿Aún sigues aquí? —pregunté mirándola apenas por encima del hombro.

—El señor Benson me pidió que terminara un informe y se lo entregara a usted.

—Alice, eres consciente de que llevas trabajando aquí seis meses, que tu puesto no corre ningún peligro, y puedes mandar a Mike a la mierda ¿verdad? —sonreí mirándola al fin, y la cara de aquella pobre chica adquirió un tono muy rojo.

—Nunca haría tal cosa, señor Black.

—Claro que no, no lo harías porque eres una profesional. Pero puedes hacerlo, soy tu jefe y tienes mi permiso.

—Aquí le dejo el informe —dijo mientras dejaba la carpeta negra con el logotipo de la farmacéutica sobre mi escritorio color caoba—. Buenas noches, señor Black.

—Buenas noches, Alice, que tengas un feliz fin de semana.

—Igualmente —sonrió antes de girarse y salir.

No pude evitar echar un vistazo a la secretaria de mi socio.

La habíamos contratado seis meses atrás cuando Margaret, una de las más veteranas de la farmacéutica, se jubiló.

Alice tenía veintiséis años, una bonita media melena color castaño y unos impresionantes y vivos ojos color miel. No debía medir más de metro cincuenta y cinco, se veía más alta por los tacones, obviamente, como muchas otras mujeres. Pero lo que más me gustaba de ella era esa sonrisa que solía lucir cuando pensaba que nadie la veía.

En el momento en el que la vi, cuando mi socio puso los ojos en ella, supe que no sería buena idea contratarla. Debía reconocer, como hombre, que era atractiva y podría ser una buena compañera en la cama, pero no era mi tipo exactamente, a diferencia del de Mike.

Si había algo entre ellos o no, no lo sabía, aunque estaba seguro de que él me habría contado algo. Ya le preguntaría, de todos modos.

Eché un vistazo al informe, tal como le había pedido a Mike investigó a fondo a uno de nuestros posibles nuevos proveedores, necesitaba materia prima de calidad para cada uno de nuestros productos, y en los últimos cuatro años habíamos tenido malas experiencias con dos proveedores. No quería volver a tener ese problema.

Me acabé el whisky que aún sostenía en la mano y cuando dejé el vaso en la mesa, escuché que sonaba mi móvil con la llegada de un mensaje.

n

Perfecto, otra noche que me cancelaba para salir a cenar. ¿Me importaba? Debería, por supuesto, pero en realidad no lo hacía.

Guardé el móvil, cogí las llaves del coche del cajón de mi escritorio y abandoné el edificio en el que aún había gente trabajando, sobre todo en los laboratorios.

Subí al BMW negro que me esperaba en la plaza del jefe, y lo hice rugir por las calles de Miami hasta llegar al lugar en el que sabía que encontraría a Mike.

¿Cuántas veces habíamos ido a ese club desde que cumplimos veinte años? Incontables, eso seguro, pero jamás olvidaríamos la primera, esa en la que nos llevamos a una de las chicas a una habitación, y nos convertimos en , hombres.

Regalo de cumpleaños de mi padre, que nunca fue hombre de mandarte una tarjeta o darte unos cientos de dólares para que te compraras lo que quisieras.

Mike nació un día antes que yo, de ahí que los cumpleaños siempre los celebráramos juntos.

—Señor Black, bienvenido —dijo Arnold, ese tipo de Europa del Este con pinta de armario de cuatro cuerpos.

Asentí y entré en aquel lugar donde tantas otras veces me había refugiado con Mike desde hacía dieciocho años. Era bueno que mi padre fuera socio VIP de aquel lugar, por eso nos permitieron la entrada antes de cumplir los veintiuno.

Busqué el reservado que llevaba mi nombre y fui directo a él, me senté en el sofá con el tobillo cruzado sobre la rodilla y el brazo derecho extendido en el respaldo, como si fuera el puto rey del club, y no tardaron en aparecer una camarera con un vaso de whisky, y una de las chicas con la mejor de sus sonrisas.

—Buenas noches, señor Black —dijo la camarera antes de marcharse.

Miré a la chica, con aquel conjunto escaso de tela, sonrió y solo necesitó una leve señal por mi parte para saber lo que tenía que hacer.

Se giró, cerró las cortinas y nos aislamos del resto del mundo.

Di un sorbo a mi bebida mientras deshacía el nudo de la corbata, ese que parecía estrangularme cada maldito día desde que tomé las riendas de la farmacéutica, y volví a recostarme en el sofá esperando a mi acompañante de esa noche.

No tardó en sentarse a horcajadas sobre mí, llevé ambas manos a sus muslos, eran suaves y noté que se estremecía bajo mi tacto. Se acercó y comenzó a besarme el cuello.

Como en ocasiones anteriores, no sentía nada ante ese gesto.

Aun así, dejé la mente en la blanco, me olvidé de todo lo que llevaba a cuestas desde hacía diez años, y quise disfrutar de lo que esa dulce ninfa de ojos grises y cabello negro me ofreciera.

Al cabo de media hora me tenía enterrado profundamente en ella, haciéndola gemir mientras se estremecía bajo

mi tacto, y apenas unos minutos después me liberé con un orgasmo mucho más intenso de lo que pensaba.

—Eres nueva —dije mientras nos adecentábamos la ropa.

—Llevo un mes aquí —respondió algo tímida.

—¿Te han hablado de mí?

—Sí, señor Black. —Apenas me miraba—. Soy discreta, no se preocupe. Sé que usted así lo pidió siempre, y le doy mi palabra de que nadie sabrá que viene a este lugar, y hace algo más que beber.

—¿Cómo te llamas?

—Nada de nombres —respondió—. Eso también me lo dejaron claro. Espero que haya disfrutado de mi servicio —dijo poniéndose en pie y, sin más, salió del reservado.

No tardé en ver a Mike allí plantado mirando el móvil, le llamé con uno de nuestros silbidos y levantó la cabeza, entró poco después.

—No me podía creer que nuestro reservado estuviera cerrado cuando llegué hace diez minutos —comentó mientras se sentaba—. ¿Qué mierda haces aquí? Te hacía cenando en el mejor restaurante de todo Miami.

—Cancelado. —Me encogí de hombros.

—¿Otra vez? Hermano, es la sexta vez.

—Décima —corregí—. Es la décima vez en tres meses.

—No me jodas, Scott —resopló—. ¿Y no crees que eso puede significar algo?

—Puede, obviamente.

—En serio, deberías hacerme caso y contratar un detective.

—Imagino que será cosa del trabajo, solo eso.

—Claro, y yo no vengo aquí a beber y follar, como tú tampoco. ¿En serio vas a seguir con eso? Se suponía que teníais...

—Sé lo que tenemos, y llegado el momento haré mi jugada. Hasta entonces, ¿whisky? —pregunté levantando mi vaso.

—Mucho, por favor.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Alice, eso me pasa.

—¿Alice, tu secretaria? —pregunté a sabiendas de que no podía ser otra, y aquí llegaba mi oportunidad de chismorrear, como decía mi hermana Kimberly.

—¿Qué otra Alice conoces, hermano? —resopló.

—¿Qué hay con ella?

—Me vuelve jodidamente loco. A veces le tiro indirectas y las coge y las responde. Cualquiera día hago una locura

—Mientras no la hagas dentro del edificio de la farmacéutica, haz lo que quieras. Con una denuncia por acoso en el trabajo tuve suficiente.

—Por Dios, Scott, eso pasó hace diez años, acabábamos de tomar las riendas, y la chica quería mantener su estatu al igual que cuando estaba tu padre.

—Creí haberle dejado claro que, porque el viejo se la follara, yo no tendría que hacer lo mismo.

—Sí, sí, se lo dejaste claro, pero ella prefirió ir por la vía rápida. Menos mal que teníamos cámaras por todas partes desde hacía un par de meses.

—Razón de más para que nunca hagas nada en ese despacho.

—¿Y en el cuarto de baño? —Elevó ambas cejas.

—Hay una cámara en el pasillo.

—*Touché.*

—Por suerte tu madre pensó en la hija de su prima Nina, y la encantadora Elisa pasó a ser mi secretaria.

—¿Encantadora? Scott, esa mujer es femenina pero agresiva como un maldito soldado de los *Navy Seal*.

—Encantadora, como dije —sonreí.

Mike chascó la lengua, la camarera llegó con un par de vasos de whisky, y allí, en nuestro reservado, pasamos el resto de la noche hablando de trabajo, como no podía ser de otra manera con mi socio.

—¿Alice, tu secretaria? —pregunté a sabiendas de que no podía ser otra, y aquí llegaba mi oportunidad de chismorrear, como decía mi hermana Kimberly.

—¿Qué otra Alice conoces, hermano? —resopló.

—¿Qué hay con ella?

—Me vuelve jodidamente loco. A veces le tiro indirectas y las coge y las responde. Cualquier día hago una locura.

—Mientras no la hagas dentro del edificio de la farmacéutica, haz lo que quieras. Con una denuncia por acoso en el trabajo tuve suficiente.

—Por Dios, Scott, eso pasó hace diez años, acabábamos de tomar las riendas, y la chica quería mantener su estatus al igual que cuando estaba tu padre.

—Creí haberle dejado claro que, porque el viejo se la follara, yo no tendría que hacer lo mismo.

—Sí, sí, se lo dejaste claro, pero ella prefirió ir por la vía rápida. Menos mal que teníamos cámaras por todas partes desde hacía un par de meses.

—Razón de más para que nunca hagas nada en ese despacho.

—¿Y en el cuarto de baño? —Elevó ambas cejas.

—Hay una cámara en el pasillo.

—*Touché.*

—Por suerte tu madre pensó en la hija de su prima Nina, y la encantadora Elisa pasó a ser mi secretaria.

—¿Encantadora? Scott, esa mujer es femenina pero agresiva como un maldito soldado de los *Navy Seal*.

—Encantadora, como dije —sonreí.

Mike chascó la lengua, la camarera llegó con un par de vasos de whisky, y allí, en nuestro reservado, pasamos el resto de la noche hablando de trabajo, como no podía ser de otra manera con mi socio.

Capítulo 2



Cinco y media de la mañana, y ya estaba en la calle con mi carrera habitual.

Era algo que hacía desde que estaba en la universidad, me gustaba empezar el día descargando un poco de tensión corriendo hasta agotarme, paraba en un banco en mitad del paseo marítimo a respirar y emprendía la vuelta a casa.

Eran las seis y media cuando atravesaba la puerta de mi apartamento cubierto de sudor en busca de la ducha.

Me metí en la cabina sintiendo todos y cada uno de los chorros de mi ducha de hidromasaje, y apoyé ambas manos en la pared para dejar que el agua calmara los músculos de nuevo.

Tras aquel momento de recuperación, me puse unos pantalones y una camiseta y fui a prepararme el desayuno: café, huevos con beicon, tostadas y zumo de naranja.

Jamás olvidaría las palabras de mi madre cada vez que decía que el desayuno era la comida más importante del día. Tal vez por eso había días que me alimentaba únicamente con un sándwich, y porque Elisa me lo dejaba en el escritorio prácticamente obligándome a comerlo.

Mientras preparaba todo puse las noticias de economía de fondo, me centraba en la bolsa y los mercados para ver cómo iban las acciones en las que llevaba invirtiendo varios años.

Otra de las perlas de sabiduría de mi padre, invertir bien para hacerte con una fortuna.

Acababa de sentarme a disfrutar de mi desayuno cuando empezó a sonar mi móvil, sonreí al ver que era mi hermana mayor.

—Buenos días, Kim.

—Buenos días, Scott. ¿Tendrías la amabilidad de invitar a comer a tu hermana favorita?

—No tengo otra. —Volteé los ojos.

—Obvio, Kimberly Black solo hay una.

—Sabes que puedes venir a comer cuando quieras. ¿Chino o italiano?

—Chino, me apetece un poco de cerdo agri dulce.

—Perfecto, llamaré para hacer el pedido antes que de llegues.

—Gracias, es que van a fumigar ahora el edificio y los apartamentos, y tendré que pasar el fin de semana fuera.

—¿Te quedas aquí?

—No, ya he reservado en el Plaza, no te preocupes. Solo iré a comer, sé que la noche es toda para ti.

—Desde luego que sí, pero no como crees que será mi fin de semana —suspiré acercando la taza de café para dar un sorbo.

—¿No tenías cena anoche?

—Tú lo has dicho, tenía.

—¿Te canceló otra vez? —preguntó con un tono mucho más alto de lo que pretendía, estaba seguro.

—Sí.

—Scott, no debería hacer eso. Tenéis un acuerdo.

—Lo sé.

—Y se lo pasa por el forro. No deberías permitir tal cosa.

—¿Mike y tú soléis hablar a menudo de mí? Porque, maldita sea, sonáis igual.

—Eres mi hermano pequeño, la única familia que me queda, y tu mejor amigo, es normal que hablemos de ti y nos preocupemos.

—Os lo agradezco, pero podéis estar tranquilos, lo tengo todo controlado.

—Eso espero. Te veo en unas horas, voy a hacer una maleta con lo necesario y voy al Plaza a dejarla. Te quiero, hermano.

—Y yo a ti, Kim.

En cuanto colgué volví a centrarme en mi desayuno y en las noticias, eché un vistazo a mi cartera de acciones y sí habían vuelto a subir. Todo marchaba bien.

La notificación de un nuevo recordatorio saltó en el móvil, era para una gala en la organización de mi madre que tendría lugar el sábado próximo, siempre hacía que los recordatorios empezaran una semana antes para no olvidarme de nada.

Lo que me llevó a pensar en quién debía acompañarme a esa gala, además de Kim y Mike, y con quién también

había programada una cena para esa misma noche. Solo que, tras la cancelación del día anterior, dudaba que nos viéramos.

Scott: *Tenemos una cena esta noche, ¿sigue en pie o me cancelas como ayer? Y, por si lo has olvidado, tenemos un acuerdo en ciernes.*

Su respuesta no llegó de inmediato, por lo que supe que aún tardaría en llegar.

Recogí la mesa, apagué la televisión y fui al despacho a trabajar un poco. Sí, así era yo, digno hijo de mi padre, llevándome trabajo a casa incluso los fines de semana.

Al menos las horas en las que esperé la llegada de mi hermana mantuve la mente ocupada con informes, números, revisión de pedidos y respondiendo algunos correos de proveedores que querían saber si necesitábamos algo.

Ese normalmente era el trabajo de Elisa, mi encantadora y eficiente secretaria, pero los fines de semana la dejaba descansar. No era un ogro, después de todo, como había sido mi padre.

Eché un vistazo a la hora y comprobé que tenía treinta minutos antes de que llegase Kim, por lo que llamé al restaurante de Shao Ming que había al final de la calle para pedir la comida.

Tras apagar el portátil fui a la cocina y descorché una botella del vino favorito de mi hermana mayor para que se fuera aireando. El timbre sonó antes de lo que esperaba.

—Te has adelantado —dije al verla allí parada.

—Diez minutos, nada más —sonrió y, como siempre, se puso de puntillas para besarme en la mejilla.

Era cuatro años mayor que yo, pero había heredado la silueta y la altura de nuestra madre, así como el color marrón de sus ojos. Su melena, en cambio, era del mismo tono negro como la noche que teníamos nuestro padre y yo.

—Me encanta verte en vaqueros y deportivas, hermana —comenté cerrando la puerta—. Te quitas veinte años de encima con respecto al traje de ejecutiva y los tacones de doce centímetros que usas de lunes a viernes.

—¿Me estás llamando vieja, mocoso? —Arqueó la ceja.

—Jamás lo haría, es solo que me gusta vernos así, vestidos de personas tranquilas y mundanas, no de ejecutivos.

—A mí también, si te soy sincera. ¿Has pedido la comida?

, —Sí, Shao Ming me aseguró que estará aquí dentro de veinte minutos.

—Perfecto. ¿Dónde está mi copa de vino?

—En la cocina esperando, *madame*.

Volvió a sonreír al verme hacer aquella reverencia y se colgó de mi brazo para ir a la cocina a tomarnos esa copa

de vino mientras esperábamos.

Ella podía ser la mayor, pero desde que nuestro padre murió, se intercambiaron los papeles.

Kimberly había estado casada años atrás, un matrimonio que podríamos llamar de conveniencia orquestado por el gran Hamilton Black, nuestro padre, con uno de sus mejores empleados que aspiraba a convertirse en el dueño y señor de la farmacéutica cuando el viejo dejara este mundo.

En cuanto el exmarido de mi hermana supo que yo heredaría el control, le pidió el divorcio y ella aceptó encantada. Nunca quiso aquel matrimonio, nunca sintió amor o cariño hacia ese hombre, y desde que se había convertido en una mujer libre y sin ataduras de nuevo, vivía su vida como le daba la gana.

Sin relaciones estables, sin sentimentalismos, sin celos, solo citas con quien realmente le apetecía. En contadas ocasiones, además, había sexo entre ellos, según lo que me contaba, puesto que tenía confianza conmigo para hablar de esos temas.

Estábamos terminando la copa de vino cuando sonó el timbre y ella se levantó y fue prácticamente corriendo a la puerta.

Eso le hacía el hambre, y más cuando se trataba del cerdo agridulce de Shao Ming.

Pero cuando el silencio se prolongó y no escuché ni su risita, ni sus suspiros, ni tan siquiera la puerta cerrándose, pregunté si estaba todo bien.

—Pues no sé decirte, la verdad —respondió y miré hacia la parte que no veía de la entrada con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—¿Tú qué le has pedido a Shao Ming, hermano? Porque hay un bebé en una canastilla en tu puerta.

—¿Disculpa? —grité poniéndome en pie y fui hasta allí, llegando en apenas unas pocas zancadas.

—Más vale que esto no sea una especie de ofrenda para mí, como si fuera la bruja de Hansel y Gretel —comentó mientras señalaba el moisés donde, efectivamente, había un bebé que nos observaba a los dos.

—¿De quién es este niño? —pregunté y la vi agacharse a coger una nota que había junto al biberón.

—Según esto, el niño es tuyo, Scott —contestó, y a mí se me desencajó la mandíbula y los ojos se me abrieron tanto que creí que acabarían quedando colgando de mi cara como en los dibujos.

de vino mientras esperábamos.

Ella podía ser la mayor, pero desde que nuestro padre murió, se intercambiaron los papeles.

Kimberly había estado casada años atrás, un matrimonio que podríamos llamar de conveniencia orquestado por el gran Hamilton Black, nuestro padre, con uno de sus mejores empleados que aspiraba a convertirse en el dueño y señor de la farmacéutica cuando el viejo dejara este mundo.

En cuanto el exmarido de mi hermana supo que yo heredaría el control, le pidió el divorcio y ella aceptó encantada. Nunca quiso aquel matrimonio, nunca sintió amor o cariño hacia ese hombre, y desde que se había convertido en una mujer libre y sin ataduras de nuevo, vivía su vida como le daba la gana.

Sin relaciones estables, sin sentimentalismos, sin celos, solo citas con quien realmente le apetecía. En contadas ocasiones, además, había sexo entre ellos, según lo que me contaba, puesto que tenía confianza conmigo para hablar de esos temas.

Estábamos terminando la copa de vino cuando sonó el timbre y ella se levantó y fue prácticamente corriendo a la puerta.

Eso le hacía el hambre, y más cuando se trataba del cerdo agridulce de Shao Ming.

Pero cuando el silencio se prolongó y no escuché ni su risita, ni sus suspiros, ni tan siquiera la puerta cerrándose, pregunté si estaba todo bien.

—Pues no sé decirte, la verdad —respondió y miré hacia la parte que no veía de la entrada con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—¿Tú qué le has pedido a Shao Ming, hermano? Porque hay un bebé en una canastilla en tu puerta.

—¿Disculpa? —grité poniéndome en pie y fui hasta allí, llegando en apenas unas pocas zancadas.

—Más vale que esto no sea una especie de ofrenda para mí, como si fuera la bruja de Hansel y Gretel —comentó mientras señalaba el moisés donde, efectivamente, había un bebé que nos observaba a los dos.

—¿De quién es este niño? —pregunté y la vi agacharse a coger una nota que había junto al biberón.

—Según esto, el niño es tuyo, Scott —contestó, y a mí se me desencajó la mandíbula y los ojos se me abrieron tanto que creí que acabarían quedando colgando de mi cara como en los dibujos.

Capítulo 3



¿Qué acababa de decir mi hermana? ¿Ese bebé era mío?

Imposible, aquello era una broma.

—Dime que es algún tipo de cámara oculta, Kim, y que en cinco segundos aparecerá una guapa y atractiva azafata de televisión con un puto ramo de flores en la mano —dije mirando a mi hermana, que leía la nota.

—Toma, mejor será que lo leas tú mismo. —Me tendió el papel.

—Pero vamos a ver, cómo voy a ser el padre de este niño, si hasta el año pasado no tuve novia.

—Lee, Scott —insistió, esta vez mucho más seria agitando aquel papel en la mano.

Lo cogí con el ceño fruncido y leí tal como mi hermana mayor me pedía.

«Señor Black, si no fuera porque la salud me impedirá darle a este niño un futuro que no sea en una casa de acogida tras otra, le aseguro que nunca le habría contado que tenía un hijo. Siempre me dijeron que no sería buena idea tener bebés, y me cuidé de eso, hasta que hace un año usted y yo nos conocimos en aquella gala. No me dan más de unos meses de vida, y no quiero que mi pequeño Eric se quede solo, por eso, señor Black, le ruego que cuide de su hijo y le ame como merece. Dígale que su madre le quiso durante el año que compartió con él. Apenas tiene tres meses y puede que nunca me recuerde, pero yo sé que jamás dejaré de quererle. Lisbeth».

—¿Quién es Lisbeth? —preguntó Kim.

—No tengo ni idea, hermana.

—Es lo que pasa cuando has estado con tantas mujeres a lo largo de tu vida —suspiró—. Pero si dice que fue hace un año, y que el pequeño tiene tres meses, no sé, puede que recuerdes algo de aquella gala a la que se refiere.

—Creo que solo era una camarera simpática y agradable del cáterin.

—Vale, un encuentro rápido de esos ¿no?

—Sí, creo que sí.

—Bueno, pues... ¿Qué tal si hacemos pasar a este pequeñín? —dijo agachándose a coger la canastilla.

—¿Te has vuelto loca? —protesté— ¿Qué se supone que voy a hacer con un bebé?

—¿Darle de comer, por ejemplo? El biberón está preparado y mira, se está comiendo el puño. —Kim volteó los ojos y caminó con el moisés hasta el salón, mientras yo me quedaba allí parado con la nota en la mano.

Iba a cerrar la puerta cuando escuché el ascensor, no tardé en ver a Lee con mi pedido, sonrió y me lo entregó con un saludo como siempre.

Fui hacia el salón y Kim había sacado un montón de cosas de la bolsa que había junto al moisés.

—Aquí hay una lista de cosas que el bebé necesita —dijo mientras leía—. Al parecer se están acabando y habrá que comprar.

—Kim, ¿qué sé yo de bebés?

a

—Oye, que yo tampoco tengo un máster en maternidad, te recuerdo que mi querido exmarido no era el hombre con quien quisiera hijos y los años empezaron a pasar y sigo sin descendencia, papá estaría horrorizado porque no le di nietos.

—No sé nada de bebés, Kim, nada. Lo mío son las finanzas, la farmacéutica, los números, pero, ¿bebés? No, joder.

—No digas palabrotas delante de mi sobrino.

—Por Dios, si ni siquiera sabemos si es mío de verdad —resoplé levantando ambas manos.

—Ya tienes algo que hacer el lunes —dijo como si nada, sacando al bebé del moisés y cogiendo el biberón para ir a la cocina.

,

—¿Qué haces?

—Voy a calentar el biberón.

—¿Por qué no te lo llevas contigo? Se te da bastante bien esto ¿sabes?

—Ah, no, hermano. Yo me voy a limitar a ser la tía encantadoramente consentidora de este precioso bebé, tú eres el padre, tú le cuidas.

—No puede ser mi hijo.

—Pues es igual que tú cuando eras un bebé. —Se encogió de hombros y al mirar a ese pequeño ser humano que Kim tenía en brazos, me di cuenta de que podría tener razón.

Cabello oscuro como el nuestro, ojos azules como los míos y los de mi padre, incluso el hoyuelo en la barbilla de los hombres de la familia Black estaba ahí.

Pero no, aquello no podía ser cierto, esa chica debía estar equivocada, el bebé no era mío.

—No puede ser mío.

—Insisto, hermano. El lunes tienes algo importante que hacer en ese caso.

—¿El qué, si puedo saberlo?

—Hacerte la prueba de paternidad.

Bueno, al menos había dicho algo coherente. Sin duda alguna ese era el principio de todo, obviamente.

—De todos modos —continuó—. En caso de que no fuera tuyo, cosa que, si me lo permites, creo que es del todo improbable, ¿qué piensas hacer con él? Solo tenemos el nombre de la madre, y porque lo ha dicho en una nota y viene en la partida de nacimiento.

—¿Hay partida de nacimiento?

—Sí, en la bolsa. Si no fueras el padre, Scott, esa chica no se habría tomado tantas molestias.

Kim se apoyó en la encimera de la cocina y comenzó a darle el biberón al bebé, sí que debía tener bastante hambre porque bebía mientras lo sujetaba con ambas manos con ansia, al tiempo que jugaba con los pies.

—Es sobrino mío sin duda —dijo sonriendo—. Es igual de hambriento que yo.

Volteé los ojos y regresé a la mesa del salón para ver la partida de nacimiento.

Efectivamente allí estaban mi nombre y el de la madre del bebé, solo que sería un poco complicado encontrarla dado que había registrado al niño como hijo del señor y la señora Black.

Y yo no estaba casado, que de eso sí que me acordaría perfectamente.

Tras darle el biberón, comprobó cómo estaba su pañal, se lo cambió y nos sentamos a comer mientras él se quedaba dormido en el moisés.

No podía dejar de mirar al niño y preguntarme si realmente era mío, si yo había hecho aquello con otra persona. Si era cierto, posiblemente fuera lo más perfecto que había hecho en mi vida, además de ser el error más grande de todos los que había cometido.

—Es precioso —dijo acariciándole la mejilla tras dejar su taza de café vacía en la mesa.

—Kim, no te encariñes con él —suspiré—. Si no es mi hijo, lo llevaré a servicios sociales, ellos le buscarán una familia.

—¿En serio harías eso, Scott?

—¿Te recuerdo que hay más gente a la que esto le afectaría?

—Oh, por supuesto, no me olvido de esa otra gente. Esto no le hará especialmente feliz, desde luego. Tengo que irme —anunció mientras se ponía en pie.

—Espera, ¿te vas? No puedes, no me puedes dejar aquí solo con un bebé. ¿Qué pasará cuando se despierte?

—Pues que querrá que su papi le dé el biberón, que le arrulle y le cambie el pañal.

—Alto ahí. —Levanté la mano—. He visto lo que había en ese pañal y por Dios que no pienso cambiarlo. Eso debía tener material radiactivo.

—Desde luego, hermano, eres de un exagerado —rió—. He quedado a cenar con un amigo, y tengo que arreglarme.

—¿Arreglarte? Kim, la cena será, cuándo, ¿a las ocho y media, las nueve tal vez? Son las tres y media de la tarde.

—Scott, voy al salón de belleza a que me mimen, que me lo he ganado después de la semana de trabajo que he tenido.

—Y no lo dudo, pero no puedes dejarme solo. No sé nada de lo que necesita un bebé.

e

—Busca en Internet, es un pozo de sabiduría. —Se encogió de hombros—. Hay videotutoriales de lo más ilustrados, y seguro que encuentras algún libro que puedan entregarte mañana los de Amazon —sonrió y me dio un beso en la mejilla, solo después de habérselo dado al bebé.

—Eres una desertora. —Entrecerré los ojos.

—Te lo dije, hermano, solo seré la tía que le consienta. Nos vemos el lunes —dijo mientras caminaba hacia la puerta.

—Eso será si no he muerto por uno de esos pañales radiactivos. —Bufé al escuchar su carcajada antes de cerrar.

Genial, fantástico, maravilloso. ¿Qué más sorpresas me esperaban?

—¿Te recuerdo que hay más gente a la que esto le afectaría?

—Oh, por supuesto, no me olvido de esa otra gente. Esto no le hará especialmente feliz, desde luego. Tengo que irme —anunció mientras se ponía en pie.

—Espera, ¿te vas? No puedes, no me puedes dejar aquí solo con un bebé. ¿Qué pasará cuando se despierte?

—Pues que querrá que su papi le dé el biberón, que le arrulle y le cambie el pañal.

—Alto ahí. —Levanté la mano—. He visto lo que había en ese pañal y por Dios que no pienso cambiarlo. Eso debía tener material radiactivo.

—Desde luego, hermano, eres de un exagerado —rio—. He quedado a cenar con un amigo, y tengo que arreglarme.

—¿Arreglarte? Kim, la cena será, cuándo, ¿a las ocho y media, las nueve tal vez? Son las tres y media de la tarde.

—Scott, voy al salón de belleza a que me mimen, que me lo he ganado después de la semana de trabajo que he tenido.

—Y no lo dudo, pero no puedes dejarme solo. No sé nada de lo que necesita un bebé.

—Busca en Internet, es un pozo de sabiduría. —Se encogió de hombros—. Hay videotutoriales de lo más ilustrados, y seguro que encuentras algún libro que puedan entregarte mañana los de Amazon —sonrió y me dio un beso en la mejilla, solo después de habérselo dado al bebé.

—Eres una desertora. —Entrecerré los ojos.

—Te lo dije, hermano, solo seré la tía que le consienta. Nos vemos el lunes —dijo mientras caminaba hacia la puerta.

—Eso será si no he muerto por uno de esos pañales radiactivos. —Bufé al escuchar su carcajada antes de cerrar.

Genial, fantástico, maravilloso. ¿Qué más sorpresas me esperaban?

Capítulo 4



A pesar de que el pequeño huésped sorpresa que estaba en mi casa había dormido tranquila y plácidamente durante casi tres horas, en las que me permitió buscar en Internet todo lo relacionado con la gala donde su madre dijo que le habíamos concebido, en el momento en el que se despertó fue una pesadilla.

En mi apartamento se desató el infierno, podría jurarlo sobre la Biblia o la Constitución ante un tribunal.

Había leche en polvo en una bolsa, no quedaba mucho y sabía que tenía que comprar, pero eché la cantidad justa que indicaba el envase junto al agua y lo calenté para preparar un biberón, del que parecía no querer saber nada más allá de un par de sorbos.

Bien, tal vez no tuviera hambre, lo dejaríamos para después.

Puse la manta sobre la mesa tal como había hecho mi hermana, y me preparé para un nuevo pañal radiactivo. En serio, si solo bebía leche, ¿cómo era posible que generara tal cantidad de residuos con lo pequeño que era?

Después de casi dos horas en las que no parecía querer calmarse con nada, le mandé un mensaje a Elisa, mi encantadora secretaria, para ver si podía ayudarme. En cuanto dijo que sí le mandé una foto con la lista de cosas que Lisbeth había apuntado, sobraba decir que su reacción con uno de esos gifs de no entender una mierda sobre lo que tenía que comprar, no me sorprendió en absoluto.

De eso hacía casi una hora, y sentía que iba a hacer surco en el suelo de mi salón con tanto paseo de un lado a otro.

En cuanto escuché las llaves en la puerta, suspiré de alivio. Sí, Elisa era la única persona a la que le confié una llave de mi apartamento.

—¡Gracias a Dios! —exclamé yendo hacia la puerta.

—¿Para qué necesitas...? —Empezó a preguntar, pero se quedó callada al verme sosteniendo al pequeño Eric—
¿Eso es un bebé?

—No, es una coliflor a la que me gusta mecer y por eso te pedí todas esas cosas. —Volteé los ojos—. ¿Tú qué crees que es?

—¿En qué momento desde ayer por la tarde en la oficina a hoy, has tenido un bebé, jefe?

—Justo antes de comer cuando la madre lo dejó en mi puerta con una nota.

—¿Qué? Estás de coña.

—No, Eli, no estoy de coña —suspiré—. En la mesa junto a la bolsa está la nota.

Me acerqué a la encimera de la cocina donde dejó todas las bolsas y, mientras ella leía la nota en la que esa mujer aseguraba que era el padre de aquel niño, comprobé que había todo lo que le pedía en la lista.

—Bueno, al menos estarás bien alimentado y limpio hasta el lunes —dije mirando al niño que me observaba como si yo fuera un puto gigante. Sí, vale, a su lado lo era.

—¿Lisbeth? Ella era una de las camareras del cáterin de la gala a la que asistimos el año pasado.

—¿La recuerdas? —pregunté con la esperanza de que ella pudiera arrojar algo de luz a la oscuridad de ese sábado

—Bueno, había muchas chicas, pero ella era la más sonriente, la que parecía hacer su trabajo sin que la obligaran.

—Pues es la madre de este bebé.

—Tu bebé, querrás decir —sonrió.

—No sabemos si realmente lo es.

—Jefe, deja que te diga algo, es una versión en miniatura tuya.

—Eso dice Kim.

—La segunda jefa tiene razón. No me necesitabas solo para comprar, ¿cierto?

—No, Eli —reconocí—. No tengo ni idea de cómo manejar esto, tú tienes sobrinos...

—¿Le has cambiado el pañal? —me cortó.

—En cuanto se tomó un par de sorbos de su biberón.

—Vale, déjame a mí —sonrió cogiéndole en brazos.

Al igual que Kim, Elisa cargó al bebé en brazos sin ese miedo que yo sentía como si fuera a romperse entre mis manos, era tan pequeño y frágil que me daba miedo hacerle daño.

Calentó el biberón y, tras sentarse en el sofá con él en brazos, el pequeño empezó a beber mientras me miraba como diciéndome que era así como le gustaba, y no como yo intentaba hacérselo tragar.

Bueno, pequeño radiactivo, compréndeme, no he tenido un bebé cerca en mi vida.

—Ahora te enseñaré algunas cosas para que sobreviváis juntos hasta el lunes —dijo Elisa mientras le sacaba los gases—. Como, por ejemplo, a bañarle. Tendremos que hacerlo en el lavabo, hasta que compres una bañera adecuada para él.

—Te digo lo mismo que a Kim, no te encariñes, puede que no sea mi hijo.

—Discrepo, jefe, este pequeño es un Black hasta la médula. —Se encogió de hombros mientras se levantaba para ir a la bolsa donde estaban algunas de las cosas de Eric que traía consigo—. Vamos a darte un baño y después, te ponemos cremita y talco en el culete y un pañal nuevo, ¿sí?

Seguí a mi secretaria como un autómatas por el apartamento, la vi desvestir al pequeño mientras le hablaba con esa voz melódica, dulce y maternal que desconocía de ella, y tomé notas de lo que tenía que hacer con ese niño, salvo lo de la voz dulce y melódica, puesto que la mía era grave y varonil.

Tras el baño, que aquel pequeño disfrutó entre risas y gorgoritos ante lo que Elisa le hacía, le puso crema, talco y un pañal limpio y comenzó a mecerle. No tardó mucho en quedarse dormido.

—Cena algo y llévalo a la cama contigo —me propuso mientras cogía su bolso—. Te llamaré mañana por si necesitas algo. —Me dio un beso en la mejilla.

—¿Por si necesito algo? Que te quedes, Eli, eso necesito.

—Para una vez que me haces esa proposición, jefe, y es porque quieres que cuide de tu hijo y no de ti —sonrió.

Elisa era consciente de que entre nosotros existía una amistad y una lealtad tan fuerte que parecía que nos conociéramos de toda la vida, y no solo desde hacía una década. Jamás cruzaríamos esos límites, y los dos estábamos bien con ello.

—No te preocupes, lo harás bien. Eres Scott Black, no hay nada ni nadie que se te resista —dijo antes de irse.

Y así, con el sonido de la puerta cerrándose tras ella, volví a quedarme solo con el bebé en el apartamento.

Hice caso a Elisa y me preparé un sándwich de atún para cenar. Fue en ese momento cuando recordé que tenía una cena en algún restaurante excesivamente caro, y cogí el móvil.

Tenía respuesta, sí, de hacía una hora y media en la que, al igual que la noche anterior, me cancelaba.

Y ya eran once las noches en los últimos tres meses que recibía la misma respuesta: «No puedo, otra noche nos vemos».

Suspiré, me comí el sándwich mientras me bebía una botella de agua y observaba dormir al pequeño Eric, y cuando terminé cogí el moisés para llevarle a la habitación conmigo.

Lo coloqué a un lado de la cama, asegurándome, tal como había visto en Internet, que no se caería mientras estuviera bien rodeado por varias almohadas.

Me costó quedarme dormido, pero lo hice, solo para despertarme en mitad de la madrugada con el llanto de aquel niño cuyos pulmones no tenían nada que envidiarle al mejor de los sopranos, y con él en brazos fui a prepararle un

biberón y después le cambié de nuevo el pañal.

—Colega, más vale que dejes de llenar los pañales de residuos radiactivos, o no viviré más allá del lunes —
resoplé tras tirarlo a la basura.

Regresamos a la habitación, le mecí un buen rato, pero no parecía querer dormir y tampoco dejar de sollozar.

Así que, cuando habíamos pasado cuarenta minutos de un lado de la habitación al otro sin éxito, decidí tumbarme en la cama con él sobre el pecho, rodeado de almohadas, y puse música en el móvil.

¹ Aquello pareció calmarle y suspiré en cuanto noté que su respiración era tranquila y que tenía los ojos cerrados.

Le acaricié la cabecita, con ese pelo negro que tanto me recordaba al mío, y por un momento me pareció verle sonreír en sueños.

¿Sería cierto? ¿Aquel bebé sería mío? Y, de ser así, ¿cómo afectaría eso a mi vida de aquí en adelante?

Tal como había dicho Kim, esto no iba a gustarle lo más mínimo a algunas personas que nos rodeaban, pero si era sincero conmigo mismo, una en concreto a mí no me importaba tanto ya.

Teníamos un acuerdo, sí, pero no sería el primer hombre que rompía un acuerdo antes de que se llevara a cabo.

—Con lo pequeño que eres, Eric, y los problemas tan grandes que puedes llegar a causar —murmuré mientras le acariciaba la espalda a mi hijo.

biberón y después le cambié de nuevo el pañal.

—Colega, más vale que dejes de llenar los pañales de residuos radiactivos, o no viviré más allá del lunes —
resoplé tras tirarlo a la basura.

Regresamos a la habitación, le mecí un buen rato, pero no parecía querer dormir y tampoco dejar de sollozar.

Así que, cuando habíamos pasado cuarenta minutos de un lado de la habitación al otro sin éxito, decidí tumbarme en la cama con él sobre el pecho, rodeado de almohadas, y puse música en el móvil.

Aquello pareció calmarle y suspiré en cuanto noté que su respiración era tranquila y que tenía los ojos cerrados.

Le acaricié la cabecita, con ese pelo negro que tanto me recordaba al mío, y por un momento me pareció verle sonreír en sueños.

¿Sería cierto? ¿Aquel bebé sería mío? Y, de ser así, ¿cómo afectaría eso a mi vida de aquí en adelante?

Tal como había dicho Kim, esto no iba a gustarle lo más mínimo a algunas personas que nos rodeaban, pero si era sincero conmigo mismo, una en concreto a mí no me importaba tanto ya.

Teníamos un acuerdo, sí, pero no sería el primer hombre que rompía un acuerdo antes de que se llevara a cabo.

—Con lo pequeño que eres, Eric, y los problemas tan grandes que puedes llegar a causar —murmuré mientras le acariciaba la espalda a mi hijo.

Capítulo 5



Si el sábado con un bebé de tres meses que se despertaba cada pocas horas llorando o con el pañal radiactivo hasta los topes fue una experiencia ligeramente traumática, el domingo no lo fue menos.

Hice todo tal como me mostró Elisa, de verdad que sí, pero no sabía cómo al maldito pañal se le había desprendido una de las tiras laterales y claro, aunque Eric era pequeño se movía donde le dejaras durmiendo como si corriera una maratón, así que en el momento en el que se despertó y le cargué en brazos, le dio por soltar su ración de radiactividad y nos puso a los dos perdidos.

Sobraba decir que mi camiseta y su bodi azul fueron directamente a la basura.

Me planteé en algún momento ponerme una pinza en la nariz, por Dios que ese niño acumulaba un hedor pestilente a mofeta que no había quien lo aguantase, y para colmo de males cuando se lo decía, él empezaba a reír

Fantástico, ni siquiera sabía si realmente era hijo mío y ya se reía en mi cara, auguraba un adolescente conflictivo y rebelde que me dijera algo así como «corta el rollo, viejo» cuando le echara una bronca.

Superamos el domingo, gracias a Dios y a la paciencia que realmente no sabía que podría llegar a tener, y tanto mi hermana como Elisa llamaron para preguntar cómo nos estaba yendo al pequeño Black y a mí.

Por fin era lunes, era hora de ir al trabajo y seguía teniendo al niño en casa. Suspiré mientras terminaba de ducharme aprovechando que estaba dormido en la cama, rodeado de tantas almohadas y cojines como había en mi apartamento, y en cuanto cerré el grifo le escuché gorjear.

¿Cómo lo hacían las madres para tener tiempo para ellas y atender a los niños? Dios, solo llevaba dos días con él y me daba pavor perderle de vista un solo segundo y que pudiera pasarle algo.

Con la toalla alrededor de las caderas y el pelo aún algo húmedo, salí del cuarto de baño y me senté en la cama, en cuanto Eric notó mi presencia, me miró y sonrió.

—Buenos días a ti también —dije acercando la mano a la suya, pues la había levantado—. Tienes fuerza, ¿eh, pequeñajo? —sonreí—. Hora del biberón.

Me puse unos bóxers y lo cogí en brazos para ir a la cocina, ya era casi un experto en preparar biberones y parecía que le gustaban, se los bebía hasta la última gota.

En lo que expulsaba los gases me preparé un café, no había tiempo para tomar nada más que eso, y regresamos a

la habitación para vestimos.

No es que Eric tuviera mucha ropa en la bolsa que Lisbeth dejó con él, así que anoté mentalmente que iríamos a comprarle algunas cosas básicas esa misma tarde.

Antes de salir del apartamento le dejé una nota a la chica que venía a limpiar los lunes y los jueves, diciéndole que no se asustara de ver cosas de bebé por la casa, y que lavara algunas prendas que el día anterior Eric había llenado de vómito.

Asustarse no se iba a asustar, sorprenderse, en cambio, sí que lo haría.

¿Un bebé en mi apartamento, donde nadie había tenido ni tan siquiera un cepillo de dientes? Increíble, lo sabía.

^a

Me las arreglé para asegurar el moisés en la parte trasera del coche, y por primera vez en mi vida conduje tan despacio que me asemejaba a uno de esos abuelos que parecían ir de paseo por la ciudad.

, Cuando llegué a la empresa dejé el coche en mi plaza de aparcamiento, cogí al bebé que había estado todo el camino despierto y observando el paisaje, y subimos hasta la última planta en la que estaba mi despacho acompañados del hilo musical del ascensor.

Eric hizo una especie de puchero o pedorreta y cuando le miré, frunció el ceño.

—Lo sé, esta música hace que te duermas en el camino. Habrá que poner otra —dije encogiéndome de hombros, mientras pensaba que mi supuesto hijo pensaba lo mismo que yo sobre el hilo musical.

En cuanto salimos del ascensor, vi a Elisa en su puesto y no tardó en ponerse en pie.

—¡Buenos días! —exclamó prácticamente corriendo hasta el bebé— ¿Cómo está el hombrecito más guapo y sexy ¡de Miami?

—Estoy agotado.

ⁱ

—Se lo preguntaba a él, jefe —dijo señalando a Eric al tiempo que arqueaba la ceja.

—Oh, perfecto, así que ahora todo mi *sexapil* se ha perdido y el guapo y sexy es él, qué suerte la mía. —Volteé los ojos.

—Tranquilo, jefe, que los papás tienen algo que suele gustar a las mujeres. Ahora ligarás mucho más. —Me hizo un guiño con una sonrisa de lo más atrevida.

—Lo que me faltaba, más problemas con...

—¡Ahí está mi sobrino! —gritó Kim saliendo de su despacho.

^l

—Y tu hermano también ha llegado ¿eh? —comenté.

—A ti te veo todos los días, hace treinta y ocho años que nos conocemos. Pero a esta cosita no la veía desde el

sábado. —Lo cogió en brazos y el pequeño sonrió mientras le hacía cosquillas en la barriga.

—Te dije que te lo llevaras tú, habría sido todo mucho más fácil.

—Y yo te dije que soy la tía que le va a consentir, el trabajo de padre que prohíbe es todo tuyo.

—¿Tenemos reunión y no me había enterado? —Nos giramos para mirar a Mike que salía del despacho junto con Alice, su secretaria, y ambos se acercaron.

—No, solo saludábamos al nuevo miembro de la familia —contestó mi hermana con una amplia sonrisa.

—¿Eso es un bebé? —Mike abrió mucho los ojos.

—No, un saco de patatas —Kim volteó los ojos—. Es Eric, el hijo de Scott.

—¿Perdón? Creo que te he escuchado mal.

—Has escuchado perfectamente, Mike —le dijo ella.

—¿Qué me he perdido, socio?

—Es una larga historia —suspiré.

—Tengo tiempo para que me la cuentes.

Kim volvió a dejar al pequeño Eric en su moisés y regresó al despacho, mientras que Elisa y Alice se ponían al día con algunas de las citas y reuniones que Mike y yo teníamos para esa semana.

Mi socio y mejor amigo desde la infancia entró en mi despacho y se sentó en una de las sillas frente al escritorio.

—¿Desde cuándo tienes un hijo? —preguntó.

—Oficialmente, desde el sábado, pero al parecer soy padre desde hace un año que lo engendré, y tres meses desde que nació.

—¿Un año? No me jodas.

—¿Recuerdas aquella gala tediosa a la que asistimos?

—Sí. —Frunció el ceño.

—¿Y de la chica con la que...?

—La camarera del cáterin —interrumpió.

—Esa. Pues dejó al bebé en mi puerta con una nota.

Suspiré y le conté lo que había en ella mientras ambos mirábamos al pequeño de cabello negro y ojos azules que tanto se parecía a mí.

Mike no salía de su asombro y llegó a la misma conclusión que yo, debía hacerme la prueba de paternidad y salir de dudas.

—Hay una clínica muy buena y rápida donde te darán los resultados en un par de horas —comentó.

—¿Tenemos algo urgente para hoy? —pregunté.

—Nada que no podamos aplazar a mañana. Llama a la clínica, ve y sal de dudas. Aunque...

—No lo digas, Kim opina lo mismo.

—Es que es como verte en una de esas fotos cuando eras un bebé. —Se encogió de hombros—. ¿Y si no es tuyo?

—Tendré que dejarle en servicios sociales.

Mike asintió y se puso en pie para salir del despacho, mientras yo seguía mirando al pequeño Eric.

Solo hacía falta una muestra de ADN de cada uno de nosotros para salir de dudas, algo sencillo. Entonces, ¿por qué sentía que una cosa tan sencilla, podría ser tan malo? ¿Me estaba encariñando con el bebé?

a

:

Suspiré y le conté lo que había en ella mientras ambos mirábamos al pequeño de cabello negro y ojos azules que tanto se parecía a mí.

Mike no salía de su asombro y llegó a la misma conclusión que yo, debía hacerme la prueba de paternidad y salir de dudas.

—Hay una clínica muy buena y rápida donde te darán los resultados en un par de horas —comentó.

—¿Tenemos algo urgente para hoy? —pregunté.

—Nada que no podamos aplazar a mañana. Llama a la clínica, ve y sal de dudas. Aunque...

—No lo digas, Kim opina lo mismo.

—Es que es como verte en una de esas fotos cuando eras un bebé. —Se encogió de hombros—. ¿Y si no es tuyo?

—Tendré que dejarle en servicios sociales.

Mike asintió y se puso en pie para salir del despacho, mientras yo seguía mirando al pequeño Eric.

Solo hacía falta una muestra de ADN de cada uno de nosotros para salir de dudas, algo sencillo. Entonces, ¿por qué sentía que una cosa tan sencilla, podría ser tan malo? ¿Me estaba encariñando con el bebé?

Capítulo 6



Tras algunas llamadas que tenía que hacer, sí o sí, cogí a Eric y salimos de las oficinas para ir a la clínica donde Elisa pidió cita.

Acabábamos de llegar y en el mostrador nos atendió una amable y encantadora mujer de unos cincuenta años que sonrió a Eric y le pellizcó el moflete.

Rellené el formulario y cuando le pregunté cuánto tardaría en tener los resultados, me dijo que en una hora podrían estar listos.

Asentí y me acomodé en una de las sillas de la sala esperando que me llamaran, cosa que por suerte fue apenas cinco minutos después.

Con un bastoncillo largo recogieron una muestra de saliva de la mejilla de Eric y después, de la mía.

Salimos de allí y como tenía una hora hasta que me llamaran para recoger los resultados, decidí pasarme por la organización que llevaba el nombre de mi madre, Madison Black.

Allí atendían a mujeres y niños de todas las edades con pocos recursos económicos, y tenían un área destinada a consultas médicas de los más pequeños.

Confiaba plenamente en el personal que trabajaba allí, así que no veía mejor sitio para que echaran un vistazo a Eric y me dijeran si estaba sano.

Tras ese pensamiento me di cuenta de que me estaba convirtiendo en un padre paranoico, perfecto.

Dejé el coche en una de las plazas libres del aparcamiento, cogí el moisés de Eric y entré en el edificio principal donde me atendió Mary, la encargada, con su habitual sonrisa.

—¡Señor Black! —dijo acercándose— Qué sorpresa verle por aquí.

—Buenos días, Mary. Necesitaba ver a una de las pediatras.

—Por supuesto. ¿Ocurre algo? ¿Ha llegado alguna queja?

—No, no, tranquila. Es que, quiero que revisen a este pequeñajo —sonreí levantando el moisés.

—¡Ay, por favor! Pero qué cosita. Y qué guapo, se parece mucho a usted. No sabía que iba a ser padre —dijo con los ojos muy abiertos.

—Yo tampoco, créeme —sonreí—. ¿Quién puede atendernos ahora?

—Becky está libre —respondió—. Acaba de volver de su descanso. Es la segunda puerta de la derecha, ya sabe el camino.

—Gracias, Mary.

Caminé por el pasillo hacia la puerta que comunicaba el edificio principal con la gran sala de la que salían el resto de los edificios, fue hacia el final y entré en el área médica hasta llegar a la sala de pediatría.

En cuanto llegué a la puerta que Mary me había indicado, llamé con un par de golpecitos y una voz sutil y melódica me dio paso.

—Buenos días —dije al abrirla.

Sentada tras el escritorio, se encontraba una mujer que no debía tener más de veinticinco años, de cabello rubio y unos ojos marrones brillantes y expresivos. A su lado, una versión algo más joven de ella me hizo arquear la ceja.

—Buenos días, señor. ¿Qué necesita? —preguntó poniéndose en pie.

—Soy Scott Black, uno de los directores de la organización. —Fruncí el ceño sin saber por qué me había presentado así, tal vez porque nunca había visto a uno de los empleados acudir al trabajo con sus hijos.

—¡Señor Black! —Se le abrieron los ojos ante la sorpresa—. Oh, Dios. Yo... ¿Ocurre algo? ¿Ha habido alguna queja? Si algún empleado se ha quejado porque Lindsey me acompaña...

—No ha habido quejas, señorita Becky —me apresuré a decir, parecía nerviosa y por la mirada que le dedicó a su hija, algo me hizo saltar las alarmas.

—Vale, bien. Esto es solo algo temporal, este verano, se lo aseguro. No puedo dejarla en otro sitio, y...

—Señorita Becky, cálmese. —Acorté la distancia entre ambos y cuando la tuve frente a mí, comprobé que medía veinte centímetros menos que yo, al igual que mi hermana, y que el aroma a cerezas de su perfume inundó mis fosas nasales.

¿Cómo sería saborearlo en su delicado y suave cuello? Eché un vistazo a esa zona en concreto y por Dios que me sentí tentado de tocarlo y comprobar lo suave que era.

—Lo siento, es que no puedo dejar a mi hermana sola en casa —contestó inclinando la mirada hacia el suelo, como si mirarme a mí le resultase intimidante. Perfecto.

—¿Su hermana?

—Sí —sonrió—. Tiene doce años, y no me gusta dejarla sola en casa.

—Aunque puedo quedarme sola perfectamente, no voy a incendiar esa caja de cerillas en la que vivimos —dijo la niña tras ella.

—¡Lindsey! —la reprendió— Discúlpela, está en esa edad en la que empieza la adolescencia. Bueno, ya me entenderá cuando este pequeño crezca —sonrió agachándose para mirar a Eric—. Eres un bebé muy guapo, ¿lo sabías? ¿Puedo cogerlo?

—Por favor —le di permiso—. De hecho, quería que le hiciera una revisión médica.

—Claro. ¿Está incubando algún resfriado?

—No, pero... —suspiré dejando el moisés sobre una de las sillas— Digamos que acabo de ser padre por sorpresa y no sé si está bien o no.

—Debe tener unos tres meses, ¿no le había visto hasta ahora?

—No —admití, y no sé bien por qué, aquella mujer y la niña que la ayudaba con el pequeño Eric, me inspiraron la suficiente confianza como para contarles nuestra historia.

Ambas miraban con atención sin perder detalle a mis palabras, al tiempo que prestaban la misma atención a Eric. Lindsey le hacía carantoñas, le ponía caras para que él se riera y supe que lo hacía para calmarle cuando Becky iba a hacerle algo que posiblemente no le gustase.

—Este es un chico sanísimo —dijo al fin, sonriendo mientras lo cargaba en brazos y le besaba la frente.

—¿Seguro? Porque se ha pasado desde el sábado llenando de productos radiactivos los pañales, y solo toma leche en el biberón.

Lindsey trató de no reír, de hecho, apretó los labios mientras miraba a todas las paredes de aquella consulta, pero acabó soltando una sonora carcajada mientras Becky reía un poco más comedida.

—Señor Black, es algo normal —sonrió—. Ya se acostumbrará.

—¿En serio? No lo creo. No ha visto el contenido de esos pañales, señorita Becky.

—Vi algunos de Lindsey —sonrió—. No se preocupe, en cuatro años dejará de llenar esos pañales y la radiactividad caerá en el sumidero del cuarto de baño.

—¿Cuatro años? —resoplé— Se me van a hacer eternos —dije mientras cogí a Eric en brazos y cuando nos miramos, sonrió levantando su manita.

—Se le da bien —dijo Lindsey—. Y a él le gusta. Le reconoce, desde luego.

—¿Tú crees? —Miré a la versión joven de la pediatra y sonrió.

—Sí. Aunque no supiera quién es, hay vínculos que los bebés reconocen en un adulto.

—Lindsey —la llamó Becky.

—No la regañe —le pedí—. Es inteligente, seguro que algún día será una buena pediatra.

—Ojalá pueda estudiar como mi hermana.

—Lindsey, basta. El señor Black no ha venido a escuchar nuestras penas.

—De hecho, vosotras habéis escuchado las mías. Creo que sería justo que yo también lo hiciera.

—Pues tenemos muchas —dijo Lindsey casi sin pensar, y Becky suspiró mientras movía la cabeza de un lado a otro, negando sin poder creer que su hermana pequeña hubiera dicho aquello.

En ese momento sonó mi móvil, atendí la llamada y era de la clínica, ya tenían los resultados y podía recogerlos.

—Llegó la hora de saber la verdad —anuncié mientras me levantaba para colocar a Eric en su moisés.

—Entiendo sus dudas, señor Black —comentó Becky—, pero este pequeño es idéntico a usted. Incluso tiene el hoyuelo —sonrió mientras acariciaba la mejilla del pequeño que lanzó la mano para cogerle el dedo a Becky—. Me ha encantado conocerte, Eric. Eres un bebé muy bueno. No le des guerra a tu papá, ¿sí? Y trata de no llenar de radiactividad tus pañales.

Solté una carcajada al escucharla decir aquello y cuando la miré a los ojos, sentí... algo.

No sabría decir qué, pero estaba ahí.

—He exagerado con eso ¿cierto? —pregunté.

—Solo un poco, pero es normal en padres primerizos.

—Gracias por atendernos, señorita Becky.

—Es mi trabajo, señor Black. Y por favor, llámame solo Becky.

—Solo si tú me llamas Scott.

—No puedo, es mi jefe.

—Discrepo. Dirijs este lugar, pero tu jefe directo es el doctor Paterson, si no me equivoco.

—Lo es —sonrió.

—Entonces, solo Scott. —Le hice un guiño y cogí moisés donde Eric gorjeaba la mar de feliz. Fui hacia la puerta y antes de abrirla, con el pomo ya en la mano, las miré a ambas por encima del hombro—. Mi oferta de escuchar sigue en pie. Y, de todos modos, no sé nada sobre bebés, tú en cambio eres toda una experta —sonreí—. Me

gustaría invitaros a cenar esta noche y que me des algunas lecciones. Si todos tenéis razón y resulta que sí soy su padre... —Miré a Eric y después de nuevo a ellas—. Creo que tengo mucho que aprender. Le diré a Mary que te facilite mi dirección, os veré allí a las ocho y media. ¿Os gusta la comida china? —Fruncí el ceño, y ambas se miraron con sorpresa.

—Nos encanta —contestó Lindsey con una sonrisa.

—Comida china será entonces. Buenos días, señoritas.

Salí de la consulta con una sonrisa. No sabía qué tenía esa mujer, pero me había inspirado mucha confianza, y al verla con el pequeño, bueno, no tuve más remedio que admitir que necesitaba ayuda con todo lo relacionado con él.

Me despedí de Mary tras pedirle que le diera a Becky mi dirección, era el director de aquel lugar y no tenía que darle explicaciones a nadie sobre lo que hacía o no, pero al ver su expresión de sorpresa me excusé diciéndole que le había pedido ayuda con él, yo no sabía nada de bebés y ella parecía saberlo todo.

Mary sonrió al tiempo que asentía y me dijo que Becky era la pediatra favorita de niños y padres, todos la apreciaban y ella daba lo mejor de sí en su trabajo.

Algo en mí hizo clic al escuchar que era la favorita de los padres, ¿sería que alguno había tratado de ligar con ella? Esperaba que no, aunque no podría decir por qué demonios eso me hizo sentir una especie de punzada de celos.

Llegué a la clínica, recogí el sobre y no fue hasta que estábamos los dos de nuevo en el coche que lo abrí.

Como si el pequeño supiera que aquel sobre en mi mano era importante, me miró con lo que me pareció un ceño fruncido y le pellizqué la mejilla.

—¿Tú qué dices, pequeñajo? ¿Somos Scott y Eric Black?

gustaría invitaros a cenar esta noche y que me des algunas lecciones. Si todos tenéis razón y resulta que sí soy su padre... —Miré a Eric y después de nuevo a ellas—. Creo que tengo mucho que aprender. Le diré a Mary que te facilite mi dirección, os veré allí a las ocho y media. ¿Os gusta la comida china? —Fruncí el ceño, y ambas se miraron con sorpresa.

—Nos encanta —contestó Lindsey con una sonrisa.

—Comida china será entonces. Buenos días, señoritas.

Salí de la consulta con una sonrisa. No sabía qué tenía esa mujer, pero me había inspirado mucha confianza, y al verla con el pequeño, bueno, no tuve más remedio que admitir que necesitaba ayuda con todo lo relacionado con él.

Me despedí de Mary tras pedirle que le diera a Becky mi dirección, era el director de aquel lugar y no tenía que darle explicaciones a nadie sobre lo que hacía o no, pero al ver su expresión de sorpresa me excusé diciéndole que le había pedido ayuda con él, yo no sabía nada de bebés y ella parecía saberlo todo.

Mary sonrió al tiempo que asentía y me dijo que Becky era la pediatra favorita de niños y padres, todos la apreciaban y ella daba lo mejor de sí en su trabajo.

Algo en mí hizo clic al escuchar que era la favorita de los padres, ¿sería que alguno había tratado de ligar con ella? Esperaba que no, aunque no podría decir por qué demonios eso me hizo sentir una especie de punzada de celos.

Llegué a la clínica, recogí el sobre y no fue hasta que estábamos los dos de nuevo en el coche que lo abrí.

Como si el pequeño supiera que aquel sobre en mi mano era importante, me miró con lo que me pareció un ceño fruncido y le pellizqué la mejilla.

—¿Tú qué dices, pequeñajo? ¿Somos Scott y Eric Black?

Capítulo 7



No regresé a la oficina, decidí tomarme el resto del día libre y pasarlo con mi hijo. Sí, oficialmente podía decir que el pequeño Eric era un Black.

Llamé a Kim para darle la noticia y, aparte de un «ya sabía que era mi sobrino», me felicitó por mi paternidad.

Fui al centro comercial en busca de todo lo necesario para el pequeño, a partir de ese momento quería que tuviera todas las comodidades que pudiera necesitar, empezando por una cuna donde dormir y más ropa que poder usar.

Pagué un extra en la tienda para que me aseguraran que la cuna estaría en mi apartamento esa misma tarde, y que la dejarían montada y lista para usar. No tenía claro que no fuera a cabrearme con los tornillos y a montar una jaula para pájaros en vez de una cuna.

En cuanto entramos por la puerta descargué las compras en la habitación de invitados, esa pasaría a ser la de mi hijo cuando fuera más mayor, por ahora seguiría durmiendo en la mía, allí fue donde instalaron la cuna.

Le di un baño al pequeñajo, preparé su biberón y mientras pedía la cena al restaurante de Shao Ming, Eric se tomó hasta la última gota sin rechistar.

—Me alegra saber que vamos a llevarnos bien —le dije cuando me dispuse a sacarle los gases.

En ello estaba, paseando de un lado del ventanal al otro para que viera la ciudad, algo que había descubierto que le gustaba mucho, cuando empezó a sonar mi móvil.

—Dime —respondí tras ver su nombre, sin cordialidad ni alegría, ya no me molestaba en mostrar esas cosas.

—¿Qué te parece si me paso por tu apartamento y cenamos?

—No puedo, tengo una cena de negocios.

—Pero, Scott, sabes que tenemos...

—A diferencia de ti, yo sí sé lo que tenemos —interrumpí—, pero si puedes permitirte la licencia de cancelarme en el último momento, yo puedo negarme a una de tus peticiones. Buenas noches.

—No se te ocurra colgarme, Scott Black.

Ni siquiera me molesté en seguir con esa conversación, no merecía la pena.

Dejé el móvil en la mesa y cuando escuché a Eric soltar una de sus pedorretas, sonreí.

—¿Ni siquiera os conocéis y ya te cae mal? Eso no es bueno, hijo —le dije, y no pude evitar besarle en la frente—. Voy a tener que buscarte una niñera que se quede contigo en casa mientras trabajo, eres muy joven aún para sentarte en el sillón del director de la farmacéutica familiar.

Cuando sonó el timbre, fui hacia la puerta y vi a Becky junto a Lindsey allí paradas, sonriendo.

—Hola —dijo Becky.

—Me alegra que aceptarais venir. Por favor, pasad. —Me hice a un lado y ambas entraron en mi apartamento.

No me pasó desapercibida la mirada de asombro de Lindsey al verlo, si hacía caso de sus palabras de esa mañana, el suyo era más como una caja de cerillas.

El mío, en cambio, era un lujoso ático en la décima planta del edificio, con dos habitaciones, cada una con su propio cuarto de baño, un aseo, despacho, salón y cocina amplios, una terraza donde me gustaba tomar un vaso de whisky al final del día, y las mejores vistas de la ciudad y la playa.

—Vamos, os mostraré el resto —propuse cuando ambas se quedaron paradas en el salón.

Las llevé por el apartamento y Lindsey no perdía ojo de nada, en cuanto vio la habitación que sería de Eric, se le iluminó la cara.

—Nuestro apartamento es como tu salón de grande —dijo, para consternación de Becky, que suspiró con pesar—. Y dormimos las dos en la misma habitación.

—Lindsey.

—Tranquila, Becky —sonreí—. Cuando estaba en la universidad, compartía cuarto con otros tres estudiantes, y el espacio era como mi salón. Imagina cuando ellos llegaban de sus clases de gimnasia, el olor a sudor era comparable a la radiactividad de mi hijo. —Puse cara de horror y ambas rieron.

No sabía por qué, pero me gustaba verlas reír.

—Entonces, ¿todos teníamos razón? ¿Es un pequeño Black? —preguntó Becky.

—Así es —sonreí—. Soy padre.

El timbre volvió a sonar y le pedí que cargara al niño mientras iba a por la cena. Lee me entregó las bolsas con su habitual sonrisa y cuando fui a la cocina, allí estaban ellas con Eric recostado en la isla.

Le hacían carantoñas y cosquillas, y Becky incluso entonaba una canción infantil que a Eric parecía gustarle.

—Espero que tengáis hambre, he pedido un poco de todo —anuncié dejando las bolsas y empecé a sacar envases.

—Qué bien huele —dijo Lindsey—. ¿Voy poniendo la mesa?

—Claro, los platos están en el armario de la derecha, los cubiertos en el primer cajón de la izquierda, y los vasos ya los saco yo porque no creo que llegues.

—Dado que mido poco más de un metro y treinta centímetros, y tú debes medir dos metros, no, no creo que llegues —comentó entrecerrando los ojos.

—Metro ochenta —reí—. Solo mido metro ochenta.

—¿Solo? —exclamó abriendo mucho los ojos— Yo llegaré a metro sesenta como Becky y nuestra madre.

Fue hacia el salón para poner la mesa y Becky se quedó conmigo mientras mecía a Eric.

—Creo que está a punto de dormirse —me dijo, y vi lo mucho que parecían pesarle los párpados a mi hijo.

—Entonces es que está cómodo contigo, no te ha cogido miedo.

—Ningún bebé me coge miedo —sonrió—. Soy un encanto con ellos.

—Y con sus padres, por lo que he escuchado —no sabía por qué lo había dicho, pero salió de mi boca casi sin que lo pensara.

—Nunca he tenido nada con uno de esos padres —se apresuró a responder—. Voy a ese lugar para hacer mi trabajo, nada más.

—Bien, no me gustaría que tuvieran que despedirte por involucrarte sentimentalmente con alguien que acude a ti en busca de ayuda profesional.

—Jamás lo haría.

Asentí, terminé de servir la comida y cuando Eric se quedó dormido, le cogí en brazos y lo llevé a su cuna.

Cuando regresé, estaban las dos terminando de llevar la comida a la mesa, nos sentamos y comencé a preguntarle a Becky lo básico sobre el cuidado de mi hijo.

Al cabo de dos horas sabía lo necesario para evitar que el pañal volviera a soltarse, cuál era la temperatura justa de la leche, así como del agua en su hora del baño, por no hablar de las mil y una marcas diferentes de leche en polvo, potitos, pañales, toallitas, geles de baño e incluso colonias para bebé.

—Pero si hay algo que no puede faltar, es un carricoche —dijo mientras nos poníamos en pie para recoger la mesa.

—Lo tengo, fuimos de compras hoy —sonreí.

—Genial entonces.

—Bueno, ahora os toca hablarme de vuestras cosas.

—No deberíamos —dijo agachando la mirada.

—Soy un buen oyente.

e

—No tenemos padres —comenzó diciendo Lindsey—. Mamá murió cuando yo tenía un año, y desde entonces ella ha tenido ese papel —sonrió mirando a Becky—. Lleva once años cuidándome como una madre, y solo tenía quince cuando eso pasó.

—¿Y vuestro padre? —me interesé mientras guardábamos los platos en el lavavajillas.

—Falleció hace cuatro años —contestó Becky—. Lindsey tenía ocho, yo veintidós, y desde entonces he trabajado en varios empleos al mismo tiempo para poder sacarla adelante. Cuando mi padre murió la casa no estaba pagada, así que simplemente la vendí por un poco más de lo que quedaba de hipoteca y liquidé la deuda. Empezamos de cero las dos juntas, en ese apartamento en el que llevamos cuatro años viviendo de alquiler. En verano la llevo conmigo a la consulta porque no podemos pagar una niñera. Lo que gano se va todo en la casa, comida, ropa. Ya sabes.

—Por eso dijiste que ojalá pudieras estudiar medicina —dije mirando a Lindsey, que asintió con una sonrisa triste

' —Si al final de mes ha sobrado algo de dinero, lo dejamos en un tarro para ir ahorrando. Es el fondo para mis estudios. Pero si surge un imprevisto...

—Tenéis que cogerlo —acabé por ella, y asintió.

—No me quejo del sueldo —dijo Becky de inmediato—, pero el alquiler del apartamento no es barato que digamos.

—Bueno, la farmacéutica de mi familia siempre hace alguna obra benéfica diferente por la ciudad cada año, algunas de ellas han sido becas universitarias para cualquier carrera. Y no, no hemos hecho ninguna para medicina, aún —sonreí.

—Eso es muy noble por tu parte, Scott —la sonrisa de Becky me encantaba, y me incitaba a hacer cosas que nunca antes había pensado hacer con una mujer la primera vez que la veía.

No al menos si no pensaba acostarme con ella después.

e

Le ofrecí café a Becky, pero lo rechazó, dijo que por la noche no tomaba nada estimulante que le quitara el sueño, solía madrugar mucho así que se despidieron y las acompañé a la puerta.

—Gracias por la cena —dijo una vez en el rellano de fuera.

—A vosotras por venir. Y por esas lecciones que espero llevar a cabo sin incidentes —sonreí.

—No sé si volveremos a ver a Eric en la consulta, así que, disfruta de tu hijo, espero que crezca sano y feliz.

Asentí, las vi entrar en el ascensor y antes de que se cerraran las puertas, ambos levantamos la mano a modo de despedida.

¿Pensaba que se había librado de nosotros en su consulta? No, en absoluto, aquella mujer se había convertido en la pediatra oficial de mi hijo.

a

.

h.

.

Asentí, las vi entrar en el ascensor y antes de que se cerraran las puertas, ambos levantamos la mano a modo de despedida.

¿Pensaba que se había librado de nosotros en su consulta? No, en absoluto, aquella mujer se había convertido en la pediatra oficial de mi hijo.

Capítulo 8



Tres días habían pasado desde que supe que Eric era mi hijo mediante el ADN, y ya podía asegurar que lo del vínculo que mencionó Lindsey era cierto.

Ese pequeño era muy listo para tener solo tres meses, prueba de ello era que, cuando escuchaba la puerta de casa en cuanto llegaba por la noche, empezaba a reír y mover los brazos hasta que me veía y me lanzaba las manitas.

Cassidy era la niñera que había contratado para cuidar del pequeño, se encargaba de él a tiempo completo desde que yo salía por la puerta hasta que regresaba. Y le gustaba esa mujer de cuarenta y cinco años que le cuidaba como si de su propio hijo se tratase.

Era viuda desde hacía poco más de un año, sus tres hijos ya tenían entre veinte y veinticuatro años, estaban en la universidad, nunca había trabajado y tenía tanto tiempo libre que una mañana decidió apuntarse en una agencia de canguros para poder ayudar a madres y padres que necesitasen de sus nociones como madre para el cuidado de su retoños.

Me gustaba Cassidy, era un encanto de mujer.

Esa mañana de jueves me esperaban varias reuniones en la farmacéutica, teníamos que firmar el contrato con un nuevo proveedor y, además, debía confirmar mi asistencia a la gala benéfica que el hospital, al que donábamos dinero cada año, celebraba en solo dos días.

Eran las doce del mediodía cuando Elisa entró en mi despacho.

—Está aquí —dijo con la puerta medio cerrada.

—¿Quién está aquí? —Fruncí el ceño.

—Astrid.

Solo una palabra, tan solo un nombre, fue suficiente.

Asentí, cerró la puerta y supe que la habían avisado los chicos de seguridad de la entrada para que ella pudiera informarme a mí.

Recogí mis cosas y salí del despacho para ir hasta la puerta de las escaleras, esa que se cerró tras de mí justo en el momento en el que el ascensor anunciaba su llegada.

¿Estaba huyendo? En absoluto, o tal vez sí, según se mirase, pero no iba a concederle a esa mujer ni un segundo de mi tiempo hasta que entendiera que nuestro acuerdo era de un lado hacia el otro. Si ella me cancelaba, yo no estaría cuando quisiera presentarse por sorpresa.

Le mandé un mensaje a Kim y a Mike para hacerles saber que me iba, y que nos veríamos al día siguiente. También me encargué de pedirle a mi hermana que confirmara nuestra asistencia a la gala, iríamos los tres junto con Alice y Elisa.

Acababa de subirme al coche cuando me llamó Mike.

—Dime.

—Oye, ¿recuerdas lo que me pediste que hiciera?

—Sí. ¿Has conseguido algo?

—Creo que sí. Tengo la que era la última dirección en la que vivía.

—Mándamela, pasaré ahora por allí.

—Ok.

⁷ Un segundo después tenía la dirección, era una de las calles cercanas al hotel donde tuvo lugar la gala donde la ⁸ conocí, esperaba que alguien pudiera decirme cualquier cosa que supieran sobre ella.

Aparqué y miré hacia el edificio, tenía unos años, pero estaba muy bien cuidado. No había conserje ni nadie que pudiera darme información, hasta que vi salir a una señora de unos setenta años que sonrió con amabilidad.

—Buenos días, señora. ¿Por casualidad conoce a Lisbeth?

—¿Lisi? Oh, sí querido. Todos aquí la conocemos —sonrió aún más—. Es un ángel, lástima que se marchara. Siempre estuvo enferma, ¿sabe? La pobre, la de noches que lloró cuando supo que estaba embarazada y que no podría ver crecer a su pequeño. ¿Por qué pregunta por ella? —Frunció el ceño—. ¿Está en problemas de algún tipo? ¿Es usted policía?

—No, no, tranquila —sonreí para calmarla—. Lisbeth no está en problemas, y no soy policía. Verá, soy...

—Oh, Dios. —Se llevó la mano al pecho mientras me miraba y cuando señaló el hoyuelo, fui consciente de lo que veía—. Eres el padre del pequeño Eric. ¿Te lo ha entregado?

—Sí.

—Le habrá costado mucho separarse de él, amaba a ese bebé.

—Lo dejó en mi puerta con una nota —dije.

—Lo sé, yo le aconsejé que lo hiciera así.

—¿Usted? —Elevé ambas cejas.

—Sí, muchacho, yo. Soy una anciana que ha visto muchas cosas a lo largo de la vida. ¿Por qué la buscas? No me digas que quieres deshacerte el niño, porque solo te tiene a ti.

—No, por supuesto que no. Es mi hijo, y cuidaré de él. Solo quiero ver a Lisbeth una vez y hablar con ella.

—Lamento decirte que no será posible —respondió apoyando una de sus ancianas y cálidas manos en mi brazo— Cuando se marchó estaba muy enferma, me dijo que no se podía luchar contra su enfermedad, nunca supe cuál era, pero no le aconsejaban quedarse embarazada.

»Cuando supo de Eric, no quiso deshacerse de él, dijo que prefería morir ella a quitarle ese privilegio a una personita tan pequeña. Lo amaba, y se cuidó durante todo el embarazo para no dejarse vencer. Le dijeron que posiblemente no sobreviviera al parto, pero lo hizo.

»Entonces creyeron que en cualquier momento podría llegar su final, y atesoró cada día junto a su bebé como si fuera el último. Tuvo una crisis unos días antes de entregar al bebé, fue entonces cuando decidió que era hora de separarse de él y dejarle en las manos de su padre.

»Nunca habló de ti, yo tampoco le pregunté, pero si decidió que contigo estaría mejor que en un centro de menores, solo espero que cumplas su última voluntad. Cuida de Eric, y asegúrate de decirle que su madre le quiso desde que supo que lo llevaba en el vientre.

—Lo haré —dije con un nudo en la garganta para nada propio de mí.

La anciana sonrió al tiempo que asentía, y se alejó de mí como si nunca hubiera estado allí.

Si había algo que tenía claro en esta vida, era que cuando una persona no quería que la encontraran, nadie lo haría. Lisbeth había tomado una decisión, se había ido y me dejaba al cargo de su bebé. Era una gran responsabilidad para mí, pero no iba a fallarles, ni a ella, ni a mi hijo.

Cuando subí al coche empecé a conducir sin un rumbo fijo, no sabía dónde iba hasta que acabé en el aparcamiento de la organización.

¿Acaso era aquello lo que creía que era? ¿Mi mente me había llevado hasta Becky? ¿Por qué?

Entré y me dirigí a la zona médica, cuando llegué a la consulta de Becky la escuché hablando con alguien así que esperé allí sentado hasta que se abrió la puerta.

Una mujer morena y menuda, cubana a juzgar por el acento, que cargaba en brazos a un niño de unos cuatro años, sonrió al despedirse de Becky.

—¿Scott? ¿Qué haces aquí? —preguntó, y era sin duda la pregunta del millón de dólares, ¿qué hacía allí? Estaba solo, sin mi hijo, y ella era pediatra, por el amor de Dios.

—Quería invitarte a un café. ¿Tienes tiempo? —respondí al fin.

—Oh, sí, yo, bueno... —Miró hacia el interior de la consulta, con un bonito rubor en las mejillas.

—¿Dónde está Lindsey? —Fruñí el ceño.

—Ha ido a la zona infantil, una de las cuidadoras me preguntó si podía enviarla para ayudar con los pequeños.

Cierto, allí había una zona infantil donde algunos niños cuyas familias no tenían recursos para una guardería se quedaban mientras ellos trabajaban. Cuando Kim y yo decidimos poner en marcha aquel proyecto, pensamos en qué sería lo que nuestra madre hubiera hecho. Y sin duda, una guardería entraría en sus planes.

—Ahora entiendo por qué la traes contigo en verano —sonreí, sintiéndome un poco idiota, la verdad.

—Se queda conmigo en la consulta normalmente, pero sí, a veces va a la guardería. Le encantan los niños. Y debo decirte que está enamorada de tu hijo —sonrió.

—¿En serio? Vaya, veo que va a ser todo un seductor cuando sea mayor —sonreí de medio lado y eso tuvo efecto en ella.

Se sonrojó aún más, y por cómo subía y bajaba su pecho, podría asegurar que le gustaba mi presencia. Ya éramos dos, porque yo con la suya disfrutaba sobremanera.

—¿Qué me dices, aceptas un café? —insistí.

—Es mi hora del descanso —respondió—. Deja que avise a Lindsey.

Asentí mientras ella iba al escritorio a por su bolso, llamaba a su hermana y se unía a mí en el pasillo.

Cerró la puerta y caminamos hasta la salida para ir a una cafetería que había al lado.

¿Qué tenía esa mujer que me había hecho ir hacia ella como si un imán me atrajera?

No iba a negar que era guapa, además de simpática e inteligente, y si era sincero, debía reconocer que era sexy hasta decir basta.

¿En qué me estaba metiendo? ¿Hasta dónde me llevaría todo esto con Becky?

Capítulo 9

Cuando entramos en la cafetería nos sentamos en una de las mesas del fondo, junto al ventanal que daba al parque

Pedimos un par de cafés y acabé convenciendo a Becky de que pidiera además un muffin de chocolate blanco con arándanos que no había dejado de mirar desde que entramos.

—¿De verdad no tenías nada que hacer y decidiste venir a invitarme a un café? —preguntó al fin cuando dejaron nuestro pedido en la mesa.

—La verdad es que no —sonreí.

—Estoy segura de que el señor Scott Black tiene cientos de cosas que hacer, mejores que tomar café con la pediatra de su hijo.

—Nada mejor que esto. —Me encogí de hombros.

Se sonrojé de tal modo que sonreí aún más sin que pudiera verme mientras me acercaba la taza de café para dar un sorbo.

No sabía por qué eso me incitaba a seguir coqueteando con ella.

¿Coqueteando? ¿Eso era lo que estaba haciendo con Becky? ¿Coqueteaba con la pediatra que me había asegurado de que nunca coquetearía con el padre de alguno de esos niños?

—¿Cómo está Eric? —se interesó.

—Sigue llenando pañales radiactivos —rio con una leve carcajada—. Está bien, feliz con Cassidy.

—¿Tu novia?

—No, no. Su niñera.

—Oh.

—Creo que hemos conectado bastante bien, y se ha acostumbrado a la nueva casa y eso, ya no se despierta tan a menudo.

—Claro, los cambios para ellos siempre son... complicados. —Dio un bocado a su muffin y no pude apartar la mirada de ella.

Los labios de Becky eran toda una tentación que parecían llamarme a gritos para que los besara, los mordiera, y cuando la vi pasarse la lengua por ellos, despacio y recogiendo el chocolate que había dejado el muffin, supe que en algún momento esos labios tendrían que ser míos.

—El sábado tengo que asistir a una gala benéfica, me gustaría que me acompañaras —dije.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—¿Y por qué no? —sonreí— No es más que una gala donde servirán un cóctel con algunos aperitivos y bebida, pondrán música de fondo para quien quiera bailar, entregaré un cheque como todos los años como donación, y antes de las doce estaré de vuelta en casa.

—No puedo dejar a Lindsey sola. —Apartó la mirada, centrándose en remover el café en su taza.

—Por suerte para ti, tengo una niñera en mi apartamento —sonreí—. Puedes dejarla allí.

—¿Qué dirán en la organización cuando sepan que me llevaste a una gala?

—¿Por qué deberían decir algo?

—Imagino que habrá prensa, harán fotos, eres uno de los benefactores, y me verán contigo.

—¿Acaso no puedo llevar a una de las encargadas del área médica de mi organización a una gala como representación de todos los demás que trabajan allí? Mi hermana y mi socio también irán a la gala.

—No sé si sería buena idea, podrían pensar...

—¿Qué? —insistí tras unos segundos en los que se quedó callada— No me importa lo que piensen, Becky.

Me miró con la duda instalada en sus ojos, sabía que se estaba debatiendo entre acompañarme o no hacerlo, esperaba que aceptara mi invitación, no era nada con dobles intenciones.

«*Si es lo que quieres decirte, Black, por mí bien*» me dijo una voz interior que no sabía que tenía.

—Será tarde para después volver a casa con Lindsey —murmuró.

—Podéis quedaros a dormir en mi apartamento, tengo una habitación de invitados que mi hermana ya no usa tan a menudo como antes.

—Eso sí que no sería apropiado, no serás mi jefe directo, pero, aun así, eres el director del lugar en el que trabajo.

—Si os quedáis a dormir no lo sabrá nadie, en mi puerta no hay prensa —sonreí.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que no aceptarás un no por respuesta —suspiró.

—No lo aceptaré, no.

—Está bien. ¿A qué hora es la gala?

—Podéis venir a mi apartamento a las ocho, cenamos y después nos arreglamos para ir a la gala. Llegaremos al hotel sobre las diez.

—Vale, llevaré lo necesario entonces.

Sonreí ante mi pequeña primera victoria con Becky, y decía la primera porque esa mujer me incitaba a querer hacer muchas otras peticiones solo por el modo en el que se sonrojaba y su cabeza parecía hacer girar todos los engranajes buscando los pros y los contras de aceptar hacer algo conmigo.

Mientras nos tomábamos el café le pregunté qué la llevó a pedir trabajo en la organización, y dijo que era el único sitio en el que no le requerían demasiada experiencia previa puesto que tan solo contaba con las prácticas.

Me contó que con lo que sacó por la venta de la casa pudo pagar el resto de sus préstamos estudiantiles, esos que por suerte no eran demasiado elevados en ese momento puesto que su padre siempre pagó las cuotas, y confesó que, sin que Lindsey lo supiera, ella iba guardando un dinero cada mes para ese fondo universitario que querían guardar.

—Estiro mi sueldo al máximo, y con tal de que ella tenga un futuro al igual que yo pude tenerlo, me privo de

algunas cosas para guardar ese dinero.

—¿De qué cosas?

—Pues, por ejemplo, si hay que retocarse el corte de cabello, las dos acudimos a la peluquería que han montado en la organización algunas mujeres —sonrió—. A cambio les llevo galletas para sus hijos.

—Vaya, no sabía que habían organizado esa sección.

—Las propias mujeres que buscan ayuda allí, son las que se han encargado de eso. Algunas tienen la titulación, pero no trabajan de ello, limpian casas, edificios de oficinas, y esas cosas. Así que ofrecen sus mágicas manos al resto de mujeres.

—Me alegra saber que la organización que levantamos en nombre de mi madre, cumple con el propósito de ayudar a los demás tal y como ella siempre quiso —sonreí.

—Debería volver ya, tengo algunos pacientes que atender.

—Claro, te acompaño.

Dejé el dinero sobre la mesa, apoyé la mano en la parte baja de la espalda de Becky y fui guiándola hacia la salida. En cuanto pusimos un pie en la calle y se apartó, noté el aire en la yema de los dedos que dejaba clara su ausencia.

—Gracias por el café, Scott —dijo frente a la entrada del edificio principal.

—Ha sido un placer. Espero que quieras volver a tomarte un descanso conmigo. Ese muffin tenía muy buena pinta.

—Si como muchos de esos, acabaré haciéndome adicta y ya sabes, me privo de muchas cosas por Lindsey —sonrió.

Y así de fácil supe cómo hacer que esa mujer sonriera cada mañana cuando no fuera a buscarla para tomar café.

—Nos vemos el sábado a las ocho en mi apartamento —dije acercándome, y tras apoyar la mano en su hombro, me incliné para besarla en la mejilla.

Noté que se estremecía y mientras el aroma a cerezas llenaba mis fosas nasales, me pregunté cómo sería tenerla entre mis brazos, desnuda, jadeando, excitada y a mi merced.

Cierta parte de mi anatomía parecía estar preguntándose lo mismo, por no hablar de la imagen tan sensual que se me había pasado por la cabeza en ese momento, aliciente más que suficiente para que mi miembro diera un brinco bajo los pantalones.

—Nos vemos el sábado —murmuró en acuerdo antes de girarse y entrar en el edificio.

Regresé a la cafetería y dejé bien claro lo que quería que pasara a partir del lunes, así como los datos de Elisa, mi encantadora secretaria, para que le pasaran la factura mensual.

Nunca había hecho algo como aquello, siempre tomaba lo que quería, cuando quería y como quería, sin contemplaciones, ni coquetería o romances.

Pero Becky era distinta a todo lo que conocía, y algo me decía que tenía que ser paciente con ella.

¿Estaba dispuesto a serlo?

La respuesta era muy sencilla, sí. Becky merecía la espera.

l.

.

,

Nunca había hecho algo como aquello, siempre tomaba lo que quería, cuando quería y como quería, sin contemplaciones, ni coquetería o romances.

Pero Becky era distinta a todo lo que conocía, y algo me decía que tenía que ser paciente con ella.

¿Estaba dispuesto a serlo?

La respuesta era muy sencilla, sí. Becky merecía la espera.

Capítulo 10



Según se acercaba la noche del sábado la curiosidad se apoderó de mí, algo que no había sentido desde que era un niño impaciente esperando para abrir sus regalos el día de Navidad.

Si me caracterizaba por algo, era por conseguir aquello que quería tener, y algo en lo más profundo de mi mente decía que eso era Becky.

Ciertamente aquella menuda rubia de ojos marrones se había colado en mi mente cada día desde que la vi en la consulta cuando llevé a mi hijo.

Sabía que era la novedad, el ver a una mujer preciosa incluso en vaqueros, sexy como el infierno y con unos labios que me moría por probar, pero cuando la tuviera entregada a mí esa noche, se pasaría ese deseo.

Siempre era así.

Estaba preparando el biberón para Eric cuando sonó el timbre, eché un vistazo al reloj y vi que faltaban solo dos minutos para las ocho. Sonreí al comprobar que esa mujer era deliciosamente puntual.

Eric miró por encima de mi hombro, como si supiera quién estaba al otro lado de la puerta. Volvió a mirarme y arqueó la ceja.

—¿Ni siquiera la has visto y sabes quién es? —su respuesta fue un gorjeo, como diciéndome que sí y que yo era idiota.

Abrí la puerta y allí estaban las dos chicas rubias más guapas que había conocido nunca, sonriendo con una bolsa al hombro cada una.

—Hola —dijo Becky.

—Hola. Pasad.

Me hice a un lado y cuando entraron, fueron directas a la cocina, donde ya esperaba la cena que había encargado en el restaurante de Gio.

—Espero que os guste la auténtica comida napolitana —dije cogiendo el biberón para dárselo a Eric.

—La pasta nos encanta —rio Lindsey—. Puedo darle el biberón si quieres —ofreció y asentí entregándole al bebé—. Hola, pequeñín. Cada día que pasa te veo más grande. Seguro que cuando crezcas serás tan alto como tu papá. ¿Quieres cenar? Pues vamos al sofá. —Le dio un beso en la frente y aquello me pareció lo más tierno que había visto nunca.

A pesar de que solo tenía doce años, se veía que Lindsey era una niña de gran corazón. Se sentó en el sofá con Eric y mientras le daba el biberón, le contaba una historia que él escuchaba con atención mientras la miraba fijamente.

Por un momento sentí aquella escena como si se tratase de mis dos hijos, y es que Lindsey bien podría serlo dada su edad. Pero yo no tenía hijos, ninguno más quería decir, dado que acababa de enterarme de que era el padre de aquel bebé que se tomaba el biberón sin una sola queja.

—Iré poniendo la mesa —dijo Becky con una sonrisa.

Asentí y me dispuse a servir cada plato para llevarlo a la mesa. Cuando Eric se hubo tomado el biberón, Lindsey comenzó a pasearlo por el salón hasta que sacó los gases.

—Se le da bien —admití ante Becky.

—Tiene buena mano con ellos, en la guardería de la organización están todos encantados por su ayuda.

^S—Este pequeñín ya está listo. ¿Hay que bañarle? —preguntó Lindsey mientras se acercaba a la cocina para dejar el biberón.

—No, ya está listo para ir a dormir. Ponlo en su moisés, cuando cenemos lo llevaré a la cuna.

Lindsey hizo lo que le había pedido y nos sentamos a la mesa para degustar los platos que Gio cocinaba como nadie.

Había pasta carbonara, al pesto y *frutti di mare*, así como canelones de carne.

Con cada bocado, ambas dejaban salir un leve sonido de aprobación, cosa que me hizo sonreír porque incluso en eso eran sumamente parecidas.

Tras acabar de cenar recogimos entre los tres y fue cuando llegó Cassidy, quien sonrió al ver a las chicas.

—Tú debes de ser Lindsey —dijo acercándose a ella—. El señor Black me dijo que ibas a ser mi ayudante esta noche en el cuidado de Eric.

—Ajá. Estaré pendiente de él también.

—Creo que es hora de que este pequeñín se vaya a dormir. ¿Me acompañas? —le preguntó a Lindsey al tiempo que cogía a Eric en brazos.

Ella asintió y yo le presenté a Becky, quien le pidió que me llamara si había alguna urgencia.

—Tranquila, cariño. Esta noche no te preocupes por nada —respondió mientras le apoyaba la mano en la mejilla.

: de un modo maternal—. Solo disfruta de la velada con el señor Black.

Se fue con el bebé y con Lindsey a mi dormitorio para acostarle, y acompañé a Becky hacia la habitación de invitados para que pudiera cambiarse de ropa. Cogió su bolsa y tuve que aguantarme la risa, si supiera la sorpresa que le había preparado...

—¿Dónde vas a cambiarte tú? —preguntó.

—Dejé mi esmoquin en el despacho. Te espero en el salón —respondí inclinándome para besarle en la mejilla.

Me detuve en ese punto más tiempo del legalmente permitido para un casto beso como aquel, pero no podía ni quería apartarme de ella. El aroma de cerezas me tenía completamente cautivado.

Fui al despacho a cambiarme y la dejé allí con su sorpresa. ¿Qué pensaría al ver el vestido negro que Kim escogió para ella?

Aún recordaba la cara de mi hermana mayor cuando le pedí ayuda con eso, me tomó por loco unos segundos puesto que yo nunca me encargaba de escoger vestido para mis antiguas parejas de turno, pero algo me decía que Becky habría estado preocupada por lo que llevaría esa noche.

No ponía en duda que tuviera algún vestido elegante que usara únicamente en ocasiones especiales, pero por algún motivo que no entendí hasta que Kim me dijo la tarde anterior que ya tenía el vestido, quise que Becky deslumbrara entre el resto de los asistentes a esa gala.

¿El motivo? Esa mujer merecía brillar.

En cuanto me cambié de ropa salí del despacho para ir al salón, donde encontré a Cassidy y Lindsey sentadas en el sofá escogiendo qué ver, con la radio del bebé en la mesita de café.

Eché un vistazo al móvil y vi que Kim me había dicho que ya estaban de camino, que nos esperarían en la entrada del hotel.

Mike había pasado a recogerla, como siempre.

Y cuando el repiqueteo de unos tacones sobre el suelo de mármol negro de mi apartamento llegó a mis oídos, me giré casi a cámara lenta para encontrar a la exquisitez hecha persona.

El vestido parecía diseñado y hecho expresamente para Becky, realzando su figura. Era largo, entallado hasta la rodilla y el resto de la tela de la falda caía con un elegante movimiento mientras daba un paso delante del otro. Tenía escote con forma de corazón, sin tirantes ni mangas, nada, absolutamente nada que cubriera sus hombros, el torso o la espalda.

Iba maquillada de un modo natural, con los labios de un bonito color melocotón que los hacía parecer más carnosos y apetecibles de lo que ya eran, y se había recogido el cabello en un lateral, dejando algunos mechones sueltos en el lado opuesto.

Me quedé sin habla, porque la visión de aquella rubia era mucho mejor de la que yo había imaginado en mi cabeza.

Mientras se acercaba a mí la sentí nerviosa, se mordía discretamente el labio inferior y no dejaba de jugar con los dedos sobre el pequeño bolso de mano que llevaba.

Tendría que enviarle un buen detalle a mi hermana por su magnífica elección del conjunto.

—Estás preciosa —dije con una sonrisa cuando al fin llegó a mi lado.

—No debiste molestarte, traía un vestido.

—Lo supuse, pero quería tener un detalle contigo.

—Esto es demasiado, espero que puedas devolverlo...

—Mi hermana me dijo que podría, pero no lo vamos a hacer. —Acorté la distancia, apoyé la mano en su cadera y me incliné para susurrarle al oído—. Te queda perfecto y quiero vértelo puesto otra vez.

La vi tragar saliva con fuerza al mismo tiempo que noté cómo se le erizaba la piel. Ah, mi voz parecía tener un efecto en su cuerpo con el que no contaba. Perfecto.

—¿Lista? —pregunté, y asintió.

—Becky, estás guapísima —dijo Lindsey al ver a su hermana mayor—. Pero no es el vestido que escogimos. —Frunció el ceño.

—No, este... —Me miró de reojo—. La hermana de Scott me lo ha prestado.

—Pues te queda perfecto —sonrió.

—Pórtate bien ¿sí?

—Ay, por favor, tengo doce años, no soy una bebé —resopló.

—Lo sé cariño —respondió con una sonrisa mientras se inclinaba hacia el sofá para besarle la frente, y los ojos se me fueron a su escote.

Noté que mi entrepierna daba un brinco ante aquella imagen, y pedí a Dios que no hiciera aquello mucho durante la noche, porque las vistas de sus generosos pechos queriendo salir de ese encierro y el imaginarme la dureza de sus pezones entre mis dientes, iba a ser una tortura. Por no hablar de las miradas lascivas de otros hombres.

—¿Scott? —Volví al momento en el que estábamos cuando me llamó, y la miré con el ceño fruncido—. Cuando quieras podemos irnos.

Asentí, me despedí de Cassidy y Lindsey, asegurándole a la niñera de mi hijo que llegaríamos en torno a la medianoche, y salimos del apartamento.

El camino hasta el aparcamiento en el ascensor lo hicimos en silencio, pero podía jurar que hice acopio de toda mi fuerza de voluntad para no besar a la mujer que tenía al lado, tan cerca, que me parecía escuchar el fuerte y

desbocado latido de su corazón.

Estaba nerviosa, podía notarlo, y no la culpaba, iba a asistir a una gala benéfica rodeada de gente influyente de Miami, gente poderosa y con más dinero del que nadie pudiera imaginar, y, además, lo hacía conmigo, el director del lugar en el que trabajaba.

La guie hasta mi coche, le abrí la puerta y la ayudé a subir siendo correspondido con un suave «gracias» que me hizo sonreír.

Conduje por las calles de la ciudad mientras ella observaba por la ventanilla, no decía nada, el silencio se hizo el rey del momento hasta que llegamos al hotel, media hora después.

A las diez de aquella noche de sábado estábamos parados ante el lugar donde cerca de cien periodistas, fotógrafos reporteros y cámaras de televisión se agolpaban en busca de la mejor instantánea.

—Ay, Dios mío —murmuró agarrando el bolso con tanta fuerza, que creí que acabaría haciendo agujeros con las uñas.

—Becky, tranquila, no muerden —sonreí cogiéndole la mano en lo que esperaba a que el aparcacoches se acercara a mi puerta.

—Buenas noches, señor —dijo cuando abrí.

—Buenas noches. —Le cedí el asiento de mi coche y fui hacia la puerta de Becky.

Cuando la abrí, me encontré con su mirada llena de temor, me incliné sonriendo y le cogí la mano para ayudarla a salir, no sin antes dejar en el dorso un breve beso.

Respiró hondo, se unió a mí y, tras alisarse la falda del vestido, comenzamos a caminar hacia las escaleras.

Muchos me llamaban, preguntaban quién era mi nueva acompañante y esperé que ninguno indagara en lo que no debía, no quería enfadarme esa noche, quería disfrutar de la compañía de la exquisita y guapa mujer que se agarraba a mi brazo como si fuera el salvavidas de un barco en mitad de una tormenta.

Al entrar no tardé mucho en encontrar a Kim y Mike, ambos sonrieron al verme y mi hermana incluso dio una palmadita casi imperceptible, sí, estaba satisfecha con la elección de vestido que hizo para Becky.

—Tú debes ser Becky, la pediatra de mi sobrino —dijo acercándose a ella para darle un par de besos—. Soy Kimberly, pero todos me llaman Kim, la hermana mayor de Scott.

—¿Tú eres la mayor? —preguntó con los ojos muy abiertos, mirándome a mí de arriba abajo como si no lo creyera.

—Me veo más joven que él, lo sé —sonrió Kim—, por no hablar de que yo heredé el físico y la estatura de nuestra madre, y él, de nuestro padre.

ⁱ —Encantada de conocerte, Kim. Y, oh, gracias por el vestido, los zapatos y el bolso. Son preciosos.

—Y te queda fabuloso, cariño. Él es Mike, socio y mejor amigo de mi hermano.

—Encantada —Becky sonrió al tiempo que le ofrecía la mano, esa que mi socio cogió y besó como saludo.

—El placer es mío. Scott, eres un capullo con suerte esta noche.

Becky me miró de reojo con el ceño fruncido, pero no pensaba decir nada. Le puse la mano en la parte baja de su espalda y caminamos hacia el interior del hotel para ir al gran salón donde tendría lugar la gala.

—¿Has traído el cheque? —me preguntó Kim cuando entramos, mientras cogíamos una copa de champán cada uno.

—Sí, lo tengo en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿De cuánto es esta vez?

—Solo un poco más que el año pasado.

^a —El año pasado donamos un millón —comentó Mike, y Becky, que acababa de dar un sorbo a su copa, comenzó a toser con disimulo.

—¿Estás bien, cariño? —se interesó mi hermana pasando la mano por su espalda.

—Oh, sí, es solo que, a mí me cuesta llegar a fin de mes, y aquí se habla de millones como quien cuenta caramelo —respondió con total naturalidad.

—Me gusta esta chica, socio. ¿Estás soltera? Porque serías mi esposa perfecta.

—Yo...

—Mike —dije antes de que ella se sonrojara aún más.

—Ok, ok. El alfa de la manada ha hablado. No estarás soltera mucho tiempo entonces —rio y le fulminé con la mirada—. Kim, creo que he visto al viejo Forrester, ¿vamos a saludar?

Mi hermana asintió y así, de la manera más vil y cobarde, mi mejor amigo se fue.

—¿Por qué ha dicho eso? —preguntó Becky.

—Supongo que, porque piensa que esta noche alguno de estos hombres sentirá curiosidad por ti, se acercará, charlará contigo y querrá volver a verte. Pero ¿sabes qué, pequeña? —dije haciendo que se girara para mirarme mientras sostenía su barbilla con los dedos— Que nadie tendrá acceso a ti, ni esta noche, ni ninguna otra, porque vas a ser mía —susurré y la vi tragar mientras sus ojos se agrandaban y, sin poder evitarlo, se mordía el labio inferior—. ¿Eso te ha excitado? —Presioné mientras mantenía la mirada fija en ella—. Dime, Becky, ¿te gustaría ser mía? —Seguía en silencio, mirándome con una mezcla de temor y deseo que me hizo sonreír, hasta que vi que con cierto disimulo, apretaba sus piernas. Estaba excitada—. Lo deseas, me deseas, ¿verdad? Dilo, Becky, no debes tener miedo, pequeña.

—Yo... —Volvió a morderse el labio—. Sí —murmuró al fin, apartando la mirada.

—Mírame —le ordené—. Esta noche, serás mía, pequeña. Toda, toda mía.

s

,

—Yo... —Volvió a morderse el labio—. Sí —murmuró al fin, apartando la mirada.

—Mírame —le ordené—. Esta noche, serás mía, pequeña. Toda, toda mía.

Capítulo 11



La noche en la gala fue transcurriendo tal como solían ser todas las demás.

Camareros con bandejas de bebida, de canapés, gente charlando en corrillos sobre sus últimas inversiones, sobre los negocios, y prensa autorizada a estar en el interior del hotel dispersa por aquí y por allá preguntando a los asistentes.

Becky huía de ellos, agarrándome del brazo para llevarme hacia otra zona cuando veía a uno de esos periodistas acercándose.

Yo me reía, al igual que mi hermana desde la distancia.

—Señor Black, ¿podría responder a unas preguntas?

—Ay, Dios. No le vi venir —murmuró Becky a mi lado, quien se estremeció ligeramente.

—Tranquila, no te va a comer —le aseguré mientras le rodeaba la cintura y la hacía girar para enfrentar al periodista—. Vaya, pero si eres Bill Nelson.

—Me halaga que me reconozca, señor Scott.

—Debo decir que eres de los pocos periodistas que suele preguntar por la vida privada —respondí, y con eso le hice saber que ese tipo de preguntas estaban completamente vetadas para mí esa noche.

—No negaré que lo relacionado con la prensa del corazón es de interés para el público, pero no trabajo en una de esas revistas.

—Bien, ¿qué querías preguntar, Bill?

—¿Hará una donación al hospital, como todos los años? —empezó y me acercó el micrófono de nuevo mientras su compañero grababa con la cámara.

—Nunca faltará una donación por parte de Farmacéuticas Black. El hospital no solo necesita esas donaciones, sino que colabora con la organización que lleva el nombre de mi madre. Allí tenemos médicos, enfermera, pediatras como ella —dije sonriendo mientras miraba a Becky—, pero cuando uno de los niños necesita una operación de urgencia, o ser tratado de modo más exhaustivo, el hospital siempre está ahí para ayudarnos.

—¿Ella es una de las pediatras de la organización Madison Black? —curioseó con los ojos muy abiertos.

—Así es. Becky nos acompaña a mi hermana, a mi socio y a mí esta noche en calidad de representante de todas esas personas que forman parte de la organización. Son muchas, y nos encantaría poder traerlos a todos a una gala tan importante como esta, pero no es posible.

—Es la primera vez que alguien de la organización les acompaña, si no estoy equivocado.

—No, no lo estás Bill —sonreí—. Este año quería que toda esa gente que ayuda a los demás, tal como mi madre quería, estuviera presente de algún modo. Por eso está Becky aquí.

La miré de nuevo y ella se sonrojó, tan tímida como era y con el miedo de que en la organización pensarán que se acostaba conmigo. Bueno, de hecho, no estarían mal encaminados porque esa noche pretendía meterla en mi cama.

—Becky, ¿podría hablarnos de la labor que llevan a cabo en la organización? Pocas veces tenemos el placer de contar con uno de sus empleados —Bill sonrió con amabilidad, y ella, tras un leve carraspeo, sonrió de vuelta antes de hablar.

—Atendemos las necesidades de los más desfavorecidos. En el área de medicina, donde estoy yo, recibimos a cientos de niños cada año que no pueden optar a un servicio médico en un centro, puesto que su familia carece del seguro correspondiente.

»Nos encargamos de abastecerles con los medicamentos necesarios que Farmacéuticas Black suministra a la organización, y damos alegría a esos hogares donde lo más valioso es la sonrisa de su hijo.

»Pero no solo atendemos a los niños, muchos adultos acuden a la organización, tanto para asistencia médica como para asesoramiento legal, ayuda a la hora de hacer su currículum para optar a un empleo, todo aquello que la gente sin recursos pueda necesitar, la organización Madison Black se lo facilita.

—Habla con auténtica pasión sobre la labor que hacen allí, es admirable, y veo que ama su trabajo en ese centro.

—Así es, Bill —sonrió más ampliamente—. Ese centro nos da alas a muchos de los que trabajamos en él, así como a las familias que acuden buscando ayuda. Como curiosidad, te contaré algo.

»Muchas mujeres que tienen estudios básicos y que una vez tuvieron un trabajo acorde a esos estudios, ofrecen su ayuda a los demás, de manera altruista o por el simple intercambio de otras cosas que ellas necesiten.

»Todos tienen algo que aportar, todos tienen algo que ofrecer y todos necesitan algo cuando acuden allí. Aportan y ofrecen lo que pueden para que otros lo aprovechen. Todos los que acuden a la organización, se han convertido en una pequeña comunidad, una familia.

—Señor Black, creo que ha acertado con Becky para representar esta noche a la organización Madison Black —dijo Bill, con admiración en su tono, así como en la mirada que le volvió a dirigir a ella—. En mis años como periodista, jamás he oído a alguien hablar de su lugar de trabajo con tanta pasión como tú, Becky. Ha sido un placer conocerte. —Le cogió la mano para estrechársela y ella sonrió.

—Gracias, Bill —contestó.

—Señor Black, muchas gracias por su tiempo. Disfruten del resto de la velada.

Tras un apretón de manos con aquel periodista, le vi alejarse con el cámara y no tardé en encontrarme con la sonrisa de Kim.

—Menudo fichaje tenemos en la organización, hermano, y no teníamos ni idea —dijo abrazando a Becky.

—Estoy temblando —dijo ella.

—Bueno, ha sido tu primera entrevista, cariño —Kim sonrió frotándole el brazo—. Pero te has desenvuelto muy bien.

—Desde luego, después de esto, creo que mucha más gente acudirá en busca de ayuda al centro —comentó Mike—. ¿De verdad que solo eres pediatra? Podríamos contratarla como relaciones públicas, o jefa de prensa.

—¡Oye! —protestó Kim— Yo soy la jefa de prensa, ¿recuerdas? —Arqueó la ceja.

—Huy, es verdad, qué despiste el mío. —Puso cara de horror y Becky empezó a reír, algo que fue como auténtica música para mis oídos.

Tomamos una copa de champán mientras charlábamos los cuatro, y cuando vi al director del hospital subir al escenario, como hacía cada año a esa hora de la noche, supe que era mi turno.

—Enseguida vuelvo, pequeña —susurré en el oído de Becky antes de dejar un beso rápido en su mejilla.

Asintió y me alejé de ellos para ocupar mi lugar en el lateral del escenario, donde el director seguía hablando, dando las gracias a los asistentes por acompañarle un año más, por sus donaciones y por la inestimable ayuda que todos ofrecían para el hospital.

Esas ayudas eran en forma de equipos médicos, cada vez más modernos, para atender a los pacientes y darles un mejor tratamiento, además del dinero que todos ofrecían para investigar algunas de las enfermedades menos conocidas con las que el centro se había topado a lo largo de los años.

—Ahora quiero darle las gracias al señor Scott Black, nuestro benefactor principal y suministrador de todos los medicamentos de que dispone el hospital —dijo, y comencé a subir las escaleras.

—Kevin, es un placer estar un año más aquí —dije estrechándole la mano—. Y como cada año, tengo el honor de hacerte entrega de este cheque por valor de un millón doscientos mil dólares para seguir con la investigación de todas esas enfermedades que lleváis a cabo en el hospital. —Saqué el cheque del bolsillo interior de mi chaqueta y se lo ofrecí, de nuevo nos dimos un apretón de manos y tras algunas fotos por parte de la prensa acreditada, bajé del escenario.

No tardé en encontrar a Becky, allí de pie aplaudiendo donde la había dejado junto a mi hermana y Mike, la cogí de la mano y no hicieron falta palabras, ella sabía lo que vendría a continuación.

—Nos vemos el lunes —les dije a Kim y Mike, que asintieron con una sonrisa.

Llevé a Becky fuera del salón y antes de continuar hacia la salida del hotel, giré a la derecha por el pasillo intransitado y oscuro que había y no me contuve más, ya lo había estado haciendo durante toda la noche, durante días en realidad.

Pegué a Becky contra la pared, soltó un gemido ante la sorpresa de mis movimientos y el golpe de su espalda contra ella, la miré a los ojos durante unos segundos y me apoderé de sus labios.

No obtuve la menor resistencia, Becky se abrió a mí como una flor en una mañana soleada en busca de esa esencia vital para sobrevivir.

Mi lengua encontró la suya y ambas se enlazaron en una danza irresistible que no hacía más que excitarme aún más de lo que ya me tenía esa rubia deliciosamente sexy, quien, sin lugar a duda, se iba a convertir en un peligro para mí y para llevar a cabo aquello que tenía que hacer, ese trato que me vi obligado a sellar un año atrás, poco antes de que Eric fuera engendrado.

En aquel entonces quien hoy sabía que se llamaba Lisbeth, fue como un acto de rebeldía, algo que debía hacer antes de que todo se viera hecho realidad.

Pero todo cambió, y las chicas del club se convirtieron en mi liberación sin que nadie más que Mike o Kim lo supieran.

¿Becky? Becky iba a ser mi liberación esa noche, pero dado el modo en el que me correspondía aquel beso, y por cómo me atraía hacia ella con la mano alrededor de mi nuca mientras ambos movíamos las caderas en busca de la fricción de nuestros sexos, no tenía la menor duda de que no me conformaría con una sola noche, ni de que era el peligro que llevaba evitando un puto año entero.

—¿Vas a entregarte a mí, pequeña? —pregunté en un susurro mientras la miraba y ella jadeaba, con el pecho subiendo y bajando con fuerza, estaba excitada, y me deseaba tanto como yo a ella— ¿Vas a dejarme hacer lo que me plazca contigo esta noche, Becky? —Se pasó la lengua por los labios, esos que empezaban a verse hinchados por mis besos—. Responde, Becky, dime que lo harás. Dime que podré hacerte lo que quiera, que podré follarte tal como deseo.

—Sí —murmuró.

—Dilo, Becky, dilo con tus palabras, necesito escucharlo.

—Me entregaré a ti esta noche, podrás hacerme lo que quieras, podrás follarme como desees.

—Dios, mujer. —Se me escapó un leve gruñido antes de volver a besarla.

Becky gimio en mi boca y tuve que hacer acopio de toda la fuerza de voluntad de la que disponía para apartarme de ella y no follármela allí mismo.

La cogí de la mano, le acaricié la mejilla y salimos del hotel para regresar a mi apartamento.

Becky era mía.

Capítulo 12



Mientras subíamos en el ascensor hasta mi apartamento, apenas si pude mantener las manos lejos de Becky.

Esa mujer era una tentación para mí en todos los sentidos.

—Scott —murmuró en mis labios cuando el ascensor se detuvo y empezaron a abrirse las puertas.

La cogí de la mano mientras salíamos, saqué las llaves del bolsillo del pantalón y en cuanto atravesamos el umbral, me dispuse a pegarla contra la pared, donde estaba más que listo para tomarla.

—Para —dijo apartándose y rompiendo el beso que estaba dándole—. No estamos solos —murmuró. Fruncí el ceño y ella sonrió mientras me acariciaba la mejilla—. Creo que aún tienes que acostumbrarte a que hay un bebé viviendo contigo.

—Maldición, Eric. —Me pasé la mano por el pelo, hacía tanto tiempo que vivía solo, que me había olvidado del pequeño bebé radiactivo que dormía en mi habitación.

—Vamos, seguro que Cassidy querrá volver a su casa. Incluso Lindsey y yo deberíamos irnos.

—No —rugí pegándome a ella mientras le cogía ambas mejillas entre mis manos—. No vas a irte, pequeña, esta noche has dicho que serás mía.

—No deberíamos hacerlo —confesó con los ojos fijos en los míos, sin poder evitar que el temor se cruzara de nuevo por ellos.

—Los dos lo deseamos, así que no veo por qué no lo haríamos —murmuré antes de besarla una última vez.

Caminamos hacia el salón cogidos de la mano, y allí encontramos a Cassidy sentada en el sofá junto a la lámpara de noche, leyendo un libro.

—Buenas noches, Cassidy —dije para que fuera consciente de nuestra presencia.

—Buenas noches, señor Black —sonrió cerrando el libro mientras se ponía en pie—. ¿Lo han pasado bien en la gala?

—Sí, ha sido una velada agradable.

—Gracias por cuidar de los niños —dijo Becky.

—Es mi trabajo. Me marcho ya, nos vemos el lunes, señor Black.

Asentí, vi a Cassidy ir hacia la cocina, cogió su bolso y se despidió de nosotros con la mano. En cuanto la puerta se cerró tras ella, me lancé a los labios de Becky como un sediento en mitad del desierto.

Ella correspondió aquel beso con la misma necesidad que yo sentía en ese instante, entrelazó los dedos en mi cabello mientras me acariciaba la nuca, y la quise cogerla por las nalgas para llevarla hasta el sofá, solo que el vestido que llevaba me impediría hacer tal cosa, salvo que lo rasgara como estaba pensando.

Pero Kim me mataría, de hecho, la propia Becky me mataría si rompía aquel vestido.

Me limité a deslizar la cremallera que había en la espalda hacia abajo, lo hice despacio esperando que en algún momento me pidiera que parara, pero no lo hizo.

Cuando estaba completamente bajada, retiré las manos y el vestido comenzó a caer solo hasta quedar arremolinado a los pies de Becky.

Rompí el contacto con ella apartándome un poco, y contemplé su cuerpo apenas cubierto por un tanga negro.

Se sonrojó de pies a cabeza, hizo el intento de cubrirse con los brazos, pero se lo impedí, llevándolos hacia su espalda y sujetándola por las muñecas con una mano.

—No se te ocurra cubrirte, pequeña —le dije mirándola fijamente, para que le quedara claro que aquello era una orden—. Nunca, jamás, te cubras delante de mí.

Asintió y volví a besarla mientras llevaba la mano libre hacia uno de sus pechos, lo sopesé con cuidado y comencé a jugar con el pezón entre los dedos, pellizcándolo hasta conseguir que Becky gimiera en mi boca.

Tiré de él y eso le arrancó un leve grito de sorpresa, sonreí y volví a tirar de nuevo.

Deslicé las yemas de los dedos lentamente por su vientre, se estremecía y podía notar cómo temblaba todo su cuerpo. Cuando al fin llegué al lugar que tanto deseaba sentir en la palma de mi mano, la pasé por debajo de la tel de su tanga y sentí ese calor incesante de su sexo.

La encontré excitada y húmeda para mí, tanto, que en el momento en el que la penetré con el dedo corazón, lo hice con facilidad y comencé a moverlo dentro y fuera de ella más seguido.

Becky gemía y se mantenía en pie a duras penas, sosteniéndose tan solo con los pies mientras yo seguía inmovilizándole las manos a la espalda.

Sometida, a mi merced, dispuesta a lo que quisiera hacer con ella en ese momento.

Aumenté el ritmo de mis movimientos y añadí a las penetraciones el constante roce en círculos con el pulgar sobre su clitoris, gimió aún más y noté que pronto estallaría en un orgasmo, corriéndose en mi mano.

Quería eso, quería hacerla enloquecer y desear más de lo que le ofrecía, comencé a penetrarla más y más rápido y fuerte, golpeando con la palma de la mano sobre su excitado clitoris, y fui gratamente recompensado con un orgasmo que liberó a gritos en mi boca.

Cuando el último resquicio de su clímax se evaporó en la noche, retiré la mano le solté ambas muñecas mientras ella me miraba con los ojos cubiertos aún por la neblina del éxtasis.

Me quité la chaqueta, la corbata y la camisa lanzándolas en alguna parte del salón, y comencé a desabrocharme lo pantalones, pero Becky me lo impidió.

Fue ella quien, tras arrodillarse ante mí, sin dejar de mirarme, bajó mi ropa liberando la erección que palpitaba deseosa de sentir el modo en que su sexo la apretaba.

Becky la envolvió con una de sus manos, comenzó a moverla despacio y cuando menos lo esperaba, la mujer de aspecto angelical con la lujuria reflejada en su rostro, deslizo la lengua por toda la longitud de mi miembro haciéndome gemir.

No tuve que pedirle que lo hiciera, fue a ello como si me hubiera leído el pensamiento desde el primer instante en que puse los ojos en sus labios, esos que me moría por besar y sentir justo donde los tenía en ese instante.

Cerré los ojos dejando caer la cabeza hacia atrás cuando me rodeo la erección con ellos, acogiéndome en su pequeña, sensual e incitadora boca, y cuando comenzó a moverse llevándome a lo más profundo de su garganta, hundí la mano en el recogido que aún mantenía intacto en el pelo y la guie para que me acogiera por completo.

Había estado con cientos de mujeres a lo largo de mi vida desde que cumplí veinte años, fueron muchas las que me dieron placer así, con su boca, al igual que estaba haciendo Becky, pero podía jurar con una mano sobre las llamas del infierno, que jamás lo habían hecho tan bien como ella.

Tuve que apartarla solo para no acabar corriéndome antes de tiempo como un puto adolescente, me incliné sobre ella aun sosteniéndola por el pelo, y la besé con fuerza. Era mía, esa mujer era y siempre sería mía.

La cogí en brazos dejando atrás nuestra ropa, aunque ella seguía llevando el tanga, y me senté en el sillón que había junto al ventanal del salón, de modo que las vistas de Miami serían testigo de lo todo lo que iba a hacerle a Becky esa noche.

aLa acomodé sobre mi regazo, dándome la espalda y con las piernas muy separadas, deslicé la mano al interior de su tanga y comencé a masturbarla de nuevo mientras con la otra mano le pellizcaba un pezón y otro, llevándola al borde del precipicio una y otra vez.

e

—Scott —murmuró mi nombre mientras se movía sobre mi erección, manteniéndose firmemente agarrada a los brazos del sillón, mientras ambos contemplábamos nuestro reflejo en el cristal.

—Eres jodidamente perfecta, Becky —dije penetrándola aún más rápido.

Antes de que se corriera de nuevo, me levanté y tras arrancarle el tanga de un tirón que hizo resonar el desgarrar de la tela en la noche como un latigazo, la senté en el sillón con ambas piernas abiertas sobre los brazos de este, y me lancé a su sexo húmedo y resbaladizo.

Lamí, succioné, mordí y la penetré con la lengua hasta hacerla retorcerse de placer y locura en aquel sillón donde

tantas noches había tomado un vaso de whisky antes de irme a la cama en invierno. Ahora esos momentos tendrían el recuerdo de Becky deshaciéndose entre mis manos.

Se corrió con fuerza y le cubrí la boca con la mano libre, se llevó uno de mis dedos a su interior y comenzó a lamerlo como si fuera mi miembro.

Aquello fue tan jodidamente erótico, que la volví a levantar en brazos únicamente para tumbarme en el suelo con sella encima, de modo que pudiéramos satisfacernos con la lengua y la boca el uno al otro como ambos deseábamos.

La devoré a placer mientras ella me acogía en su boca, moviéndonos el uno al compás del otro hasta que mi precioso ángel libidinoso se corrió con fuerza en mi lengua.

Regresamos al sofá, donde la acomodé una vez más sobre mi regazo dándome la espalda, y la deslicé sin ningún esfuerzo sobre mi miembro duro y erecto.

Becky se sostenía en los brazos del sofá mientras se movía sobre mí, subiendo y bajando, ondeando las caderas, follándome como jamás creí que me follaría una mujer, y había estado con muchas.

Pero ninguna como ella, ninguna como mi pequeña Becky.

La sujeté por las caderas, clavando los dedos en su trémula carne, moviéndome dentro y fuera de ella al mismo tiempo que su cuerpo buscaba el contacto con el mío, contemplando nuestro reflejo en el cristal, donde el brillo de sus ojos se clavaba en los míos.

Llevé de nuevo la mano sobre el sexo de Becky, jugando con su clítoris mientras le deslizaba uno de mis dedos dentro de su boca, y fue así como, segundos más tarde, ambos alcanzamos el clímax que nos hizo gritar mientras liberábamos el orgasmo.

Tras la última sacudida de placer en aquel brutal momento de sexo, se dejó caer sobre mi pecho con los ojos cerrados.

Ambos respirábamos con dificultad, buscando el aire que los pulmones habían perdido durante aquella maratón sexual, nuestros cuerpos estaban cubiertos de pequeñas gotas de sudor y, sin duda alguna, el aroma del sexo más crudo y salvaje nos rodeaba en ese momento.

Perfecto. Si tuviera que definir con una sola palabra lo que había pasado entre nosotros esa noche, sería esa, perfecto.

Cogí entre mis dedos su barbilla haciendo que me mirara y la besé de nuevo, me gustaba besarla, sentir el modo en que su cuerpo se estremecía ante ese gesto tan simple.

Pero había descubierto que Becky era muy receptiva, que su cuerpo enseguida reaccionaba a cualquier cosa que le diera. Besos, caricias, mordiscos, lo que fuera.

»

’ —Debería irme a la cama —dijo mirándome fijamente.

—Cierto, es hora de ver cómo están los chicos y meternos en la cama —susurré poniéndome en pie y cargándola

en brazos para ir al pasillo.

Cuando llegamos a la habitación de invitados donde Lindsey dormía plácidamente, me pidió que la bajara y en cuanto lo hice, entró.

—Está bien, no tienes que arroparla ni nada —murmuré con una sonrisa.

—No voy a arroparla, Scott, voy a meterme en la cama.

—¿Qué? ¿Por qué? —Fruncí el ceño.

—Será mejor que mañana, cuando despierte, me encuentre aquí y no en tu habitación. No quiero que piense algo que no es.

Dejé que se alejara, me quedé mirándola caminar desnuda por la habitación y por un momento pensé en tratar de convencerla, pero no lo hice.

Cerré la puerta y fui hacia mi habitación, donde entré con una sensación rara. Nunca había llevado a una mujer a mi apartamento para tener sexo, Becky era la primera, y mentiría si dijera que no deseaba meterla en mi cama y que durmiera conmigo, de modo que cuando despertáramos, pudiera volver a hacerla mía de nuevo.

Era adictiva, ese pequeño ángel libidinoso era la mujer más adictiva que había conocido en mi vida.

Me di una ducha rápida, me puse unos bóxers y escuché el gorjeo de Eric, cuando me asomé a la cuna le vi con los ojos abiertos, parecía que llevaba algún tiempo despierto.

—Hola, pequeñajo —sonreí cogiéndole en brazos y le besé la frente—. ¿Quieres un biberón? Son casi las dos de la madrugada.

Mi hijo me miró con el ceño casi fruncido, como si me dijera que le importaba una mierda la hora que era, él quería su biberón y yo era un mero súbdito a sus órdenes para complacerle.

Salí de la habitación procurando no hacer ruido, pero mi hijo no tuvo tanta consideración con nuestras invitadas, puesto que soltó un grito de júbilo al ver el camino que llevábamos.

Le preparé el biberón, se lo di sentado en el sofá del salón mientras veía las prendas de ropa esparcidas por allí, y sonreí al recordar lo que había pasado.

Perfecta, Becky era perfecta no solo como pediatra de mi hijo, sino como pareja de juegos sexuales para mí.

Estaba deseando llevarla a una cama en concreto, donde le mostraría lo placentero que podía ser el sexo, donde le haría ver las infinitas posibilidades de placer que ofrecía el amante adecuado.

Ella para mí lo era, no solo se había entregado y me permitió hacer lo que quisiera, sino que se mostró sumisa y a la vez atrevida.

Perfecta, ella era perfecta.

Capítulo 13



Cuando Eric se despertó con su habitual parloteo ininteligible, abrí los ojos y vi que eran cerca de las ocho, algo raro puesto que, por norma general, a las seis mi hijo ya estaba despierto. Tal vez el hecho de que anoche volviera a acostarle tarde hizo que durmiera un poco más.

Fuera como fuese, era hora de levantarse y atender a mi pequeño radiactivo.

Me puse unos pantalones de chándal y una camiseta, lo saqué de la cuna y fruncí la nariz al tiempo que él reía.

—Hijo mío, espero que en algún momento dejes de recibirme con este aroma a mofetilla.

Le llevé a su cambiador y dada la experiencia que ya tenía en tan poco tiempo, Eric estaba listo y presentable para empezar el día.

Antes de salir del dormitorio eché un vistazo rápido, era increíble lo mucho que había cambiado aquel espacio, oscuro, sobrio y masculino, con la cuna, el cambiador y un par de cómodas para guardar las cosas de Eric.

En cuanto puse un pie en el pasillo me llegó el olor a beicon y café, lo que hizo rugir mi estómago como si una manada de hienas hambrientas habitara allí.

No había ni rastro de nuestra ropa en el salón, supuse que Becky debió recogerla antes de que Lindsey viera el pequeño desastre que ocasionamos su hermana y yo la noche anterior.

Mis ojos se fueron hacia el sillón junto a la ventana, y las imágenes de una preciosa Becky deshaciéndose en mis manos llegaron a mi mente como un tornado, arrasando con la cordura y haciendo que cierta parte se mostrara muy, pero que muy despierta.

—Buenos días —dije al verlas a las dos en la cocina.

Becky estaba junto al fuego, cocinando huevos revueltos y beicon, mientras Lindsey troceaba fruta en una ensaladera sentada en uno de los taburetes de la isla.

—Buenos días, Scott —dijo la pequeña con una amplia sonrisa.

Me acerqué a Becky, que no había dicho una sola palabra, y tras colocarme a su espalda, me incliné para poder hablarle al oído.

—Buenos días, pequeña. ¿Cómo has dormido? —No me pude contener, tampoco quise, y sabiendo que Lindsey no iba a verme desde su posición, le di un beso en el cuello.

—Bien, esa cama es muy cómoda.

—La mía lo es mucho más —le aseguré, y vi cómo se le erizaba la piel.

—Puedes sentarte, el desayuno está casi listo —me dijo, evitando hablar sobre lo ocurrido entre nosotros.

Bien, le daría su espacio, tiempo para procesarlo, pero que no se le pasara por la cabeza que había sido cosa de una sola noche, aunque tuviera que mantener lo nuestro en el más estricto secreto durante un tiempo incierto.

—Tengo que preparar el biberón de Eric, está a punto de comerse mi dedo —dije, y se giró a mirar por encima de hombro, sonriendo al comprobar que mi hijo tenía uno de mis dedos como rehén y se lo intentaba llevar a la boca.

—Ya lo he preparado, está en el microondas —respondió y sonreí acercándome a besarle la mejilla.

—Eres un ángel para nosotros.

Tragó saliva y se sonrojó, mirando hacia su hermana con disimulo por si había visto cómo la besaba, pero Lindsey seguía centrada en la tarea de trocear la fruta para el desayuno.

Cogí el biberón y me senté en uno de los taburetes para dárselo a Eric, que no dudó en agarrarlo entre sus pequeñas manitas con todas sus fuerzas, y tomárselo entero en un tiempo récord.

Cuando acabé de sacarle los gases, lo senté en su tumbona y lo dejé en la isla para que pudiera vernos.

Lindsey lo atrajo hacia ella y comenzó a hacerle cosquillas, cosa que mi hijo recibió de buen grado y empezó a reír.

—Le caes bien —dije cogiendo la taza de café que Becky acababa de dejar ante mí—. Gracias, pequeña.

Al escucharme llamarla así, se le abrieron los ojos con el miedo instalado en ellos, miró a Lindsey, seguí su mirada y vi que la niña seguía jugando con Eric, ajena a mis palabras.

—Él también me cae bien —contestó Lindsey sin dejar de sonreír.

Mientras desayunábamos estuvo todo el tiempo pendiente de mi hijo, sabía que algún día sería una buena pediatra por no hablar de cuando tuviera sus propios hijos.

Yo nunca me había planteado ser padre, esa era la verdad, pero la llegada de Eric, me había cambiado la vida en apenas un par de semanas.

Sabía que en algún momento tendría que hablar sobre él, que la prensa debería saber que había un nuevo heredero Black para la farmacéutica que el viejo puso en pie hace tantos años, muchas veces en esas preguntas sobre mi vida personal salía el tema de la familia a relucir, sobre todo desde hacía un año, y siempre daba la misma

respuesta: «Cuando llegue el momento, llegaré».

Sí, ese momento había llegado, pero tenía que hablar con Kim para ver cómo lo abordábamos. Aunque antes había otra persona que debía saberlo.

—¿Qué tenéis pensado hacer hoy, chicas? —pregunté tras dar un sorbo al café, cuando mi plato estaba vacío.

—Regresaremos ahora a casa, cuando recojamos todo esto, toca limpieza y preparar comida para toda la semana —contestó Becky llevándose el último bocado de beicon a la boca.

—Suena...

—Como una fiesta, ¿a que sí? —me cortó Lindsey arqueando la ceja, y solté una carcajada.

l

Aquella niña era un encanto, simpática y por lo poco que la conocía, cariñosa además de lista, pero albergaba en su interior un sarcasmo que no dudaba que algún día sería un gran problema para la persona que quisiera conquistarla.

—Al menos habrá un poco de música —curioseé.

✓ —Oh, sí, esa nunca falta, si no, me aburriría como una ostra mientras paso la aspiradora. —Volteó los ojos.

—Os propongo algo —dije mientras me ponía en pie—. ¿Qué tal si vamos los cuatro a la playa? A Eric le vendría bien un poco de vitamina D.

—¡Ay, sí! —gritó Lindsey.

—No podemos, ya sabes que los domingos hacemos la casa —respondió Becky levantándose también para recoger la mesa.

—Pero, Becky, solo será un día —contestó con pesar—. Hace mucho que no vamos a la playa.

—No podemos, Lindsey —dijo a modo de zanjar el asunto.

La pobre Lindsey se quedó callada y Eric, que estaba a su lado, le tendió la manita para que se la cogiera, era como si mi hijo hubiera reconocido la tristeza en ella y quisiera reconfortarla.

Después de recogerlo todo, Becky se excusó para ir a la habitación de invitados a por sus cosas, la observé , caminar hacia el pasillo y en cuanto dobló la esquina, le pedí a Lindsey que vigilara a Eric.

Seguí a la rubia que se había vuelto una adicción para mí y, antes de que cerrara la puerta, entré en la habitación.

—No os hará daño tener un día libre, ¿sabes? —dije, y se sobresaltó al escucharme.

✓ —¿Qué haces aquí?

—Convencerte de que paséis el día con Eric y conmigo en la playa —contesté acortando la distancia, hasta que la

tuve, literalmente, acorralada entre la cómoda y mi cuerpo.

aDejé ambas manos sobre sus caderas y me incliné para apoderarme de esos labios tentadores que me provocaban.

La besé como había estado haciendo la noche anterior, sin prisa, pero por con deseo, con lujuria y demostrando que era mía, que siempre lo sería.

No se echó atrás, deseando exactamente eso de mí. Sentí sus suaves y delicados dedos en mi nuca, acariciándola al tiempo que jugaba con la otra mano en mi cabello. Mordí sus labios tirando de ellos y cuando el gemido resonó en la habitación, la cogí en brazos.

Caminé con ella hasta el cuarto de baño, la dejé en el suelo para quitarle los pantalones deportivos que llevaba junto con las braguitas, y la senté en el mueble del lavabo. En cuanto deslicé la mano entre sus pliegues la noté húmeda, sonreí sin apartar la mirada de ella y sus mejillas adquirieron un bonito rubor rosado.

—Me deseas tanto como yo, pequeña —le aseguré, consciente de que mi miembro llevaba demasiado tiempo erecto.

La devoré en un beso rudo y profundo mientras me bajaba los pantalones liberando mi erección, y en un rápido movimiento estaba dentro de ella.

Becky gimió en mi boca y se estremeció entre mis brazos, la acerqué más al borde del mueble y con ambas manos en sus suaves y sedosas nalgas, comencé a penetrarla lo más profundamente que podía.

Sentía sus talones en mis nalgas, me tenía atrapado entre sus sexys piernas, y se agarraba con ambas manos al pecho de mi camiseta con todas sus fuerzas mientras me recibía embestida tras embestida.

Era consciente de que no estábamos solos y que, a diferencia de la noche anterior en la que ambos niños dormían profundamente cuando me la follé en el salón, ahora estaban los dos muy despiertos.

Tenía que controlarme a mí mismo, y evitar que sus gemidos y gritos llegaran a oídos de su hermana pequeña, sabía lo avergonzada que estaría Becky.

Continué moviéndome dentro y fuera de ella, y cuando noté el modo en el que apretaba con fuerza mi miembro, supe que estaba cerca de alcanzar su liberación.

Aumenté el ritmo, bombeé más fuerte, y ambos alcanzamos el clímax al unísono.

Apoyé la frente en su hombro mientras ella la mantenía en mi pecho, recobrando el aliento poco a poco aún unidos por nuestros sexos.

Tras una profunda bocanada de aire, la miré y sostuve sus mejillas mientras la besaba de nuevo.

—Y ahora, nos vamos a ir los cuatro a pasar el día en la playa —dije.

—Lindsey y yo ni siquiera tenemos aquí nuestros trajes de baño —respondió.

—Eso no es un problema, pasaremos a comprarlos uno de camino.

—No, no voy a permitir que gastes...

—Becky, no estaba pidiendo permiso, pequeña —sonreí—. Vamos, vístete antes de que Lindsey venga a buscarnos —un último beso y salí de ella, notando esa sensación de pérdida.

¿Qué me había hecho aquella pequeña mujer para que no pudiera dejar de pensar en ella, ni de desearla?

Y verla allí sentada, abierta de piernas, con mi semilla entre sus muslos, no ayudaba a que me fuera de su lado.

¿Era posible que quisiera volver a follármela de nuevo? Maldición, sí, era posible.

Me limpié, volví a vestirme y salí de aquel cuarto de baño antes de que la tomara de nuevo, en cualquier otra posición.

Tenía que controlarme, su hermana y mi hijo estaban en el salón, nosotros éramos los adultos y quienes debíamos dar ejemplo.

Si mi hermana me escuchara decir eso...

—Creo que a tu papá le gusta mi hermana. —Escuché decir a Lindsey, nunca había sido un chismoso ni escuchaba a escondidas detrás de las puertas, pero en ese momento sentí curiosidad—. Y a Becky le gusta tu papá así que, quién sabe, quizás algún día seas mi sobrino —soltó una risita—. ¿Te gusta esa idea, pequeñín? —preguntó, y vi que Eric la estaba apretando el dedo— Tomaré eso como un sí.

Carraspeé poco después para hacerle saber que estaba allí, y se giró sonriendo.

—¿Te ha dado mucha guerra? —le pregunté.

—No, se ha portado muy bien. ¿Becky ha recogido ya nuestras cosas?

—En realidad no, la he convencido para que vayamos los cuatro a la playa.

—¿En serio? —gritó con los ojos muy abiertos, y asentí— ¡Gracias, Scott! —Se lanzó a mí y me rodeó por la cintura con sus brazos.

Sonreí, devolviéndole el gesto y sintiendo una ternura hacia esa niña que nunca antes había sentido. Tal vez eso era cosa de Eric, había conseguido un gran cambio en mí desde que descubrí que era padre.

—Pero no tenemos nuestros trajes de baño —dijo sin soltarme mientras me miraba a los ojos con el ceño fruncido

—Y por eso compraremos unos de camino. —Le hice un guiño y de manera instintiva, me incliné a besarle la frente—. Voy a vestir al pequeñajo.

Cogí en brazos a mi hijo y cuando supe que Lindsey ya no podía escucharme, le miré mientras me agarraba el dedo con fuerza.

—Así que, te gustaría que Lindsey fuera tu tía, ¿eh? —sonreí— Bueno, no es una idea tan descabellada, hijo. — Entré en la habitación y cogí un conjunto para él antes de ir a su cambiador—. Pero las cosas no serán tan fáciles como a todos nos gustaría, hay factores que me impiden ser el hombre que Lindsey quiere para su hermana — suspiré—. Becky tendrá que conformarse con lo que le doy, al menos por ahora.

,

h.

—Así que, te gustaría que Lindsey fuera tu tía, ¿eh? —sonreí— Bueno, no es una idea tan descabellada, hijo. — Entré en la habitación y cogí un conjunto para él antes de ir a su cambiador—. Pero las cosas no serán tan fáciles como a todos nos gustaría, hay factores que me impiden ser el hombre que Lindsey quiere para su hermana — suspiré—. Becky tendrá que conformarse con lo que le doy, al menos por ahora.

Capítulo 14



Después de pasar por la tienda a comprar un bikini para cada una, pusimos rumbo a la zona más tranquila de la playa donde me gustaba ir a pasear y olvidarme del resto del mundo.

No había mucha gente por lo que agradecí el poder estar allí los cuatro disfrutando de un día tranquilo y soleado de verano. Además, había un restaurante especializado en carnes y pescado donde tenía planeado invitarlas a comer.

Extendimos las toallas bajo una de las sombrillas y en cuanto tuvimos listo nuestro rincón, Lindsey se quitó la ropa y salió corriendo para ir a darse un baño.

—¡Lindsey, no te has puesto protector! —gritó Becky.

—¡No pasa nada, luego me pones! —respondió sin dejar de correr.

—Se va a poner como el cangrejo de la Sirenita —resopló.

—No es más que un baño, verás que en cuanto se quite esas ganas de playa, vuelve aquí.

—Vamos a quitarle a él la ropa, y le dejamos con el pañal aquí en la sombra —dijo cogiendo a Eric en brazos tras sentarse en una de las toallas.

Dejó a mi niño en pañal y le puso un poco de crema, aunque sabía que no iba a dejar que a Eric le rozara un solo rayo de sol.

Se quitó el vestido y cuando se quedó en bikini, me quité mi ropa y no dudé en sentarme a su espalda para ponerle crema.

—¿Eres consciente de lo mucho que me incita tu cuerpo? —le dije mientras aplicaba crema sobre sus hombros.

—Scott, en cualquier momento puede venir mi hermana.

—Tranquila, que no estoy haciendo nada malo, solo poniéndote crema —susurré, y llevé la mano por su costado hasta encontrar su exuberante pecho.

—Scott.

—No puedo evitarlo, pequeña, no puedo mantener las manos lejos de ti.

Sabiendo que nadie podía verme, llevé la mano por debajo de la tela del sujetador del bikini y masajee su pecho mientras la noté estremecerse.

En cuanto pellizqué el pezón se dejó caer sobre mi pecho y gimió.

—¿Por qué no os quedáis a dormir esta noche también? —susurré dejando un beso en su cuello— Mañana podré ir a la organización desde mi casa.

Se enderezó y con cuidado, apartó mi mano de su pecho antes de coger a Eric en brazos.

—No es buena idea, ya hemos invadido bastante tu espacio.

—Pero Eric quiere que os quedéis —dije a sabiendas de que mi hijo era el punto débil de Becky.

—No uses a este bebé tan guapo para chantajearme —protestó mirándome por encima del hombro.

—No suelo ser la clase de persona que se fije en una mujer sosteniendo un bebé —confesé mientras acariciaba la mejilla de mi hijo, que sonreía y hacía pederretas sosteniendo entre sus manos uno de sus muchos sonajeros—. Pero debo reconocer que, cuando sostienes a mi hijo, te sienta bien. Serías una madre perfecta.

No sabía decir por qué, pero la veía a ella a mi lado, criando a Eric como nuestro hijo, y le rodeé la cintura con el brazo mientras apoyaba la barbilla en su hombro.

—¡Becky! —el gritó de Lindsey llamándola mientras corría hacia nosotros, lo que hizo que me apartara de ella.

Si por mí hubiera sido no lo habría hecho, me habría quedado con ella entre mis brazos sin importarme quién pudiera vernos, pero respetaba a Becky y entendía que para ella sería demasiado pronto para hablar con su hermana de lo que había entre nosotros.

«¿Qué es lo que hay, colega? Además de una atracción irresistible, y el sexo» dijo esa voz interior que nunca antes había escuchado, hasta que conocí a Becky.

Y tenía razón, ambos sentíamos una atracción mutua y el deseo de entregarnos al sexo, pero por el momento no, podría haber nada más.

—El agua está buenísima —dijo sentándose en la toalla—. ¿Por qué no te das un baño conmigo?

—Estoy cuidando de Eric —respondió.

—Vamos, Becky, ve al agua con tu hermana. Creo que soy capaz de vigilar a mi hijo durante unos minutos —sonreí.

—Está bien, un baño y volvemos, hay que ir a comer.

Ambas fueron hacia el agua cogidas de la mano, y el hecho de ver a Becky siendo tan maternal con su hermana, hizo que se me calentara el corazón de un modo como nunca antes había sentido.

Aquella pequeña, rubia y sensual mujer me atraía, sí, era lujuria pura en lo que al sexo se refería, pero también era dulce y encantadora.

Mi móvil empezó a sonar en ese momento, lo saqué de la bolsa del bebé que llevábamos con las cosas de Eric, y al ver aquel nombre en la pantalla se me borró la sonrisa de la cara.

s

—Dime —respondí tratando de mantener a Eric calmado, no quería que por el momento supiera de su existencia.

—El sábado tengo que asistir a una entrega de premios, recógeme a las ocho en mi apartamento.

—¿Y si yo no puedo? ¿Y si ya tengo planes? No puedo bailar a tu son y lo sabes.

—Oh, claro que puedes, ¿tengo que recordarte nuestro acuerdo?

—Acuerdo que tú olvidas y te saltas cuando te conviene.

—Scott, no voy a repetirlo, el sábado a las ocho en mi casa, o habrá consecuencias.

Y así, sin más, cortó la llamada.

—¡Joder! —grité lanzando el móvil hacia la toalla, y Eric se asustó al escuchar aquel grito.

Empezó a llorar y me maldije por haber provocado que mi hijo estuviera en ese estado, no conseguía calmarle, pero ¿cómo iba a hacerlo si yo mismo estaba furioso después de esa llamada?

—Vamos, pequeñajo, no llores. Lo siento, hijo, lo siento mucho. —Lo mecí pegándolo a mi pecho, y como si el sonido de mi corazón, que ya no latía frenéticamente, fuera lo que necesitaba escuchar, comenzó a calmarse.

Le sequé las lágrimas y vi el modo en el que le temblaba el labio. Miré a mi hijo y vi ese parecido que Kim mencionó cuando le conocimos. No había duda de que era mío, tenía fotos guardadas aún de mi época de bebé y era como si hubieran cobrado vida con Eric en mis brazos.

—No quisiera que supiera de ti, pero en algún momento tendré que contárselo. Un hijo es algo difícil de esconder amiguito —le dije besándole la frente.

Cuando al fin se hubo calmado, las chicas regresaron a las toallas y después de secarse, recogimos todo para ir a comer.

Pedimos varios platos de pescado y carne para compartir y Becky insistió en darle el biberón a Eric.

Al verla con mi hijo en brazos, aquello que se había convertido sin apenas darme cuenta en lo más preciado para mí, se me formaba una sonrisa en los labios pensando en cómo sería si ella y Lindsey estuvieran en nuestras vidas

Algo me decía que sería mucho mejor de lo que me esperaba en realidad, de eso que yo había aceptado sin dudar

un año atrás para preservar mi vida privada y que el buen nombre de la farmacéutica no quedara manchado.

Si hubiera una posibilidad de romper aquel acuerdo, eso que me mantenía atado de pies y manos.

Sabía que Mike y Kim trataban de hacer todo lo posible para que pudiera romperlo y seguir adelante sin prejuicio alguno, solo que después de un año buscando una pequeña fisura, un fallo, algo que nos diera la posibilidad de hacer desaparecer todo eso para siempre, aún no lo habían encontrado.

Después de comer dimos un paseo por la playa, paramos en una cafetería a tomar un helado, y regresamos a mi apartamento. Las chicas recogieron sus cosas y se marcharon, dejando aquel lugar vacío, silencioso, y con el aroma a cerezas de Becky por donde quiera que pasase.

un año atrás para preservar mi vida privada y que el buen nombre de la farmacéutica no quedara manchado.

Si hubiera una posibilidad de romper aquel acuerdo, eso que me mantenía atado de pies y manos.

Sabía que Mike y Kim trataban de hacer todo lo posible para que pudiera romperlo y seguir adelante sin prejuicio alguno, solo que después de un año buscando una pequeña fisura, un fallo, algo que nos diera la posibilidad de hacer desaparecer todo eso para siempre, aún no lo habían encontrado.

Después de comer dimos un paseo por la playa, paramos en una cafetería a tomar un helado, y regresamos a mi apartamento. Las chicas recogieron sus cosas y se marcharon, dejando aquel lugar vacío, silencioso, y con el aroma a cerezas de Becky por donde quiera que pasase.

Capítulo 15



Cuando el lunes llegué a la oficina tenía cientos de correos que responder, varios de ellos de revistas que querían entrevistar a Becky, quien decían había mostrado una verdadera pasión por lo que hacía en la organización que llevaba el nombre de mi madre.

Reuní a Kim y a Mike para contárselo y ambos estuvieron de acuerdo en que aquella joven rubia de aspecto angelical era un gran fichaje del que no sabíamos nada.

—Y así habría sido si no fuera porque ahora eres padre —dijo Kim tras dar un sorbo a su café.

—Hablando de eso, ¿cómo está el pequeño? —preguntó Mike.

—Creciendo cada día que pasa, o al menos es lo que me parece a mí.

—Suele pasar, socio, los bebés crecen —sonrió—. Cuando menos lo esperes tendrá cinco años y estará acudiendo a su primer día de escuela, por no hablar del instituto, las chicas, la universidad, y que te haga abuelo.

—Por el amor de Dios, Mike, todavía usa pañales ¿y ya estás diciendo que me va a hacer abuelo?

—Solo digo que los años pasan así de rápido —dijo mientras hacía chascar sus dedos—, sin que te des cuenta.

—Bueno, deja que disfrute del pequeño radiactivo un par de años, joder.

—¿Has pensado en que en algún momento la gente deberá saber que hay un nuevo Black en la familia? —interrogó Kim.

—Lo he hecho, sí, pero antes de que la prensa y el resto del mundo lo sepa, tengo que hablarlo con...

—Cierto —me cortó—, y cuanto antes lo hagas, mejor. No le va a gustar, ya te lo aviso.

—Lo sé, pero es lo que hay. Esto pasó antes de nuestro acuerdo.

—Mentiroso —dijo Mike arqueando una ceja—. Recuerdo bien que esa camarera y tú tuvisteis un *affaire* unos días después de llegar a ese acuerdo.

—Pequeñeces que no le interesan.

—¿Y si usa lo del bebé en tu contra?

—No veo por qué lo haría, ya usó toda la munición que tenía en mi contra el año pasado.

—Te advertí que no era trigo limpio, socio. Siempre buscó tu dinero y el poder que conlleva ser un Black —suspiró.

—Lo sé, pero no creí que pudiera ser así.

—¿Crees que Becky sea igual? —preguntó mi hermana, y en cuanto la fulminé con la mirada, levantó ambas manos— Solo me preocupo por ti, no quiero que vuelva a pasarte lo mismo.

—No lo es, ella es diferente. Si hubieras visto cómo interactuaba ayer con Eric.

—¿Ayer? —dijeron ambos, al unísono.

—Eh, sí, ayer.

—Creí que solo habías visto a Becky el sábado —comentó mi hermana.

—Se quedaron a dormir en la habitación de invitados, y ayer pasamos el día en la playa.

—¿Te has acostado con ella? —preguntó Mike.

—¿Acaso importa? —Arqué la ceja.

—Se ha acostado con ella —dijo mi socio y mejor amigo, mirando a mi hermana.

—Scott, no es como si fueras al club con una de esas chicas.

—Lo sé, Kim, soy consciente. Pero esa mujer tiene algo que me impide alejarme de ella.

En ese momento sonó mi móvil, al ver en la pantalla el nombre de Becky sonreí todo lo disimuladamente que me fue posible, y me puse en pie para hablar con ella mientras contemplaba la ciudad desde el ventanal.

—Buenos días —dije al descolgar.

—Buenos días, Scott. ¿En serio me has enviado un café y un muffin de chocolate blanco con arándanos? —Sonaba como si estuviera riendo.

—¿Eso he hecho? Vaya, no lo sabía.

—No te hagas el inocente, que no te pega nada —rio.

—Vale, lo admito. He enviado un desayuno a tu consulta.

—No tenías que haberte molestado. Muchas gracias.

—No ha sido molestia, de hecho, lo encargué el jueves, cuando tomamos café allí.

—¿Qué?

—Para ser honesto, le pedí a la camarera que te llevaran un desayuno como ese cada mañana a partir de hoy.

—¡Ay, por Dios! No deberías haber hecho algo así.

—Pero quería hacerlo. El modo en el que mirabas ese muffin, y cómo disfrutaste de cada bocado, fue suficiente para querer que tuvieras esa sonrisa cada mañana.

—Muchas gracias, Scott.

—Ha sido un placer, pequeña.

—Tengo que colgar, está a punto de llegar mi próximo paciente.

—Bien, que sea un buen día.

—Para ti también. Y, ah, ¿Scott?

—¿Sí?

—Me gustaría volver a verte.

—Eso podemos resolverlo. Os espero esta noche a cenar en mi apartamento.

—Allí estaremos. Adiós.

Colgó antes de que pudiera despedirme, y cuando me giré hacia el escritorio, allí estaban Mike y mi hermana mirándome con una sonrisa en los labios y la ceja arqueada.

—¿Qué pasa? —pregunté frunciendo el ceño.

—¿Puede ser que te estés enamorando de esa mujer? —curioseó Kim.

—La palabra amor es muy grande, hermana, por no hablar de que hace poco que nos conocemos. Me gusta, sí, me atrae, también, y, además, es atenta con mi hijo. ¿Podría ser una esposa y madre perfecta para cualquier hombre?

Estoy seguro de que sí, ambas cosas. Por el momento nos estamos conociendo, y con eso debe bastaros a vosotros

—Señalé a uno y otro alternativamente.

—¿Ella sabe algo sobre...?

—No sabe nada aún, y no tiene por qué enterarse por el momento —corté a Mike.

—Socio, cuando se enteré pensaré que la has utilizado.

—Y con razón, hermano —añadió Kim.

—Se enterará a su debido tiempo. ¿Tenéis algo con lo que pueda librarme de ese asunto concreto?

—Puede que sí, pero no diré nada hasta estar segura de que estamos ganando —contestó Kim.

—Bien. Ayer me llamó, tiene que asistir a una entrega de premios el sábado y debo ser su acompañante.

—Joder, a ti te planta y tú tienes que saltar en cuanto te lo pide —protestó mi hermana.

—Será el momento perfecto para hablar de Eric, y cuando lo sepa, podremos organizar una rueda de prensa para anunciarlo.

—Tendremos que vender bien la historia —comentó ella.

—Le daré una vuelta, enfocándolo de tal modo que no perjudique a Lisbeth. Allí donde esté imagino que tendrá televisión y acceso a Internet, no quiero que se sienta como un monstruo por abandonar a su hijo.

—Lo haremos bien, hermano. Y ahora, si me disculpáis, tengo una cita —dijo poniéndose en pie.

—¿Una cita, un lunes a las once de la mañana? —preguntó Mike.

—En realidad es dentro de media hora. Y no puede considerarse una cita a que mi ginecólogo, el doctor Marshall de sesenta años, me haga una revisión.

—Yo puedo ayudarte con eso, Kimberly —rio Mike.

—Céntrate en Alice, idiota, y en hacerle ver a esa chiquilla que estás loquito por sus huesos. —Mi hermana volteó los ojos y salió de mi despacho mientras Mike seguía riendo.

—Yo también me marchó, tengo algo de trabajo que hacer. —Se puso en pie y asentí—. Oye, socio.

—¿Sí?

—Sé que hablar de amor es algo pronto, pero... Si Becky te gusta, no la pierdas, hay pocas mujeres como ella en el mundo. Sé sincero antes de que se entere de la verdad de otro modo.

No esperó una respuesta, simplemente salió de mi despacho para regresar al trabajo dejándome allí solo con mis pensamientos.

Por supuesto que quería hablar con Becky, contarle mi situación y el hecho de que lo que había entre nosotros, era lo máximo que podría darle por el momento.

Pero sabía que en cuanto supiera la verdad, la perdería, posiblemente mi hijo la perdería como pediatra, y para esc
sí que no estaba preparado.

Una semana, me daría de plazo una semana para sincerarme con ella definitivamente.

Pero sabía que en cuanto supiera la verdad, la perdería, posiblemente mi hijo la perdería como pediatra, y para eso sí que no estaba preparado.

Una semana, me daría de plazo una semana para sincerarme con ella definitivamente.

Capítulo 16



La semana pasó rápida entre el trabajo, reuniones y pañales. Sin olvidar de las dos noches que las chicas cenaron con nosotros en el apartamento, a pesar de que se fueron a dormir a su casa, y de que pude invitar a comer a Becky el martes.

El miércoles por la noche aproveché mientras me ayudaba a acostar a Eric para invitarla a cenar la noche del viernes, por suerte aceptó y estaba a punto de llegar a mi apartamento con Lindsey para que se quedara al cuidado de Cassidy.

Estaba terminando de ponerme la chaqueta, cuando escuché el timbre. Me apresuré en salir para recibirlas y cuando vi a Becky con aquel vestido rojo de cóctel, con la falda de vuelo y el corpiño ceñido, se me hizo la boca agua.

Por Dios que tuve que hacer acopio de mi fuerza de voluntad para no mandar la cena a la mierda y llevarla directa a la cama donde pensaba disfrutar de cada segundo con ella.

—¿A que está guapa? —dijo Lindsey, quien parecía haberse dado cuenta a la perfección de mi ensimismamiento.

—Está preciosa —sonreí acercándome a ella, y no me corté a la hora de cogerla por la cintura y besarle en la mejilla, quizás demasiado cerca de la comisura de los labios.

—Gracias —murmuró Becky con un bonito rubor sonrosado en las mejillas.

—Cassidy, cualquier cosa me llamas —le pedí a la niñera, que sonrió al tiempo que asentía.

—No se preocupe, señor Black.

Le di un beso en la frente a mi hijo, que me miraba con esa sonrisa llena de babas por las pedorretas, y guíe a Becky hacia la puerta con la mano en la parte baja de su espalda.

En cuanto entramos en el ascensor y me aseguré de que estábamos completamente solos, la besé en los labios con esas ganas que había reprimido en casa delante de su hermana y de Cassidy.

—Me va a costar concentrarme en la cena —dije en su oído.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Arqueeé la ceja—. Ese vestido está pidiendo a gritos que te lo quite, o que lo levante y te folle ahora mismo.

—¿Dónde me llevas a cenar? —preguntó.

—Sutil forma de cambiar de tema —sonreí dándole un beso rápido antes de cogerle la mano y salir del ascensor—. A un restaurante que estoy seguro te va a gustar.

Caminamos hasta mi coche, y una vez subidos en él, puse rumbo hacia el restaurante que tanto le gustaba a mi madre.

Solía ir a cenar allí sola una vez a la semana, mientras mi padre se quedaba en alguno de los hoteles de la ciudad con la amante de turno.

Una noche nos llevó a Kim y a mí con ella, dijo que quería tener un bonito recuerdo de aquel lugar y no la soledad de cada noche, así que desde que fui allí, tanto tiempo atrás, siempre que podía me escapaba para ir a cenar solo, y llevaba a Kim conmigo.

Esa noche en cambio llevaría a Becky, alguien quien había pasado a ser especial e importante en la vida de mi hijo y en la mía propia.

Cada vez que estaba con ella pensaba en hablarle de mi situación, pero luego me decía a mí mismo que eso tan solo echaría a perder el momento y ella se marcharía.

Tal vez fuera un poco egoísta de mi parte no contárselo, no querer perderla ni que Eric pudiera echarla de menos, pero evitaría todo el tiempo que pudiera llegar a ese momento.

Paramos en la entrada al restaurante y uno de los chicos se encargó de él para aparcarlo. Le ofrecí a Becky el brazo y con una sonrisa, se agarró a él para caminar juntos hasta la entrada.

—Buenas noches, señor Black. —Drew me saludó como era habitual en él, con una leve inclinación de cabeza al tiempo que extendía el brazo—. Por aquí, por favor.

Le seguimos hasta el fondo, el lugar en el que se encontraba la terraza donde mi madre se sentaba a cenar con vistas al mar, disfrutando del reflejo de la luna en el agua. Retiró la silla para Becky, dejé que se sentara y ocupé la mía.

—Gracias, Drew —dije, él asintió y nos dejó solos.

No tardó en llegar uno de los camareros con una botella de su mejor vino, el favorito de mi madre, y servirnos una copa a cada uno para después dejar las cartas.

—Esto es precioso —dijo Becky observando todo lo que la rodeaba.

—No se compara con tu belleza, pequeña —le aseguré.

Ella suspiró, cogió la copa de vino y le dio un sorbo.

—¿Puedo preguntarte algo? —Volvió a hablar mientras miraba la carta.

—Claro, ¿qué quieres preguntar?

—¿Por qué yo, Scott?

—¿A qué te refieres?

—A lo que sea que hay entre nosotros, a eso. ¿Por qué te fijaste en mí? Vi cómo te miraban las mujeres la noche de la gala, todas atractivas y elegantes, podrías estar con cualquiera de ellas.

—Pero estoy contigo —la interrumpí.

—Y es lo que no entiendo. No soy más que una pediatra que vive en una caja cerillas en comparación con tu apartamento. No estoy acostumbrada a la ropa cara, ni a las cenas en lugares tan elegantes como este. No soy nadie, Scott. Bueno, posiblemente la gente me contrataría para limpiar sus mansiones.

—Yo no permitiría que te trataran de ese modo. Y no menosprecio el trabajo de las empleadas domésticas, de hecho, tengo una que limpia mi apartamento y le pago un buen sueldo. Pero tú eres inteligente, Becky, y me sorprende que ningún centro médico quisiera contratarte porque apenas tuvieras experiencia. No hay más que ver el mimo y el cuidado con el que tratas a tus pequeños pacientes. Y en cuanto atractivas, deja que te diga que tú eras la más atractiva de la gala, Kim era la segunda, pero por favor no le digas que la relegué a ese puesto.

Aquello consiguió lo que quería, que no era otra cosa que hacerla sonreír.

El camarero llegó en ese momento y pedí por los dos, tal como ella me había dicho, puesto que no terminaba de decidirse por un plato concreto.

—Crema de langosta como entrante —dije—, y la carne asada con puré de patata y crema de trufa.

—Buena elección, señor —comentó el camarero retirando las cartas.

—Suenan bien —dijo Becky.

—Pues espera a probarlo —sonreí—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, por lo que hay entre nosotros. Considero que somos un par de adultos que se están conociendo, que se atraen y se desean, y que no pueden evitar tener las manos sobre el otro —se sonrojó mientras se mordía el labio—. Becky, ahora mismo no puedo ofrecerte mucho más de lo que ves, pero quiero seguir viéndote, que vengas con Lindsey a cenar a mi apartamento y que te plantees quedarte alguna noche a dormir —hablé con total sinceridad mientras le cogía la mano por encima de la mesa—. Sea lo que sea a donde nos lleve esto, dejemos que pase.

—¿Eso quiere decir que te gusto? Porque, según Lindsey, es así —suspiró.

—Tu hermana tiene razón, me gustas, si no fuera así, no querría pasar tiempo contigo. Y no, no es solo físicamente, que sé que vas a decirlo, es todo, Becky. Es por tu belleza física y por tu forma de ser. Por no hablar de que has conquistado a mi pequeño radiactivo.

—Deja de llamarle así —rio—. Los bebés llenan sus pañales sin poder evitar que huelan como...

—Como una mofeta, puedes decirlo. Tengo una pequeña mofetilla radiactiva en casa. —Me estremecí por el horror y ella rio aún más.

—Cuando sea mayor, me aseguraré de que sepa que su padre le llamaba pequeña mofetilla radiactiva, te odiara por eso —dijo señalándome.

Nos sirvieron la crema de langosta y pensé en esas palabras, «cuando sea mayor».

¿Quería eso decir que Becky estaría en nuestras vidas en ese momento también, cuando mi hijo Eric fuera mayor? Y a mí, ¿me gustaría que así fuera?

Aparté esos pensamientos de mi mente y nos centramos en la cena mientras le preguntaba por su semana en la organización, una charla trivial como otra cualquiera, pero que me sirvió para ponerme al día de muchas cosas concernientes al funcionamiento de esta.

Le comenté lo de las entrevistas que querían hacerle y se sonrojó como un tomate, vi el pánico en sus ojos y la tranquilicé diciendo que no tenía por qué aceptar, pero que, si alguna vez quería hablar sobre la labor que llevar a cabo los empleados de la organización Madison Black, podía hacerlo.

En el momento en el que me preguntó dónde iríamos después, sentí esa oleada de deseo recorriendo cada centímetro de mi cuerpo, yendo directa a mi entrepierna.

—Voy a llevarte a experimentar el placer como estoy seguro de que nunca antes lo has sentido. Voy a hacerte mía, Becky, durante horas, y en tantas posiciones diferentes, que conseguiré que no puedas ni tan siquiera murmurar tu nombre, solo gritar el mío —respondí.

—Deja de llamarle así —rio—. Los bebés llenan sus pañales sin poder evitar que huelan como...

—Como una mofeta, puedes decirlo. Tengo una pequeña mofetilla radiactiva en casa. —Me estremecí por el horror y ella rio aún más.

—Cuando sea mayor, me aseguraré de que sepa que su padre le llamaba pequeña mofetilla radiactiva, te odiara por eso —dijo señalándome.

Nos sirvieron la crema de langosta y pensé en esas palabras, «cuando sea mayor».

¿Quería eso decir que Becky estaría en nuestras vidas en ese momento también, cuando mi hijo Eric fuera mayor? Y a mí, ¿me gustaría que así fuera?

Aparté esos pensamientos de mi mente y nos centramos en la cena mientras le preguntaba por su semana en la organización, una charla trivial como otra cualquiera, pero que me sirvió para ponerme al día de muchas cosas concernientes al funcionamiento de esta.

Le comenté lo de las entrevistas que querían hacerle y se sonrojó como un tomate, vi el pánico en sus ojos y la tranquilicé diciendo que no tenía por qué aceptar, pero que, si alguna vez quería hablar sobre la labor que llevaban a cabo los empleados de la organización Madison Black, podía hacerlo.

En el momento en el que me preguntó dónde iríamos después, sentí esa oleada de deseo recorriendo cada centímetro de mi cuerpo, yendo directa a mi entrepierna.

—Voy a llevarte a experimentar el placer como estoy seguro de que nunca antes lo has sentido. Voy a hacerte mía, Becky, durante horas, y en tantas posiciones diferentes, que conseguiré que no puedas ni tan siquiera murmurar tu nombre, solo gritar el mío —respondí.

Capítulo 17



Había llegado la hora de la verdad, la hora de mostrarle a Becky ese otro lado del hombre que era, de compartir con ella aquello en lo que me metí cuando cumplí veinticinco años, otro regalo de cumpleaños de mi padre.

—¿Dónde estamos? —preguntó cuando aparqué el coche en el aparcamiento subterráneo del club.

—En un lugar al que suelo acudir a menudo —dije.

—¿Vamos a tomar una copa?

—Entre otras cosas —sonreí.

Aquella mujer era increíble, podía ser lujuriosa y salvaje en el sexo, dejarme llevar el control de cada movimiento al mismo tiempo que se atrevía a tomar la iniciativa alguna que otra vez, pero era su timidez y naturalidad lo que me tenían cautivado.

Salimos del coche y fuimos hacia el ascensor por el que pasé la tarjeta al igual que había hecho en la puerta para acceder al aparcamiento.

La discreción del lugar era primordial en este sitio, así como la membresía para personas como yo.

Volver trece años atrás en el tiempo cuando mi padre nos trajo a Mike y a mí aquí, traía recuerdos de todo tipo, por eso eran pocas las veces que pensaba en ello.

Mentiría si dijera que no fue este el primer lugar en el que sentí algo por una mujer, puesto que lo hice, solo que ella no quería a un niño de veintiséis años a su lado pensando que nunca llegaría a ser nadie. Solo el sexo le interesaba conmigo, por lo demás, prefirió a un hombre que me sacaba veinte años, divorciado, con tres hijos adolescentes y una fortuna casi equiparable a la de Bill Gates.

Después de eso apenas si salí con algunas mujeres durante unos meses, sin ofrecerles amor, ni cariño, ni siquiera una pizca de aprecio, tan solo cenas lujosas, regalos caros y sexo, mucho sexo.

Ella se casó con aquel tipo un año después, tan solo para conseguir un divorcio la mar de sustancioso y algunas propiedades por todo el mundo donde pasaba largas temporadas acompañada de sus múltiples amantes.

Cuando el ascensor llegó a la primera planta, cogí a Becky de la mano antes de pasar la tarjeta de nuevo por el lector para que se abriera, ella me miró y le sostuve la barbilla con dos dedos mirándola fijamente a esos ojos

marrones que tanto me gustaban.

—Necesito que entiendas que, veas lo que veas aquí, no dirás nada —susurré.

—¿Qué voy a ver?

—Cualquiera sabe —sonreí mientras le acariciaba la barbilla con el pulgar.

—Mientras no sean escenas en plan gore, con alguien descuartizando a otra persona...

Solté una carcajada ante esas palabras y me incliné para besarla, ahora sabía de dónde había sacado Lindsey aquel temperamento.

—Aparte de gente bebiendo y charlando, verás algunas escenas un poco menos decorosas.

—Define menos decorosas, por favor —me pidió con los ojos ligeramente entrecerrados.

—Sexo, pequeña —respondí pasando el pulgar por sus tentadores labios—. Sexo de cualquier forma que puedas imaginar, y de las que no seas capaz de hacerlo, también.

Tragó saliva con fuerza y esperé que me pidiera salir de allí, pero no lo hizo, en lugar de eso vi la curiosidad cruzar por sus ojos, pero también la vergüenza e incluso el miedo.

—No te preocupes, nadie intentará nada contigo a no ser que tú o los dos queramos.

—Me estás hablando de un trío —dijo con la voz casi entrecortada.

—O de un cuarteto, incluso de una orgía.

—Scott, yo... No sé si es buena idea.

—Becky, mírame —le exigí haciendo que levantara la cabeza y volviera a mirarme como antes, lo hizo y le cogí ambas mejillas entre mis manos—. No va a pasarte nada, solo estaremos tú y yo, solo nosotros en una habitación donde sentirás el placer como nunca antes. Nadie, escúchame bien, nadie se atreverá siquiera a insinuarse ni a tocarte. Eres mía, pequeña, solo mía. Dilo, quiero escuchártelo decir.

—Soy tuya —murmuró tras unos segundos que se me hicieron eternos.

Dejé un suave beso en sus labios, pasé la tarjeta y la puerta se abrió ante nosotros, mostrando aquel pasillo de paredes negras y suelos de mármol del mismo color, iluminado por pequeños apliques con una tenue luz como si de la llama de una vela se tratase.

Cuando el hombre que vigilaba la puerta de entrada a la zona de bar nos vio llegar, saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Buenas noches, señores. ¿Necesitan antifaz? —preguntó, miré a Becky y por el modo en el que se le abrieron los ojos, supe que sí, sería lo mejor para ella.

—Sí, por favor.

Asintió y, tras abrir la pequeña puerta oculta en la pared, sacó dos antifaces que me entregó. Le di uno a Becky y se quedó mirándolo antes de ponérselo tras un largo suspiro.

Le cogí la mano, la llevé hasta mi brazo y una vez que sentí que se agarraba con fuerza, asentí hacia el hombre que custodiaba aquella puerta para que la abriera.

Caminamos con paso lento pero firme hacia el interior, donde una música suave nos dio la bienvenida.

Becky miró cuanto la rodeaba, aquellas paredes y suelos negros con la misma iluminación tenue que en el pasillo que acabábamos de dejar atrás, la barra del bar donde algunas personas disfrutaban de una copa y una breve charla, las mesas y sofás ocupados por parejas y grupos que no dejaban de insinuarse, y como solía ser habitual, en una de las zonas del fondo, varias escenas de sexo en vivo.

Supe el momento exacto en el que Becky vio a todas aquellas personas en acción porque me apretó el brazo con más fuerza y se le escapó un leve gemido de sorpresa.

—¿Quieres tomar algo, pequeña? —pregunté.

—Una botella entera de whisky —respondió sin saber dónde mirar.

—No pensarás que voy a follarte ahí, delante de todo el mundo.

—¿No lo harás?

—No —sonreí, y suspiró aliviada—. Cuando comparto una mujer, lo hago en privado, no donde todo el mundo pueda vernos. Pero eso no pasará esta noche, y ninguna otra si no quieres.

—No quiero, no. —Se apresuró a responder mirándome fijamente.

—Mía —sonreí inclinándome para rozar sus labios con los míos en un delicado y suave beso.

La llevé hasta la barra del bar donde pedí un whisky para mí y un San Francisco para ella, era algo suave, pero con ese toque de alcohol que ella necesitaba, tenía la sensación de que el vino de la cena se le había bajado a los pies de golpe en cuanto entramos en la sala.

Tomó asiento en uno de los taburetes y permaneció con la mirada fija en su bebida, lo que me hizo sonreír pensando en mi tímido ángel lujurioso.

—Entonces, vamos a ir a una habitación —dijo sin apenas mirarme.

—Sí —respondí acercándome más a ella, pegándome a su espalda rodeándola con el brazo por la cintura—. No te hago mía desde hace casi una semana, y no imaginas cuánto deseo hacerlo —susurré en su oído mientras deslizaba la mano por su vientre.

—¿Por qué aquí? Podíamos haber ido a tu apartamento, como las otras veces.

—Porque quiero hacerte gritar mi nombre, Becky. Porque no quiero que te contengas con tus gemidos porque tu hermana y mi hijo están a unos pocos metros. Porque aquí tengo muchas cosas con las que darte placer y que estoy seguro de que te gustarán y querrás repetir otra vez. —Seguía susurrándole mientras llevaba la mano a su muslo, subiéndola por la suave piel que se erizaba ante el contacto de las yemas de mis dedos, y sabiendo que nadie vería lo que estaba haciendo, la coloqué entre sus piernas, justo sobre el calor que desprendía su sexo—. ¿Te encontraré mojada si paso un dedo por tu sexo, pequeña?

No esperé una respuesta, hice a un lado la tela del tanga y deslicé el dedo sobre su clítoris, entre sus labios vaginales, alcanzando la humedad que brotaba de su entrada.

—Separa un poco las piernas para mí, pequeña lujuriosa —ordené sintiendo que mi propia entrepierna comenzaba a cobrar vida.

Becky obedeció sin un atisbo de duda, dio un sorbo a su bebida y cuando volvió a dejar la copa en la barra, la penetré con el dedo haciendo que gimiera.

Se estremeció un poco y supe que era por los nervios, miró a nuestro alrededor y sonreí, pensaba que podrían vernos como a todas esas personas manteniendo sexo en la zona habilitada para ello.

Podía verlas a través del espejo que teníamos frente a nosotros, y le ordené que mirara, que se fijara en una mujer morena que permanecía tumbada sobre la cama mientras tres hombres jugaban con ella.

—No debería mirar —dijo.

—Claro que sí, pequeña. Están ahí precisamente para eso, para que todos los miren. Ellos disfrutan del sexo así, siendo observados. Mírala, pequeña. Mira su cara de placer mientras ellos la tocan, la saborean y se follan su boca.

Comencé a frotar su excitado clítoris y ella se mantuvo allí sentada, sin apenas moverse, observando a la mujer tendida en la cama redonda recibiendo atenciones.

Alguna vez hacía años yo estuve en una situación así, compartiendo mujeres con mi mejor amigo.

ⁿNo mentiría diciendo que ver aquella escena no me excitaba, porque sí lo hacía, y por un momento la morena pasó a ser la rubia que tenía entre mis brazos, siendo complacida y colmada por mí y dos hombres más.

—¿Te gustaría ser ella, pequeña? —pregunté mientras la penetraba despacio con el dedo sin abandonar su clítoris con mi pulgar— ¿Te gustaría que otros dos hombres te tocaran y saborearan mientras te follo la boca?

Noté el leve estremecimiento en su cuerpo y el gemido que escapó de sus labios, señal de que la mujer que veía a través del espejo podía ser ella y le excitaba la idea.

—Dime, Becky, ¿te gustaría ser la receptora del placer que te ofrecerían tres hombres?

—No... no lo sé —murmuró.

—¿Estás excitada? —Le mordisqueé el lóbulo de la oreja y ella asintió—. ¿Quieres que vayamos a una habitación los dos solos? —Volvió a asentir—. Bien, pero antes tienes que correrte, pequeña. Tienes que correrte aquí, rodeada de gente que no sabe lo que está pasando bajo la falda de tu vestido. ¿Te vas a correr, Becky? ¿Vas a llenar mi mano con tu orgasmo?

—Sí —murmuró mientras se mordía el labio inferior, y cuando aumenté el ritmo de mis penetraciones, vi cómo se eagaraba con fuerza a la parte baja de la barra, sin que nadie pudiera verla.

Comenzó a moverse muy despacio mientras yo seguía llevando el dedo una y otra vez a su interior, hasta que noté el modo en que lo apretaba con las paredes internas de su vagina, y dejando caer la cabeza hacia atrás, apoyándose en mi hombro, se corrió dejando salir un gemido que lanzó una punzada de excitación a mi entrepierna, esa que permanecía dura y erecta queriendo ser liberada.

1
—Buena chica —susurré besándole el cuello antes de retirar la mano de su sexo—. ¿Estás lista para ir a una habitación?

—Sí —respondió mirándome con esos ojos vidriosos tras el orgasmo.

Sonreí, dejé mi vaso en la barra y la cogí de la mano para ayudarla a bajar del taburete.

Con paso firme, como si no acabara de correrse en mi mano y deshacerse entre ellas, caminó a mi lado hasta la puerta que daba a uno de los pisos superiores, donde se encontraban las habitaciones.

Accedimos a ella tras pasar mi tarjeta, y subimos las escaleras en silencio.

Sabía que estaba nerviosa porque desconocía lo que se ocultaba tras la puerta de la habitación, pero no debía tener miedo, nunca debía tenerlo estando conmigo.

Paramos ante una de las últimas puertas al final del largo pasillo donde había una pequeña luz verde que indicaba que estaba libre, me quedé detrás de Becky, rodeándola con el brazo por la cintura, y noté que se estremeció.

—No debes tenerme miedo, Becky —dije—. Solo disfrutar de lo que te ofrezco.

—¿Estás excitada? —Le mordisqueé el lóbulo de la oreja y ella asintió—. ¿Quieres que vayamos a una habitación los dos solos? —Volvió a asentir—. Bien, pero antes tienes que correrte, pequeña. Tienes que correrte aquí, rodeada de gente que no sabe lo que está pasando bajo la falda de tu vestido. ¿Te vas a correr, Becky? ¿Vas a llenar mi mano con tu orgasmo?

—Sí —murmuró mientras se mordía el labio inferior, y cuando aumenté el ritmo de mis penetraciones, vi cómo se agarraba con fuerza a la parte baja de la barra, sin que nadie pudiera verla.

Comenzó a moverse muy despacio mientras yo seguía llevando el dedo una y otra vez a su interior, hasta que noté el modo en que lo apretaba con las paredes internas de su vagina, y dejando caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en mi hombro, se corrió dejando salir un gemido que lanzó una punzada de excitación a mi entrepierna, esa que permanecía dura y erecta queriendo ser liberada.

—Buena chica —susurré besándole el cuello antes de retirar la mano de su sexo—. ¿Estás lista para ir a una habitación?

—Sí —respondió mirándome con esos ojos vidriosos tras el orgasmo.

Sonreí, dejé mi vaso en la barra y la cogí de la mano para ayudarla a bajar del taburete.

Con paso firme, como si no acabara de correrse en mi mano y deshacerse entre ellas, caminó a mi lado hasta la puerta que daba a uno de los pisos superiores, donde se encontraban las habitaciones.

Accedimos a ella tras pasar mi tarjeta, y subimos las escaleras en silencio.

Sabía que estaba nerviosa porque desconocía lo que se ocultaba tras la puerta de la habitación, pero no debía tener miedo, nunca debía tenerlo estando conmigo.

Paramos ante una de las últimas puertas al final del largo pasillo donde había una pequeña luz verde que indicaba que estaba libre, me quedé detrás de Becky, rodeándola con el brazo por la cintura, y noté que se estremeció.

—No debes tenerme miedo, Becky —dije—. Solo disfrutar de lo que te ofrezco.

Capítulo 18



Tras pasar la tarjeta por el lector, la puerta se abrió ante nosotros y sin soltarla comencé a caminar hacia el interior de la habitación.

Becky miraba a un lado y al otro sin decir una sola palabra, observando cuanto nos rodeaba en ese momento.

Al igual que todo en aquel club, la habitación tenía las paredes y suelos negros, mientras que la ropa de cama y los muebles eran de un impoluto y pulcro blanco, junto con el brillante cristal de las puertas de los armarios.

En uno de ellos podía verse toda clase de vibradores perfectamente precintados en sus envases, en otro, varias pinzas para pezones, desde las más sencillas a las que estaban unidas por una cadena de diferentes tamaños.

Junto a él, reclamando toda la atención, una pared de la que colgaban látigos, fustas y plumas, en otro armario una gran variedad de geles, y en una pequeña vitrina expositora, bolas de varios tamaños y otros juguetes indicados para el sexo femenino, así como dilatadores anales.

Becky tragó con fuerza y respiró hondo, seguía sin mirarme, pero sabía que eso ocurriría pronto, tan solo tenía que asimilar lo que tenía delante.

—¿Vas a usar todo esto conmigo? —preguntó en apenas un susurro.

—Ojalá pudiera usarlo todo, pequeña, pero solo tenemos unas horas esta noche —reí inclinándome para besarle el hombro.

—¿Qué usarás?

Podría decirle que me decantaría por el látigo de cinco puntas, quería ver cómo se sonrojaban sus nalgas ante el contacto de esas lenguas de cuero lamiendo su suave piel.

Incluso la fusta con la lengua más larga, el vibrador dorado que era el más grueso de todos, haciendo que su vagina se abriera para mí mientras ella gritaba. O confesar que quería ver cómo era capaz de soportar los tirones con las pinzas unidas por la cadena más corta, decirle que quería llenar su vagina de gel con efecto calor e introducir una de esas bolas mientras uno de esos dilatadores anales la preparaba para mí.

Pero, en lugar de decirle lo que yo usaría para darle placer, le di esa opción a ella, algo que nunca antes había hecho con una mujer en aquel club.

—Es tu primera vez aquí, y quiero que seas tú quien escoja lo que más curiosidad te genere para que pueda darte placer. —La estreché más entre mis brazos de modo que mi erección se acomodó en la curva de su trasero—. Lo que nos dé placer a ambos.

La solté y con pasos lentos y esa timidez que me volvía loco, Becky se acercó a cada armario con curiosidad y algo de temor.

Me sorprendió cuando se hizo con una de las fustas, no la que tenía la lengua más grande pero el efecto placentero sería el mismo.

También escogió un vibrador alargado y ligeramente grueso, un pequeño succionador de clitoris, unas pinzas de pezones unidas por una cadena que probablemente le llegase al estómago, un bote de gel con efecto calor que me hizo sonreír, y un juego de tres bolas de tamaño pequeño unidas por una cuerda.

—No sé si es lo que esperabas —dijo cuando dejó todo en la cama.

—Es perfecto, pequeña —le aseguré quitándole el antifaz tras despojarme del mío, y la besé en los labios con un hambre casi voraz.

Nadie había sabido nunca esta parte de mi vida, salvo Kim y Mike, ella porque era mi hermana y podía contarle cualquier secreto, y él porque compartía ese mismo gusto por lo prohibido con otras personas en cuanto al sexo se refería.

Y quería que siguiera siendo así, quería que esa parte de mi vida se mantuviera en el más estricto anonimato, por eso tuve que aceptar aquel acuerdo un año atrás.

Pero no pensaría en eso, no cuando tenía a Becky entre mis brazos dispuesta a entregarse a mis pequeños juegos de placer.

Comencé a desvestirla y cuando el vestido se arremolinó en un montón de tela arrugada a sus pies, le quité el sujetador y después me arrodillé para retirar su tanga.

Su sexo desnudo quedó ante mis ojos, y como un hombre desesperado por beber en mitad de un oasis en el desierto, separé sus piernas y hundí el rostro en ellas, aspirando el delicado olor de su excitación antes de pasar la lengua por su zona.

Becky gimió y tembló ante el contacto de mi lengua, se agarró a mis hombros y se mantuvo allí moviendo las caderas en busca de más placer mientras yo lamía y la penetraba con la lengua, haciendo que volviera a correrse para mí.

Cuando lo hizo, me desnudé ante su vidriosa mirada cubierta por el velo del deseo y el placer, la llevé hasta uno de los postes de la cama y le inmovilicé las manos con la corbata.

Cogí las pinzas para pezones, lamí primero uno, lo succioné hasta cubrirlo bien con mi saliva y prepararlo, y coloqué la pinza.

—Au —murmuró tras un leve siseo.

—Tienes que resistir, pequeña —le dije antes de preparar el otro de igual modo, para colocar la pinza. Tiré de la cadena y Becky dejó salir un grito que, sin duda alguna, era una mezcla jodidamente perfecta de placer y dolor para mis oídos.

oSonreí cogiendo el gel y tras ponerme un poco en la mano, comencé a extenderlo despacio por su sexo, introduciéndolo en su vagina para poder colocarle las bolas.

o—¿Por qué empieza a quemar? —preguntó con el ceño ligeramente fruncido.

—Es un gel con efecto calor —sonreí—. Sentirás que quema, pero eso solo hará aún más intenso el placer —le aseguré dándole un beso rápido en los labios.

Poco a poco comencé a introducir las bolas en su vagina, apenas si obtenía resistencia dado lo excitada que estaba desde que su primer orgasmo en la barra del bar, y en apenas unos segundos las tres estaban en lo más hondo de su cuerpo, con la cuerda visible para que pudiera tirar de ella.

—Deja las piernas separadas —le ordené y cogí el succionador de clítoris.

Lo acerqué a ese pequeño botón que lanzaba llamaradas de placer por todo su cuerpo, y tras ponerlo en marcha, Becky comenzó a temblar mientras se agarraba al poste que tenía a su espalda. Le hice levantar una de sus piernas, la llevé alrededor de mi cadera y la besé con urgencia mientras la llevaba a un nuevo orgasmo que no tardó mucho en llegar.

Lancé el succionador a la cama, liberé una de sus muñecas obligándola a que se girara quedando de espaldas a mí y aún con las bolas en su interior, cogí la fusta y comencé a dar pequeños golpes en sus nalgas, alternando una y otra.

Becky se agarraba con fuerza al poste de la cama, me miraba por encima del hombro o dejaba caer la cabeza hacia abajo mientras la lengua de cuero lamía su suave piel, volviéndola de un bonito color rosado.

—Separa las piernas, pequeña —ordené mientras deslizaba la lengua de la fusta por su columna vertebral, viendo cómo se erizaba todo su cuerpo a cada centímetro que el cuero cubría.

La llevé entre sus nalgas, la pasé despacio por su excitado y húmedo sexo, y cuando menos lo esperaba, la azoté con ella.

—Ah —gimió arqueando la espalda.

No dejé la fusta hasta que supe que estaba aún más excitada y deseosa de ser follada.

Retiré las bolas de un rápido tirón, y me arrodillé para penetrarla con el vibrador hasta que se deshizo entre mis manos, sacudiéndose una y otra vez por el intenso orgasmo.

Volví a liberarle una de las muñecas, llevé ambos brazos por encima de su cabeza, la inmovilicé de nuevo, y tras cogerla en brazos haciendo que sus sedosas piernas me rodearan la cintura, me introduje en su caliente y húmedo sexo de una fuerte embestida.

Becky gemía mientras se aferraba al poste de la cama con todas las fuerzas de las que disponía acogiéndome en su

interior.

Tiré de la cadena que unía ambas pinzas en sus pezones, y los gemidos pasaron a ser intensos y fuertes gritos de placer.

La besé con fuerza sin dejar de entrar y salir en ella, sin parar un solo segundo mientras le demostraba a quién pertenecía.

—Mía —dije mirándola a los ojos con los labios a solo un suspiro de los suyos—. Dilo, pequeña. Di que eres mía

—Soy tuya, Scott —murmuró con los ojos vidriosos y la voz entrecortada por mis embestidas.

¹ Sostuve sus nalgas con fuerza en mis manos, aumentando aún más el ritmo de mis penetraciones, llegando mucho más hondo mientras sus gritos llenaban la habitación, y cuando noté que se acercaba al orgasmo, lo hice aún más fuerte y rápido, liberándonos al unísono con un grito ensordecedor.

Mientras los últimos estertores de nuestro clímax eran liberados, seguía llenándola por completo al tiempo que la besaba.

Ninguna mujer me había hecho sentir tanto en unas horas de juegos en aquel club como ella, y sabía que no habría nadie que pudiera comparársele después.

No quería a nadie más, no quería que ella estuviera en otros brazos que no fueran los míos, que la besaran otros labios y la encendieran como mis caricias lo hacían.

La quería en mi vida, la quería conmigo en cada parte de ella, en lo cotidiano, en lo mundano del día a día, y en las noches de sexo prohibido como esta.

—Eres mía, Becky, siempre vas a ser mía —susurré antes de volver a besarla.

Sabía que tenía mucho detrás de mí, que seguía sin contarle la verdad, pero no iba a perder a esa mujer nunca, me las ingeniaría para mantenerla a mi lado.

Liberé sus muñecas y dejó caer los brazos laxos y sin apenas fuerzas alrededor de mis hombros. La llevé hasta la pequeña ducha que había tras la pared de la cama y allí conseguimos relajar cada rincón de nuestro cuerpo.

Volvimos a vestirnos, cubrimos nuestro rostro con los antifaces y salimos de la habitación para volver a la sala de bar, esa que atravesamos cogidos de la mano y sin mirar a ningún otro lugar que no fuera la puerta que llevaba al pasillo para coger el ascensor y bajar al aparcamiento.

Durante el trayecto a mi apartamento no hablamos, sabía que ella necesitaba digerir lo que había vivido esa noche así que le di su espacio.

Al llegar, encontramos a Cassidy leyendo de nuevo en el sofá, sonrió al vernos, se despidió de nosotros y, como aquella primera noche que la hice mía en el salón, junto al ventanal con la ciudad a nuestros pies, entró en la habitación de invitados para acostarse con su hermana pequeña.

¹ Suspiré y entré en mi habitación, donde mi hijo dormía plácidamente ajeno a lo que su padre pensaba.

—No vamos a perderla —murmuré mientras le acariciaba la mejilla.

Me desnudé y dejé caer todo el peso de mi cuerpo en la cama llevando tan solo el bóxer.

Crucé las manos bajo la cabeza, mirando el techo como si allí fuera a encontrar respuestas a las diferentes preguntas que se agolpaban en mi mente, pero sabía que no daría con la que más necesitaba desde hacía un año.

Ojalá, Kim, tuviera razón y todo se resolviera pronto, porque en el momento en el que Becky supiera la verdad, la perderíamos para siempre.

Y tenía que evitarlo, tenía que evitar perderla a toda costa.

—No vamos a perderla —murmuré mientras le acariciaba la mejilla.

Me desnudé y dejé caer todo el peso de mi cuerpo en la cama llevando tan solo el bóxer.

Crucé las manos bajo la cabeza, mirando el techo como si allí fuera a encontrar respuestas a las diferentes preguntas que se agolpaban en mi mente, pero sabía que no daría con la que más necesitaba desde hacía un año.

Ojalá, Kim, tuviera razón y todo se resolviera pronto, porque en el momento en el que Becky supiera la verdad, la perderíamos para siempre.

Y tenía que evitarlo, tenía que evitar perderla a toda costa.

Capítulo 19



Desperté con el leve gorjeo de Eric, me froté el rostro para apartar el leve cansancio que se resistía a marcharse de mi cuerpo tras la noche anterior, y salí de la cama para encontrarme con la versión más pequeña de mí mismo que jamás pensé que vería.

—Buenos días, pequeñajo —sonrió al cogerle en brazos y el inconfundible olor de su pañal llegó a mi nariz—. M pequeña mofetilla radiactiva —reí besándole la frente—. Espero que cuando seas mayor no recuerdes que te llamaba así, y que Becky no te lo diga nunca.

Le quité el bodi que usaba para dormir, le cambié el pañal y tras ponerle el bodi de jirafas que le regaló mi hermana, lo dejé un momento en el centro de mi cama para ponerme un pantalón de chándal y una camiseta.

Salimos de la habitación y, como hacía tan solo unos días, encontramos a Becky y Lindsey preparando el desayuno.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días, Scott —dijo Lindsey, quien se puso en pie para coger a Eric y sentarlo en su tumbona mientras yo iba a por el biberón.

—¿Has dormido bien, pequeña? —le pregunté dándole un beso en el cuello.

—Sí —sonrió.

—¿No me ha echado de menos? —sonreí y ella me correspondió al tiempo que negaba con la cabeza.

Cogí el biberón del microondas y al igual que la vez anterior que ellas estuvieron allí, aquella escena me resultaba de lo más normal. Parecíamos una familia real a punto de tomar el desayuno un sábado por la mañana.

Quise repetir el día de playa que vivimos el domingo, disfrutar de Becky mientras cogía en brazos a mi hijo y le brillaban los ojos. Se notaba que se había encariñado con él, pero el sentimiento era mutuo, mi hijo adoraba a esa mujer.

—¿Qué tal se portó anoche Eric? —pregunté mientras le daba el biberón.

—Le costó dormirse, así que se quedó en el sofá con Cassidy y conmigo hasta que comencé a mecerle frente a la ventana.

—Le gusta observar la ciudad —dije viendo a mi hijo tomarse la leche sosteniendo el biberón entre sus manitas—
Creo que le tranquiliza.

—Me di cuenta —sonrió Lindsey—. En apenas unos minutos estaba dormido y le llevamos a la cuna. ¿Podemos ir hoy a la playa?

—Lindsey —protestó Becky.

—Es una buena idea, pero tengo algo de trabajo que hacer hoy. Y esta noche asisto a una entrega de premios.
¿Qué os parece si venís mañana y vamos a la playa?

Lindsey miró a Becky, pero ella se limitó a negar diciendo que debían hacer las cosas de casa.

La pequeña rubia suspiró quedándose conforme, pero sabía que le gustaba pasar tiempo con Eric, y si no fuera porque tenía papeleo que hacer esa mañana, no habría dudado en llevarlas, pero tampoco estaba de humor dado la noche que me esperaba, una en la que tendría que poner una sonrisa y no perderla en ningún momento.

Cuando Eric acabó de tomarse el biberón, le saqué los gases y volví a sentarlo en su tumbona para disfrutar de mi desayuno, pero sobre todo de la vista de una sonrojada Becky con el cabello ligeramente alborotado.

Lindsey jugaba con mi hijo y él no dejaba de reír mientras ella le hacía cosquillas, estaba seguro de que podría acostumbrarme a esa rutina cada mañana, en la que desayunábamos los cuatro con la sonrisa de Eric de fondo.

Después del desayuno recogimos todo entre Becky y yo y, cuando fue a la habitación a por sus bolsas, decidí seguirla. Antes de que entrara le cogí la mano y tiré de ella hasta encontrarme con sus tentadores labios.

Me recibió de buena gana, rodeándome con ambos brazos por el cuello, y la pegué más a mí cuerpo apretándole las nalgas. Quería cogerla en brazos, sentarla de nuevo en el mueble del lavabo, y enterrarme en lo más profundo de su ser para que no olvidar quién la hacía vibrar con cada beso y caricia.

—Scott —murmuró.

Quería que parara, pero me resultaba imposible hacerlo cuando esa mujer me excitaba tanto, cuando pensaba en ella a cada segundo del día y quería verla.

—Tenemos que parar —dijo apartándose con ambas manos en mi pecho—. Tú tienes que trabajar y Lindsey y yo volver a casa.

—Veniros mañana, pasad el día con nosotros —le pedí sin soltarle las nalgas.

—Soy la adulta de mi pequeña familia, y quiero que Lindsey vea que hay que ser responsable.

—Pequeña, esa niña de ahí es mucho más responsable que cualquier otra de su edad. No hay más que verla con Eric.

—Aun así, lo siento, pero creo que es mejor que no vengamos. Esto... —apartó la mirada un segundo antes de volver a hablar— Esto está yendo demasiado rápido.

—.¿Te asusta?

—Un poco sí, la verdad. La última vez que estuve con un hombre... no salió muy bien.
r

—Eso es parte del pasado, pequeña —dije acariciándole la mejilla—. No tiene por qué salir mal ahora. —Ojalá pudiera creer mis propias palabras, pero tenía algo que contarle y no sabía cómo hacerlo—. Quiero que hablemos. Venid a cenar el lunes para que podamos hacerlo.

—Está bien.

Asentí, la besé por última vez y salí de la habitación dejando que recogiera sus cosas para volver a casa.

La risa de Eric me llegaba desde la cocina y sonreí al ver a Lindsey moviendo un pequeño avión de papel sobrevolando la cabeza de mi hijo.

Cuando me vio llegar, sonrió y se levantó para abrazarme, algo que no esperaba.

—Gracias, Scott —dijo en un susurro.

—.¿Por qué, preciosa?

—Por dejarnos formar parte de tu familia. Hacía tanto que Becky y yo estábamos solas, que pasar tiempo con Eric y contigo es como un bálsamo de aire fresco.

—A nosotros también nos gusta pasar tiempo con vosotras.

—Me gusta él —sonrió mirando a mi hijo.

—Y a él le gustas tú, te ve como a una hermana mayor.

—.¿Podría serlo? —preguntó mirándome— Quiero decir, ser como una amiga para él, que me pida consejo y esas cosas.

—No veo a nadie mejor para ser su amiga que tú, Lindsey.

)

Becky llegó en ese momento con sus bolsas, se despidieron de nosotros y le recordé que nos veíamos el lunes para cenar.

En cuanto nos quedamos Eric y yo solos, cogí la tumbona y fui al despacho, donde pasé el resto de la mañana trabajando para mantener la mente lo más ocupada posible para no pensar en la noche que aún tenía por delante.

Podría cancelarlo, y de hecho debería hacerlo, pero a diferencia de mí, que no tomaba represalias ante sus cancelaciones de última hora, ella sí lo haría.

Y conociéndola, con el arma que ocultaba en sus manos, no dudaría en lanzar una bomba como esa.

.

2

a

Capítulo 20



Llevaba diez minutos esperando en el coche, ya la había avisado de mi llegada y ni siquiera se dignó a responder.

Estaba a punto de llamarla cuando vi que se abría la puerta del edificio y la vi aparecer con un vestido rojo ceñido a todo el cuerpo y una leve cola en la parte de los pies.

Una vez me pareció una mujer atractiva, sensual y seductora, pero eso fue en otra época, ahora mi mente solo pensaba en la rubia que me tenía cautivado.

—Llevo esperando diez minutos —dije cuando Astrid abrió la puerta.

—No es tanto —respondió mientras se sentaba.

Como solía ser habitual en esas ocasiones en las que debíamos mostrarnos ante el resto del mundo juntos, el camino estuvo marcado por el silencio, un silencio que odiaba con todas mis fuerzas.

Cuando llegamos al hotel en el que tendría lugar la entrega de premios, dejé que uno de los empleados se hiciera cargo de mi coche y Astrid y yo subimos entre la marabunta de periodistas que se amontonaban en la entrada.

Ignoré todas y cada una de sus preguntas, mientras ella sonreía a la cámara y posaba con total tranquilidad para ella. Eso era lo suyo, sonreír, posar y fingir que era la feliz novia del dueño de la farmacéutica más importante de Miami.

Qué ignorantes eran todos aquellos que creyeron la burda historia que tuve que vender un año atrás.

Una vez dentro del hotel, se colgó de mi brazo y caminamos por la recepción de camino al gran salón donde se reunían todos los asistentes. Más prensa estaba allí acreditada esa noche, y ni una sola de las cámaras dejó pasar la oportunidad de inmortalizar nuestra entrada.

Como tampoco Astrid perdió la suya para besarme en los labios cuando algunas de esas cámaras seguían puestas en nosotros.

Si antes odiaba aquello, ahora que tenía a Becky en mi vida lo odiaba mucho más.

—Podrías sonreír al menos, fingir que somos una pareja feliz —dijo entre dientes sin perder su sonrisa mientras me arreglaba la corbata como haría cualquier novia entregada al amor.

—Lo haría si esto fuera real, y nosotros una jodida pareja feliz de verdad. Necesito una copa.

Me alejé de ella y fui hacia la barra que habían habilitado a un lado del salón, pedí un whisky doble y di el primer sorbo para soportar lo que, sin duda alguna, se avecinaba a continuación.

Como era de esperar, uno de los amigos de Astrid se acercó a ella, sonrieron, charlaron y se acercaron a mí. Trevor me estrechó la mano, me dijo lo bien que me veía y aquella habría sido una de esas conversaciones sin más, si no fuera porque Trevor sacó el tema de la gala benéfica del hospital y de las preguntas que tanto Becky como yo respondimos.

—Te vi muy bien acompañado la noche de la gala —dijo, y vi que Astrid fruncía el ceño.

—Asistí con mi hermana y con mi socio, como siempre.

—Y con una rubia muy guapa —sonrió—. ¿Sabes si tiene pareja?

—¿Qué rubia, mi amor? —preguntó Astrid apoyando la mano en mi brazo, con ese tono meloso que solía emplea cuando había gente cerca.

—Una de las empleadas de la organización —contesté—. La llevé en representación de todos los que forman parte de ella.

—Se desenvolvió muy bien con la prensa, y hablaba muy bien sobre la labor que hacéis en ella —comentó Trevor.

—Habría acudido a la gala y yo misma hubiera alabado toda esa labor —intervino Astrid—, pero tenía otro compromiso ineludible. Ya sabes cómo es la vida de las grandes fortunas —sonrió.

Trevor asintió sin saber que ese compromiso ineludible al que mi encantadora novia no podía faltar, no era otro que acostarse con el amante de turno que tuviera en ese entonces.

Y sí, lo sabía porque en cuanto sellamos el acuerdo con el que mi vida quedaba completamente en sus maliciosas manos, fue lo primero que me dijo. Follaría con quien le diera la gana, y yo podía hacer lo mismo siempre que fuera discreto y no perjudicara nuestro acuerdo.

En cuanto su amigo nos dejó a solas, Astrid me miró con los ojos entrecerrados.

1 —¿Has tenido la poca vergüenza de asistir en público con una de tus putas? —dijo entre dientes.

—Para empezar, esa mujer no es una de mis putas —protesté—, y, para terminar, con quién folle nunca fue asunto tuyo, como tampoco es asunto mío el pobre incauto al que metas en tu cama.

—Tenemos un acuerdo, Scott.

—Ese que tú decides saltarte a la torera cuando te viene en gana.

—¿Quién es ella? Espero que no suponga ningún problema, que, si se enamora de ti, tenga claro que dentro de un

año yo me convertiré en la señora Black, ella podrá seguir siendo tu puta si quiere, pero no llevará el apellido que me pertenece.

—No quería hablar de esto contigo aquí, pero no me queda más elección —la cogí del brazo y la guie hasta un rincón alejado de miradas y oídos curiosos—. Hace unas semanas dejaron un bebé en mi puerta. Tengo un hijo de tres meses, por lo que la farmacéutica vuelve a tener un heredero legal y por derecho de sangre.

—¿Qué mierda me estás contando, Scott?

—La verdad. Estuve durante unos meses el año pasado, la última vez que la vi de manera oficial fue unas semanas antes de que tú y yo llegáramos a ese acuerdo. No me dijo nada porque sabía que yo estaba viéndome contigo, pero se muere y quería que el niño estuviera con su padre.

—¿Entonces tenemos un hijo?

—Tengo, Astrid, ese niño es mío, nunca serás su madre por mucho que tenga que darte mi apellido.

r—No te creo, solo estás diciendo esto para que me replantee todo y rompamos el acuerdo.

—El acuerdo sigue en pie, pero como digo, ese niño es mi hijo y no tendrá nada que ver contigo.

Escuchamos a uno de los anfitriones hablar en el escenario y di por zanjada la conversación. Estaba a punto de irme hacia la zona donde se reunían todos, cuando me giré para decir mis últimas palabras sobre Eric.

∴

—Si no me crees, puedes ir a verlo tú misma mañana. Te mostraré incluso los resultados de la prueba de paternidad, para que compruebes que no es ninguna mentira.

Me alejé, y tras coger un nuevo vaso de whisky en el bar, me preparé para soportar el resto de aquella noche en un lugar en el que no quería estar.

año yo me convertiré en la señora Black, ella podrá seguir siendo tu puta si quiere, pero no llevará el apellido que me pertenece.

—No quería hablar de esto contigo aquí, pero no me queda más elección —la cogí del brazo y la guie hasta un rincón alejado de miradas y oídos curiosos—. Hace unas semanas dejaron un bebé en mi puerta. Tengo un hijo de tres meses, por lo que la farmacéutica vuelve a tener un heredero legal y por derecho de sangre.

—¿Qué mierda me estás contando, Scott?

—La verdad. Estuve durante unos meses el año pasado, la última vez que la vi de manera oficial fue unas semanas antes de que tú y yo llegáramos a ese acuerdo. No me dijo nada porque sabía que yo estaba viéndome contigo, pero se muere y quería que el niño estuviera con su padre.

—¿Entonces tenemos un hijo?

—Tengo, Astrid, ese niño es mío, nunca serás su madre por mucho que tenga que darte mi apellido.

—No te creo, solo estás diciendo esto para que me replanteé todo y rompamos el acuerdo.

—El acuerdo sigue en pie, pero como digo, ese niño es mi hijo y no tendrá nada que ver contigo.

Escuchamos a uno de los anfitriones hablar en el escenario y di por zanjada la conversación. Estaba a punto de irme hacia la zona donde se reunían todos, cuando me giré para decir mis últimas palabras sobre Eric.

—Si no me crees, puedes ir a verlo tú misma mañana. Te mostraré incluso los resultados de la prueba de paternidad, para que compruebes que no es ninguna mentira.

Me alejé, y tras coger un nuevo vaso de whisky en el bar, me preparé para soportar el resto de aquella noche en un lugar en el que no quería estar.

Capítulo 21



En cuanto escuché el timbre aquella mañana de domingo, supe, sin lugar a duda, que era Astrid para comprobar por sí misma que la noche anterior le había dicho la verdad.

Dejé a Eric en su tumbona acomodado en el sofá con la televisión puesta, y abrí para encontrarla allí con uno de sus vestidos ceñidos y sus altos tacones.

—No voy a decir que me sorprende verte. —Ni siquiera me molesté en saludarla.

—Solo vengo a ver que no me estás tomando el pelo intentando que me aleje de ti. Sabes que tienes mucho que perder si rompes el acuerdo.

Por supuesto que lo sabía, pero no iba a rendirme y dejar de intentar que todo eso llegara a su final con tal de librarme de esa mujer para siempre.

Astrid me siguió al salón donde los dibujos seguían puestos, me miró con la ceja arqueada y se cruzó de brazos.

Cogí a Eric y cuando vio aquel pequeño bulto en mis manos, abrió los ojos con sorpresa.

—Así que hay un bebé en tu casa —dijo—. Pero podría ser de cualquiera. ¿Una vecina, tal vez? Harías cualquier cosa para perderme de vista, Scott, lo sé.

—No es de ninguna vecina, es mi hijo. En la encimera de la cocina tienes una copia de los resultados de paternidad.

Eché un vistazo por encima del hombro y se giró para ir a por ellos. Con cada paso que daba sentía la bilis subiendo a mi garganta, el solo hecho de pensar que una vez me sentí atraído por ella, ahora me producía náuseas.

—Podrías haberlos falsificado —escupió—. No te resultaría nada difícil, tienes el dinero suficiente para ello.

—No he falsificado nada —suspiré—. Solo tienes que mirarle, es como si me hubieran clonado, joder.

Regresó al salón y se acercó a nosotros, echó un vistazo a Eric y alternó la mirada entre mi hijo y mi rostro durante al menos tres minutos, escudriñando cada rasgo para comprobar que realmente ese niño era mío.

Al ver a Astrid observándole con esa cara de repugnancia, con los ojos cargados de rabia e ira, no pude evitar

pensar en Becky y el modo tan cariñoso y maternal en el que miraba a mi hijo.

—Deshazte de él —dijo al fin cruzándose de brazos—. Envíalo a un internado en Suiza, en Rumanía, o en el infierno si hace falta, pero que nadie sepa que este mocoso es tuyo, porque no pienso perder lo que es mío.

Jamás en mi vida habría imaginado que Astrid tuviera esa cantidad de veneno a la hora de hablar. ¿Deshacerme de mi hijo? ¿Desecharlo como si no fuera más que un pedazo de papel arrugado que ya no tiene ningún valor? ¿Qué clase de persona pediría algo así?

«Una persona no, colega, una víbora como Astrid sí» dijo mi voz interior, y por primera vez estaba completamente de acuerdo con ella.

Astrid no era una persona, era una víbora sin escrúpulos, cargada de una codicia que le hacía exigir semejante estupidez.

—No voy a enviar a mi hijo a ningún sitio, Astrid. Este es su hogar, es conmigo con quien tiene que estar, y seré yo quien le eduque con los valores que a ti te faltan.

—¿Valores? ¿En serio me vas a hablar de valores, de moralidad y todo eso? Te recuerdo que puedo hundirte la vida con un simple chasquido de dedos. Un correo electrónico a mi amigo el periodista.

—Ese al que te follas —añadí yo.

—Y eres hombre muerto empresarialmente hablando. ¿Qué pensaría la gente del generoso Scott Black, ese que dona cantidades indecentes de dinero a la beneficencia, si supieran que acude a un club de sexo donde se folla a mujeres de cualquier edad, incluso a jovencitas de veinte años?

—No soy el primero ni seré el último que haga eso —respondí.

—No, claro que no, pero los demás no son tú. Los demás no son el hombre que acusaba a su padre de infiel, de tener una larga lista de amantes desfilando por su cama mientras su amada esposa debía hacer de tripas corazón. Saliste conmigo unos meses y mientras lo hacías, te follabas a otras en aquel lugar. Y si solo fuera follar y ya, pero no, hacías tríos con tu socio, orgías, de todo.

—¿Acaso tú eres Santa Astrid, ahora? Llevas un año follando con todo el que se te cruza y te parece mínimamente atractivo.

—Te lo dije, seguiría haciendo mi vida, aunque me casara contigo.

—También dijiste que yo podía hacer la mía, así que no deberías sorprenderme porque pueda o no estar acostándome con la mujer que me acompañó a la gala, o con cualquier otra.

—Deshazte de ese niño, o habrá consecuencias.

—Sal de mi casa —exigí, y no esperó a que se lo repitiera, fue hacia la puerta y se marchó dando un sonoro portazo.

Necesitaba que esto se solucionase cuanto antes, no soportaba más tiempo la amenaza de esa mujer, y el hecho de

pedirme que me deshiciere de mi hijo, solo reafirmó aún más que debía dar una rueda de prensa cuanto antes para dejar claro que la farmacéutica de mi familia tenía un nuevo heredero.

Cogí el móvil de la mesita de café y llamé a Kim, quería resultados, quería buenas noticias, y sabía que mi hermana no me defraudaría.

e

—Buenos días, hermano. ¿Cómo está mi sobrino?

—Astrid ya lo sabe —fue mi respuesta.

—No me jodas. ¿Qué ha dicho?

—Se lo conté anoche, no me creía y le dije que podía venir a comprobarlo por sí misma.

—No me digas más, acaba de estar ahí.

—Sí. Me ha dicho que me deshaga del niño, que lo mande a un internado.

—¿Qué? Esa maldita zo... —suspiró, controlándose para no estallar con un ataque de ira— ¿Qué ganas tengo de que acabe esto. ¿Puedes recordarme por favor que alguna vez creíste que esa imbécil era buena persona y sería una esposa magnífica en algún momento de tu vida?

—Lo era, así lo pensaba hasta que decidió joderme la vida. Dime que tienes algo, Kim, lo que sea.

—Estoy en ello —respondió—. Tal vez necesitemos unos días más, pero te aseguro que todo esto quedará resuelto.

—¿Estás segura de que quien está trabajando para ti es bueno en lo que hace?

—Hermano, la duda ofende. Si no fuera bueno, no estaría planteándome casarme con él.

o

—¿Cómo dices?

e—Huy, no te oigo —dijo y empezó a hacer ruido, como si hubiera interferencias—. Puente... Cobertura... Hablamos... Quiero... Beso.

Y después de eso, colgó. ¿Quién estaría trabajando para mi hermana? ¿Tenía novio y no me lo había contado?

Eric empezó a hacer una de sus pedorretas y me llenó la cara de saliva. Sonreí acariciando la mejilla de mi hijo y le besé la frente.

—No voy a dejarte nunca, pequeñajo, soy y siempre seré tu padre —le aseguré antes de volver a ponerle en su tumbona para que viera los dibujos.

Yo cogí el portátil y seguí trabajando en el discurso que daría ante la prensa contando la historia de cómo me convertí en padre.

No iba a ocultar a mi hijo por más tiempo, en cuanto Kim me dijera que era la hora, que todo el tema con Astrid estaba siendo solucionado y que podía presentar a mi pequeño, lo haría.

No iba a ocultar a mi hijo por más tiempo, en cuanto Kim me dijera que era la hora, que todo el tema con Astrid estaba siendo solucionado y que podía presentar a mi pequeño, lo haría.

Capítulo 22



Era martes y estaba en la oficina en una interminable reunión con la junta directiva. Sentía la cabeza a punto de explotar por el incesante dolor de cabeza, necesitaba un analgésico y encerrarme en mi despacho.

Llevábamos dos horas allí encerrados, hablando de números, proveedores, cifras y más cifras que iban a hacer que quisiera dimitir como director de Farmacéuticas Black.

Veinte minutos más tarde al fin podía marcharme, abandonar la sala donde el aire me resultaba demasiado cargado como para poder respirar y regresar a mi despacho.

El día anterior Astrid me envió un correo con una infinidad de enlaces a internados en el extranjero donde, según ella, mi mocoso estaría bien atendido y aprendería todo lo necesario para ser un hombre de provecho y labrarse su propio futuro, uno lejos de la farmacéutica familiar, esa que quería tener ella a toda costa.

Y todo porque había estado acostándome y dando rienda suelta a mis instintos sexuales con otras mujeres, en el tiempo que ella y yo simplemente nos estuvimos conociendo.

Maldita fuera, ni siquiera llevábamos tres meses cuando todo eso ocurrió y nunca le prometí nada más allá de una cenas, y sexo.

Pero ella, en su mente, había construido el castillo de princesa que quería conmigo, tratando de cazar al multimillonario más deseado de Miami, incluso me habló de hijos, su principal objetivo para cazarme definitivamente, algo que le aseguré que tardaría en tener.

Sonreí al pensar en Eric, qué poco me imaginé en aquel entonces que unas semanas más tarde iba a concebir a mi primogénito y heredero, sin ni siquiera saberlo hasta un año después.

De camino al despacho me serví un café y cuando pasé por el puesto de Elisa, me dijo que tenía algunas llamadas que devolver.

—Y, jefe —me llamó antes de que cerrara mi puerta—. Ha llamado Astrid, cinco veces. Quiere que le devuelvas las llamadas.

—Que espere sentada —respondí, y vi a mi secretaria sonreír mientras me encerraba en el despacho.

Sabía de sobra para qué llamaba, querría preguntar si había echado un vistazo a todos esos internados donde no pensaba enviar a mi hijo.

Me tomé el café y un analgésico mientras contemplaba la ciudad, el móvil comenzó a vibrar sobre mi escritorio, era ella, lo sabía, y no pensaba atenderla. Si llamaba otra vez a la empresa, Elisa le diría que seguía en la reunión con la junta directiva.

No había pasado ni cinco minutos en el despacho, sin moverme del ventanal, cuando un par de golpecitos sonó en mi puerta.

—Adelante —dije y di el último sorbo al café.

—Señor Black —miré al escuchar la voz de Elisa—. Tiene visita.

—Si es...

—Es Becky —me interrumpió.

—Dile que pase, por favor.

Elisa asintió, echó un vistazo detrás de ella y poco después abrió la puerta dando paso a Becky.

Estaba preciosa, con esos vaqueros ajustados, una camiseta de hombro caído, zapatos de tacón, el cabello liso suelto, y maquillaje en tonos naturales. No solía ir así a trabajar, por lo que me preguntaba si se había arreglado de ese modo solo para ir a verme.

—Buenos días. —Saludó con una sonrisa cuando Elisa nos dejó a solas.

—Buenos días, pequeña. —Acorté la distancia y la rodeé con el brazo, acercándola a mí para poder besarle.

^sEn cuanto noté que no solo no me correspondía al beso, sino que ni siquiera me tocaba, supe que algo iba mal.

La besé sin que hiciera nada, ni siquiera me apartaba, lo que no era normal en ella.

—¿Qué pasa, pequeña? —pregunté sin soltarla mientras le acariciaba la mejilla.

—Fui al banco a hacer unas gestiones, y estando sentada en la sala de espera, vi una revista.

Fruncí el ceño, no sabía a dónde llegaría con eso, cualquier persona solía tener acceso a varias revistas al cabo del día.

—Te vi en ella, con tu novia, esa que la prensa dice se convertirá en tu esposa algún día.

Mierda, las fotos de la entrega de premios del sábado. Cerré los ojos maldiciéndome por haber tardado tanto en contarle a Becky la verdad, pero no quería perderla.

—No es lo que piensas —dije.

—¿No? Pues la prensa era bastante clara: «El dueño de Farmacéuticas Black, Scott Black, junto con la mujer con

la que comparte su vida desde hace algo más de un año, Astrid Green». Eso decía el artículo en una de sus líneas. Oh, por no hablar del comentario de la periodista: «Una exquisita pareja de guapos y apetecibles especímenes».

—Becky.

—No —dijo levantando la mano—. No necesito explicaciones. Sé cómo llegó Eric al mundo, tras una noche de sexo sin más con una mujer guapa cualquiera que en ese momento te satisfizo. Me preguntaba si realmente era especial para ti, pero ya veo que no. Solo me has usado, tal vez mientras ella estaba fuera de la ciudad, y al verme pensaste, vamos a echarle un par de polvos a esta jovencita, y de paso me ayuda a cuidar del niño alguna vez.

—No es así, Becky. —Intenté abrazarla con ambos brazos, pero se apartó de mí definitivamente.

—Me juré a mí misma que nunca sería la otra, ya pasé por eso sin saberlo en mi última relación y te aseguro que dolió como el infierno saber que no era nada para aquel hombre. Ahora duele más, ¿sabes por qué? Porque adoro a Eric, al igual que Lindsey. Porque, a diferencia de aquella vez, mi hermana no conoció al tipo y no se involucró con él como lo ha hecho contigo. No solo te aprecia, sino que te admira. Dijo que quería poder ser como tú y como yo de mayor, esto solo la decepcionará.

—No es mi prometida —dije—, ni siquiera es mi novia. Todo esto tiene una explicación, Becky.

—Pues no la quiero —respondió tratando de apartarse, pero la dejé.

³ Le cogí de la mano y la atraje hacia mí para besarla, necesitaba que entendiera que lo que fuera que había entre nosotros era real.

No podía hablar de amor, se lo dije a Mike y a Kim, pero que tenía sentimientos por la pequeña y angelical rubia estaba entre mis brazos, era un hecho, uno real como la puta vida misma.

Se resistió todo lo que pudo hasta que noté que su cuerpo se entregaba a mí, al beso en el que trataba de decirle todo lo que no podía expresar, o no me atrevía.

Ella significaba mucho más para mí de lo que podía siquiera imaginar, me gustaba, la admiraba y la adoraba. Me encantaba todo de ella, así como lo mucho que me llenaba el corazón cuando la veía mirando a mi hijo con ese amor en sus ojos, no como el veneno que desprendían los de Astrid.

La tomé en brazos y la llevé a mi escritorio, donde la senté para colocarme entre sus piernas.

Subí ambas manos despacio por su espalda, bajo la tela de la camisa, y cuando las moví hacia delante y abarqué con ellas ambos pechos, Becky gimió en mis labios.

Le quité la camiseta y en cuanto la dejé caer sobre el escritorio, fue ella quien se lanzó a mis labios con avidez, necesitando eso tanto como yo.

Me quitó la chaqueta, le arrebaté el sujetador, lamí y mordí sus pechos mientras me agarraba del pelo y gemía dejando la cabeza caer hacia atrás.

Desabroché sus pantalones y metí la mano para encontrarla completamente húmeda y lista para mí. Apenas si estuve unos minutos tocándola en ese punto caliente de su anatomía, tentándola, haciéndola llegar al borde de la

locura, hasta que la dejé de nuevo en el suelo.

La giré haciendo que apoyara ambas manos en el escritorio, bajé los pantalones y las braguitas que llevaba, y tras liberar mi dolorosa erección, la penetré arrancándole un grito del más absoluto placer.

Aquello podría parecer solo una follada más, una salvaje y enloquecedora follada en mi despacho, con la ciudad a nuestros pies y cientos de empleados en el edificio, pero quería que sintiera que era mucho más que eso.

—Eres mía, Becky —susurré en su oído mientras la mantenía bien sujeta por una de sus caderas y por la barbilla mientras me miraba con los ojos vidriosos de deseo—. Ella no significa nada, absolutamente nada. Tú, en cambio, lo eres todo —confesé y volví a besarla con intensidad, dejando claro que mis palabras eran absolutamente ciertas

Entré y salí de ella con fuerza y hasta lo más hondo de su cuerpo mientras el sonido de nuestras caderas chocando y cada uno de los gemidos que escapaban de ambos labios llenaban mi despacho.

No estaba insonorizado y sabía que Elisa podría escucharnos, pero no me importaba, era una de las pocas personas que tenía mi confianza y si alguien llegara en ese momento para solicitar una audiencia conmigo, le despacharía sin que le temblara la voz ni el pulso.

Bombeé varias veces más hasta que sentí el momento exacto en el que ambos seríamos alcanzados por el orgasmo. Una última y feroz embestida, y Becky comenzó a correrse sobre mi miembro al igual que yo lo hice en su interior.

Me dejé caer sobre su espalda mientras ambos recobrábamos el aliento tras aquel intenso y fugaz encuentro, besé su hombro y me retiré poco después para volver a vestirme.

El silencio se adueñó de mi despacho mientras ella recogía su ropa y volvía a vestirse, adecentó su cabello y se giró para marcharse, pero la detuve cogiéndole la mano.

—¿Dónde vas?

—Tengo que volver al trabajo. Esto no debería haber pasado —dijo sin mirarme—. Podría habernos visto alguien

—Elisa no permitiría entrar a nadie mientras estoy contigo —le aseguré—. Becky, mírame. —Le costó unos segundos, pero lo hizo—. Debes creerme, confía en mí, Astrid Green no es quien tú crees, no es quien todo el mundo cree que es para mí.

—No puedo ser la otra, Scott —murmuró, y por el brillo en sus ojos, intuí que estaba aguantando las lágrimas.

—Y no eres la otra, pequeña, nunca lo has sido ni lo serás. —No era cierto, pero a ella no podía decirle que eso era precisamente lo que tendría que ser si no poníamos solución al maldito acuerdo al que llegué con la víbora de Astrid.

—¿Qué hay entre nosotros realmente, Scott? —preguntó— Además del sexo, y que soy la pediatra de tu hijo.

—No puedo ponerle nombre a esto.

—Porque no hay nada más allá del sexo —dijo con pesar y negó—. Por favor, no me llames, no me busques más.

Y si debo seguir siendo la pediatra de Eric, haz que sea otra persona quien lo lleve.

—Becky, no puedes estar hablando en serio. —Le cogí la barbilla para que me mirara, pero la determinación estaba ahí, en sus ojos, y no daría marcha atrás. Alguien le hizo daño mucho antes de que yo apareciera en su vida y yo había vuelto a hacérselo en apenas unas semanas, y no quería volver a verme—. Si es lo que quieres, no te buscaré, al menos hasta que solucione lo que llevo un año tratando de arreglar. No puedo ponerle nombre a esto —repetí—, pero te aseguro que significas mucho para mí y para mi hijo, y no quiero que dejes de formar parte de nuestras vidas, ni tú, ni tampoco Lindsey.

Escuché gritos fuera del despacho y la última voz que me llegó clara como el agua de lluvia en mitad de la noche, fue la de Astrid.

—¡Me da igual que siga reunido! ¡Tengo que hablar con él!

La puerta se abrió de golpe, pero no solté la mano de Becky. En cuanto Astrid vio el gesto, arqueó la ceja mientras caminaba hacia nosotros.

—Ah, tu nueva puta. Encantada de conocerte —sonrió con malicia—. Te vi en la pequeña entrevista que disteis la noche de la gala benéfica del hospital. Y tengo que darte las gracias por hablar tan bien de la organización de mi prometido, lo habría hecho yo misma, pero tenía otro compromiso.

—Astrid, no es buen momento —dije mientras notaba cómo Becky trataba de soltar mi mano, pero no se lo permitía, tenía que entender que ella estaba por encima de Astrid en mi vida.

—Mi amor, es un momento tan bueno como otro cualquiera. Tengo una gran noticia que darte. —Cuando sonrió con esa maldad que yo conocía mejor que nadie, supe que sus siguientes palabras caerían en Becky y en mí como un balde de agua fría—. ¡Estoy embarazada! ¿No es fantástico? Vamos a tener al verdadero heredero de nuestra farmacéutica.

La mano de Becky se escurrió entre mis dedos, y como quien ve una escena a cámara lenta en la televisión, así fue como la vi a ella desaparecer de mi despacho, solo que era consciente de que se había ido corriendo.

Cuando salí del *shock* en el que me encontraba, miré a Astrid que se observaba las uñas como si no acabara de soltar una grandísima mentira por esa boca de víbora que tenía.

—¿Qué mierda estás haciendo? —grité cogiéndola del codo.

—Darte la mayor alegría de tu vida, mi amor, antes de que te enteres por la prensa.

—No es mío, si es que realmente estás embarazada.

—Oh, por supuesto que lo estoy, mira. —Sacó una ecografía del bolso y me la mostró, era de ese mismo día, tan solo unas pocas horas antes de irrumpir en mi despacho, con todos sus datos en ella.

—No es mío.

—Claro que no, pero eso no le importará a nadie cuando conceda mi entrevista.

—No vas a salirte con la suya, Astrid, has llegado demasiado lejos.

—Te dije que nadie me quitaría lo que era mío. ¿Qué si he tenido que jugar sucio para conseguirlo? A mi amante, tampoco le importa, llevamos meses juntos y sabe que, aunque me case contigo, él siempre será mi hombre.

—¿Está dispuesto a ser tu amante el resto de su vida?

—Sí, está muy enamorado de mí —sonrió—. Y sabe que después de dos años de matrimonio tú y yo nos divorciaremos y seré inmensamente rica con la mitad de las acciones de la farmacéutica.

—Sal de mi despacho —dije con asco al verla, con la bilis de nuevo subiendo a mi garganta.

—No pierdas de vista la prensa, mi amor, dentro de poco todo el mundo sabrá que vamos a ser papás.

^s En cuanto salió del despacho grité golpeando el escritorio con ambos puños, esa mujer estaba dispuesta a arruinarme la vida por completo.

^t Fui a ver a mi hermana y a Mike, les puse al día de lo que acababa de ocurrir, ella sonrió.

—¿Puedes decirme dónde coño le ves la gracia a esto, hermana? —rugí.

—En que, como te dije, el hombre al que puse al frente de nuestro pequeño trabajito haría bien su cometido —siguió sonriendo.

—¿Dejarla embarazada entraba en esos putos planes, y yo no lo sabía?

—Ajá. De nada, por cierto. —Se encogió de hombros.

^o Sabía que mi hermana no haría nada para perjudicarme, todo lo contrario, lo que fuera que se le hubiera pasado por la cabeza y llevaran a cabo ella y ese hombre del que hablaba, era en mi propio beneficio.

Y yo tomé una decisión en ese momento, una que sabía que no sería más que el principio de mi muerte empresarial, como la víbora de Astrid me había dicho.

—Prepara la rueda de prensa para esta tarde —le dije a Kim—. Todo el mundo va a saber que el verdadero heredero de Farmacéuticas Black ya nació hace meses.

—No vas a salirte con la suya, Astrid, has llegado demasiado lejos.

—Te dije que nadie me quitaría lo que era mío. ¿Qué si he tenido que jugar sucio para conseguirlo? A mi amante tampoco le importa, llevamos meses juntos y sabe que, aunque me case contigo, él siempre será mi hombre.

—¿Está dispuesto a ser tu amante el resto de su vida?

—Sí, está muy enamorado de mí —sonrió—. Y sabe que después de dos años de matrimonio tú y yo nos divorciaremos y seré inmensamente rica con la mitad de las acciones de la farmacéutica.

—Sal de mi despacho —dije con asco al verla, con la bilis de nuevo subiendo a mi garganta.

—No pierdas de vista la prensa, mi amor, dentro de poco todo el mundo sabrá que vamos a ser papás.

En cuanto salió del despacho grité golpeando el escritorio con ambos puños, esa mujer estaba dispuesta a arruinarme la vida por completo.

Fui a ver a mi hermana y a Mike, les puse al día de lo que acababa de ocurrir, ella sonrió.

—¿Puedes decirme dónde coño le ves la gracia a esto, hermana? —rugí.

—En que, como te dije, el hombre al que puse al frente de nuestro pequeño trabajito haría bien su cometido —siguió sonriendo.

—¿Dejarla embarazada entraba en esos putos planes, y yo no lo sabía?

—Ajá. De nada, por cierto. —Se encogió de hombros.

Sabía que mi hermana no haría nada para perjudicarme, todo lo contrario, lo que fuera que se le hubiera pasado por la cabeza y llevaran a cabo ella y ese hombre del que hablaba, era en mi propio beneficio.

Y yo tomé una decisión en ese momento, una que sabía que no sería más que el principio de mi muerte empresarial, como la víbora de Astrid me había dicho.

—Prepara la rueda de prensa para esta tarde —le dije a Kim—. Todo el mundo va a saber que el verdadero heredero de Farmacéuticas Black ya nació hace meses.

Capítulo 23



Dos días, ese fue el tiempo que Astrid tardó en presentarse en mi despacho tras la rueda de prensa que di el martes por la tarde donde hice saber a toda América que había un nuevo Black en la familia que, al igual que hice yo, algún día también tomaría las riendas de la farmacéutica.

Dijo que estaba loco si pensaba que aquello la echaría atrás para dar su exclusiva, y eso mismo era lo que tenía delante ese lunes por la mañana, varios días después.

Por no hablar de que seguía con la intención de contarle al mundo mi otro estilo de vida, ese que distaba, según ella, del noble hombre que dejaba ver a los demás.

Tenía pruebas de esos gustos que compartía con mi mejor amigo y con otros cientos de miles de personas en el mundo, por el amor de Dios, pero para ella no era más que un monstruo depravado por el hecho de disfrutar del sexo de un modo menos convencional.

Mientras leía la noticia del embarazo de Astrid, donde aseguraba que había sido una sorpresa para los dos pero que estábamos encantados de traer al mundo al verdadero Black que sería dueño de la farmacéutica.

Era una víbora, y odiaba no haberme dado cuenta en el momento en el que la conocí casi dos años atrás.

Por aquel entonces me dijo que estaba superando una ruptura de hacía unos meses, nunca mencionó a ese hombre ni yo pregunté, solo cuando me chantajeó y tuve que sellar ese maldito acuerdo en el que nos convertíamos en pareja, en una prácticamente con el vínculo del compromiso matrimonial atándome a ella, Kim investigó a Astrid hasta dar con aquella pareja que, según ella, la había dejado.

Nada que ver, o sí, porque la dejó aquel tipo, pero con un succulento pago por otro chantaje que nunca debería ver la luz.

Digamos que no estaría bien visto que un candidato a gobernador acabara siendo comida para los tiburones de la prensa por un escándalo sexual, solo que sus prácticas distaban mucho de las mías. A aquel pobre hombre le gustaba ser el sumiso de una Dominatrix con varios años de experiencia en ese mundo, y según pudo saber el hombre que hacía esas investigaciones para mi hermana, muchas de las imágenes que podrían ver la luz eran demasiado comprometidas.

Él no aceptó el compromiso, como yo tampoco debería haber hecho, pero no estaba dispuesto a pagar el precio que ella pedía, por lo que sopesar una falsa relación, junto con un falso matrimonio y posterior divorcio dos años después, entregándole algunas propiedades que compraría durante el matrimonio, no era tan mala idea.

Solo que la muy bruja añadió en el acuerdo la cláusula de que debía darle parte de las acciones de la farmacéutica de mi padre con el divorcio.

Un par de golpes en la puerta me sacaron de la espiral de recuerdos en la que estaba.

—Adelante —dije y no tardé en ver a mi hermana empujando el carrito de Eric.

—Hola, hermano. Aquí está tu heredero —sonrió y me puse en pie.

—¿Qué tal ha ido en la consulta?

s —En lo que a este precioso y regordete bebé se refiere, de maravilla. Si me preguntas por Becky... está hecha un asco. —Frunció el ceño.

—Sigue sin querer verme, supongo —intuí mientras cargaba a Eric en brazos.

—Ni siquiera me ha dejado mencionar tu nombre —suspiró tomando asiento en una de las sillas frente al escritorio, yo ocupé la otra—. Pero a este pequeñajo lo adora. Lindsey ha preguntado por ti.

—Esa niña es especial, ¿sabes?

—También le has cogido cariño —sonrió y asentí.

—Como si fuera una hija, Kim —en esa ocasión, quien suspiró fui yo.

—Ya sabes lo que decía mamá, no hay que rendirse para estar con la persona adecuada.

—Claro, pero no quiere ni verme ni saber nada de mí. ¿Qué hago? ¿Le envío mensajes en una botella?

—O cartas, como hacían nuestros abuelos. —Volteó los ojos—. Por favor, hermano, tan inteligente para unas cosas, y tan poco imaginativo para otras. Internet es un pozo de sabiduría para los enamorados.

—Espera, ¿en qué momento he dicho que esté o estemos enamorados? —Arquee la ceja.

—Si no lo ves, es que eres ciego por completo. Estás enamorado de ella, los dos lo estáis. Y si no fuera por la maldita Astrid, esa mujer estaría llevando ahora mismo un anillo en su dedo.

—¿Tan rápido crees que habría ido? —pregunté abriendo los ojos.

—¿Tengo que recordarte que la llevaste al club y le hiciste mirar cómo me manoseaban tres hombres en aquella cama? Nunca, jamás, has llevado a una mujer a ese lugar, Scott, tú solo vas allí, echas un vistazo, y la mujer que te interesa es la que te acompañará a una de las habitaciones. Por no hablar de las chicas del club de striptease donde os metió papá a Mike y a ti hace casi dos décadas. Saben perfectamente lo que te gusta y te lo sirven en bandeja de plata. Ella es diferente, ha sabido entrar ahí donde nadie lo ha hecho antes.

—Pensé que Astrid lo estaba haciendo.

—Oh, no querido hermano, esa víbora sabía bien a quién tentar con su manzana, como le pasó a Eva en el paraíso. Te recuerdo que en aquella revista en la que saliste en la portada, te describieron como el soltero de oro más sexy de los últimos veinte años. Desbancaste al mismísimo Daniel Craig interpretando a James Bond. Te echó el ojo en ese mismo momento, y no olvides lo que hizo.

—Empezó a vigilarme, a seguir todos mis pasos para hacerse la encontradiza —dije mientras miraba a Eric, que mordía con las encías aquel mordedor de plástico que tanto le gustaba desde hacía unos días.

—Te pedí tiempo para solucionarlo, y puedes estar seguro de que lo arreglaré. Mi hombre es el mejor —sonrió.

—¿Podemos hablar ya de tu hombre? —Arqué la ceja—. Tengo curiosidad. ¿Dejas que se folle a Astrid, y que la deje embarazada? Hermana, eso no es propio de ti.

—¡Oh, no! Por favor, ¿por quién me tomas? A él le pedí a su mejor hombre para el trabajo.

—¿A qué se dedica él, y cuál es su nombre, ya puestos?

—Son detectives privados, es lo único que debes saber.

—¿Qué pasará cuando Astrid lo descubra? ¿Y con el bebé que espera?

—Supongo que ella no querrá ese bebé, pero él no le permitirá deshacerse de su hijo, está dispuesto a criarlo solo.

—No puedo creer que le pidieras a un hombre dejar embarazada a Astrid.

—No lo hice, eso fue una jugada de ella. Quería un bebé a toda costa y consiguió el modo de obtenerlo. No puedo contarte nada, eso es alto secreto en este plan maestro, hermano, pero tenemos todo lo que necesitamos para librarte de ella.

—Eso espero.

—Por cierto, me ha llamado el abogado, en una hora estará aquí para que firmemos todos los documentos.

Asentí sin apartar la mirada de mi hijo, tal vez aquel bebé era lo mejor que había hecho en mi vida, y ni siquiera estaba planeado.

Por eso conté la historia de que conocí a su madre tiempo atrás, que mantuvimos una relación durante meses de esas que muchas otras personas tienen hoy en día, que el pequeño llegó por sorpresa y que ella, como última voluntad antes de abandonar este mundo por una enfermedad, quería que nuestro hijo creciera conmigo.

Recibí una llamada de la vecina de Lisbeth poco después de la rueda de prensa, la mujer lloró mientras me daba las gracias por no hacerla ver como una mujer cualquiera a la que apenas conocía. No di su nombre, tampoco mencioné que seguía viva por el tiempo que los médicos y Dios le permitieran estar en este mundo, no quería que alguien pudiera buscarla y someterla a un escrutinio público que ni buscaba, ni merecía.

—Bueno, voy a llevarme a este pequeñajo a mi despacho para que puedas trabajar —dijo Kim poniéndose en pie, alisándose la inexistente arruga de su falda lápiz.

. —No, deja que se quede conmigo. A fin de cuentas, este será algún día su despacho.

¹ —¿Seguro?

—Sí. Avísame cuando llegue el abogado.

—Lo haré. —Mi hermana mayor se inclinó y, del modo más maternal que la había visto en mis treinta y ocho años de vida, me besó la frente y después besó a mi hijo—. Os quiero, mis hombres favoritos —dijo con una sonrisa.

¹ —Hijo mío, tu tía dice eso ahora, pero cuando el hombre que la tiene loca le ponga un anillo en el dedo, te aseguro dejaremos de serlo.

—Dudo mucho que eso me pase a mí —suspiró—. Tenemos sexo sin más.

—¿Lo has llevado al club? —Curioseé y ella negó con un rubor en las mejillas que me sorprendió, pero no se lo dije.

—No sé si compartiría esos gustos.

—Y no lo sabrás hasta que lo compruebes.

—¿Le gustaron a Becky? —interrogó.

—Deberías preguntárselo a ella, pero creo estar seguro si te digo que sí.

—Ella es buena para ti, hermano —dijo poniendo la mano en mi hombro—. No dejes que se te escape ¿sí? Tienes Internet. —Me hizo un guiño y salió de mi despacho dejándome con una sonrisa en los labios.

Me puse en pie, regresé a mi sillón con Eric aún en mis brazos, lo senté en mi regazo con cuidado de que no se hiciera daño en el cuello, y busqué el Internet.

O al menos lo intenté durante la hora en la que esperé la llegada de abogado, porque, ¿qué podría buscar en ese pozo de sabiduría para enamorados, como ella lo había llamado?

Algunos blogs de consulta recomendaban enviar flores o bombones, incluso ambas cosas juntas sería una apuesta ganadora. En otros proponían invitarla a cenar en un lugar que pudiera quedar para siempre en su recuerdo como algo especial, y, si la cosa funcionaba, acudir allí al menos una vez cada tres meses.

Por no hablar de la madre de todas las locuras que leí, a mi modo de ver.

Presentarme en su casa con una carroza tirada por caballos, llevando un ramo con rosas rojas y una caja de bombones.

A pesar de ser una locura, para quien fuera un romántico seguro que era la mejor forma de todas, pero yo me decantaba por la cena y una única rosa, o tal vez cuatro.

Suspiré cerrando el portátil y Eric hizo un ruidito de protesta.

—¿Qué pasa, pequeñajo? ¿Estabas buscando ideas tú también para ayudar al viejo de tu padre? —Su respuesta fue un leve grito acompañado de una sonrisa—. Tienes cuatro meses, no voy a tomarme eso como un sí, porque no creo que seas tan listo como para saber leer a tu edad. —Le besé en la cabeza y tras dos golpecitos, Elisa entró en mi despacho.

—Scott, tu hermana me ha pedido que te avise de que acaba de llegar el abogado.

—Gracias, Elisa, vamos enseguida —respondí poniéndome en pie.

—¿Quieres que me quede con él mientras firmáis? —ofreció.

—No es necesario, como heredero al trono de la farmacéutica, puede estar presente.

—Eres consciente de que solo tiene cuatro meses, ¿verdad? —Arqueó la ceja.

—Absolutamente, pero creo que ya sabe leer.

—¿Qué le has echado al café, Scott?

—Nada, lo he tomado solo, como siempre.

—Pues no te creo, algo llevaba si aseguras que ese bebé sabe leer.

—¿Se lo quieres decir, hijo? —Miré a Eric, que me miró con el ceño fruncido—. Dile a Elisa si estabas leyendo en la pantalla de mi portátil. —Su respuesta fue un nuevo gesto de protesta tras una risita—. Eso es un sí, en su idioma.

—¿Y qué idioma habla? ¿Élfico o Draquarian? —resopló y me eché a reír.

—Mi preciosa y guapa friki —sonreí al pasar por su lado.

—Cuando este niño sea mayor y le gusten esas series y películas de fantasía, me vuelves a llamar friki. Hasta entonces, lo de preciosa y guapa puedes repetirlo tantas veces como quieras.

—Elisa.

—¿Sí, jefe?

—¿Alguna vez te he dicho que no sé qué habría hecho sin ti en esta empresa?

—Muchas, pero ninguna de ellas me pusiste un anillo —respondió al tiempo que señalaba su dedo anular.

—Lo primero que me prometí al tomar las riendas de la farmacéutica, fue que nunca sería como mi padre.

—Lo sé, y eres un buen hombre por ello —sonrió, se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla—. Y ahora vete, antes de que tu hermana piense que me he entretenido de camino a tu despacho.

eSalí cargando a Eric aún en brazos, atravesé la recepción y la pequeña sala de espera que habíamos montado allí, crucé el pasillo hasta la sala de juntas y cuando abrí la puerta, tres pares de ojos me miraron acompañados de una sonrisa.

—Scott, felicidades por tu paternidad —dijo Bill, nuestro abogado y amigo desde hacía más de veinte años mientras me estrechaba la mano—. Y me refiero a esta, no a la que ha anunciado Astrid.

—Gracias —sonreí.

—Cuando quieras podemos firmar.

Asentí tomando asiento a la cabecera de la mesa, como siempre, Bill sacó los papeles de su maletín y, tras leernos el contenido a los presentes, no sin alguna que otra interrupción de mi hijo y risas por parte de nuestro abogado, Kim, Mike y yo firmamos aquel documento para el que no tuve dudas cuando se lo mencioné a ellos.

Mi hermana dijo que estaba loco y se negaba, mi mejor amigo y socio argumentó que se me había ido la puta cabeza, y yo tan solo dije que hacía lo mejor para todos dadas las circunstancias.

Esa firma podía deshacerse llegado el momento, así se lo había pedido a Bill solo que le hice mantener esa parte en secreto para ellos.

Cuando salieron todos de la sala me quedé allí de pie con Eric en brazos, contemplando la ciudad por el ventanal, pensando en Becky.

Solo habían pasado unos días desde que saliera corriendo de mi despacho después de que tuviéramos sexo y me pidiera que no volviera a intentar verla. Pero no dejaba de pensar en ella.

—Si esto es amor, hijo, espero que nunca sufras sus secuelas —le dije a mi pequeño, de quien me llegó un inconfundible olor que reconocía muy bien—. Mi pequeña mofetilla, estoy de acuerdo. El amor apesta.

—Lo sé, y eres un buen hombre por ello —sonrió, se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla—. Y ahora vete, antes de que tu hermana piense que me he entretenido de camino a tu despacho.

Salí cargando a Eric aún en brazos, atravesé la recepción y la pequeña sala de espera que habíamos montado allí, crucé el pasillo hasta la sala de juntas y cuando abrí la puerta, tres pares de ojos me miraron acompañados de una sonrisa.

—Scott, felicidades por tu paternidad —dijo Bill, nuestro abogado y amigo desde hacía más de veinte años mientras me estrechaba la mano—. Y me refiero a esta, no a la que ha anunciado Astrid.

—Gracias —sonreí.

—Cuando quieras podemos firmar.

Asentí tomando asiento a la cabecera de la mesa, como siempre, Bill sacó los papeles de su maletín y, tras leernos el contenido a los presentes, no sin alguna que otra interrupción de mi hijo y risas por parte de nuestro abogado, Kim, Mike y yo firmamos aquel documento para el que no tuve dudas cuando se lo mencioné a ellos.

Mi hermana dijo que estaba loco y se negaba, mi mejor amigo y socio argumentó que se me había ido la puta cabeza, y yo tan solo dije que hacía lo mejor para todos dadas las circunstancias.

Esa firma podía deshacerse llegado el momento, así se lo había pedido a Bill solo que le hice mantener esa parte en secreto para ellos.

Cuando salieron todos de la sala me quedé allí de pie con Eric en brazos, contemplando la ciudad por el ventanal, pensando en Becky.

Solo habían pasado unos días desde que saliera corriendo de mi despacho después de que tuviéramos sexo y me pidiera que no volviera a intentar verla. Pero no dejaba de pensar en ella.

—Si esto es amor, hijo, espero que nunca sufras sus secuelas —le dije a mi pequeño, de quien me llegó un inconfundible olor que reconocía muy bien—. Mi pequeña mofetilla, estoy de acuerdo. El amor apesta.

Capítulo 24



Seguí dándole tiempo a Becky, espacio o como quisiera ella llamarlo, solo que los desayunos aún se los entregaban cada mañana, por no hablar de una caja de bombones todos los lunes.

Y que me llamaran cursi, pero lo hacía porque fue un lunes cuando nos conocimos.

Había pasado un mes desde que salió de mi despacho, Kim seguía llevando a Eric a la consulta y no para hacerle una de sus revisiones, sino por el simple hecho de que tanto Becky como Lindsey le vieran.

Sabía que ella lo agradecía, aunque no se lo dijera a mi hermana.

Cada semana Kim volvía a mi despacho con el mismo reporte de siempre, Becky estaba hecha un asco e incluso parecía que había perdido peso.

Estaba preocupado por ella, y fue ese el motivo que me había traído a la organización esta mañana. Becky no quería ni verme y cabía la posibilidad de que me echara de allí sin que le temblara el pulso, pero no iba a ceder.

—Buenos días, señor Black —Mary, la recepcionista, me saludó con su habitual sonrisa—. Cuánto tiempo sin verle por aquí.

—Buenos días, Mary. El trabajo, ya sabe. —Me encogí de hombros.

—Hay que tener tiempo para todo, no es saludable pasarse horas y horas en el despacho trabajando.

—Lo sé.

—¿Necesita algo?

—No, solo he venido para hablar con Becky, como ha podido ver este último mes ha sido mi hermana quien le ha traído a sus revisiones, y quiero saber cómo lo ve su pediatra.

—Claro, claro —dijo como si no se tragara mi excusa de mierda—. Ahora está libre.

Asentí y me dirigí al área médica, la puerta de Becky estaba cerrada, pero podía escuchar su risa y la de Lindsey tras ella. Sonreí, di un par de golpecitos y su voz me dio paso.

Tomé aire al tiempo que cogía la manilla para abrir, y me asomé.

—¡Scott! —gritó Lindsey que, para mi sorpresa, se levantó y vino corriendo a abrazarme.

—Hola, preciosa. —Le besé la cabeza y cuando miré a Becky, vi sus ojos vidriosos, pero también las ojeras que había bajo ellos.

—¿Ya estás más libre de trabajo? Kim y Becky me dijeron que estabas muy ocupado.

—Sí, bueno, sigo con mucho trabajo. Y tú, ¿cómo estás? Juraría que has crecido —sonreí.

—Hum, puede que un poco. —Se encogió de hombros.

—Lindsey, ve a ver si necesitan que eches una mano en la guardería —le dijo Becky.

—Queréis hablar de cosas de mayores, vale, lo pillo. —Me hizo un gesto con la mano para que me inclinara y cuando lo hice, me dio un beso en la mejilla antes de salir de la consulta dejándonos solos.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—Kim me dijo que no te veía bien.

—Pues estoy perfectamente. Ya puedes irte —dijo ignorándome, prestando atención a las carpetas que había sobre el escritorio.

—No lo estás Becky, tienes mala cara y salta a la vista que has perdido peso.

—Bueno, es lo que pasa cuando te centras en el trabajo y en cuidar de tu hermana pequeña, cuando quieres que ella coma todo lo que pueda y tú te conformas con una sopa de sobre. Se estropeó la caldera y hubo que arreglarla

—Pero eso debería solucionarlo el casero.

—Pues no lo hizo, me tocó a mí.

—Becky, ¿por qué no me pediste ayuda? —pregunté acercándome a ella, me puse en cuclillas he hice que se girara para mirarme— Pequeña, quiero cuidar de vosotras.

—No necesitamos la caridad de nadie —protestó.

—Y no es caridad lo que ofrezco. Yo cuido de los míos, pequeña. Y tú siempre has sido mía, Becky, al igual que yo he sido tuyo, aunque no lo hayas querido ver —le aseguré acariciándole la mejilla.

En cuanto cerró los ojos al notar mi contacto, sentí cómo se estremecía y sin que ella fuera consciente, una lágrima escapó de su ojo.

—No quiero verte, Scott, ya es bastante malo para mí ver a Eric y recordarte, es tu viva imagen.

—Lo sé, pero creo que cuando crezca será mucho más guapo, todo un peligro para las mujeres. —Me encogí de hombros y ella sonrió, pero enseguida volvió su rostro serio y devastado.

—Vas a casarte.

—Lo que voy a hacer es contarte lo que tuve que aceptar hace un año, apenas unos días antes de que concibiera a Eric sin saberlo.

Me puse en pie y, tras cogerle la mano, la ayudé a levantarse para llevarla a una de las sillas frente a su escritorio, yo ocupé la otra y le conté todo. Le hablé de la relación que tuve con Astrid hasta que se enteró de lo que hacía en el club al que la llevé a ella, que me chantajeó y cuando el acuerdo estuvo firmado descubrimos que era una especie de acosadora de hombres poderosos y con dinero para hacerse con una fortuna a base de esos chantajes.

—No accedí al pago que me pedía, pero ojalá lo hubiera hecho —dije—. Ese bebé no es mío, ella ha tenido muchos amantes durante este año, y el padre es con el que está ahora.

—Pero no has desmentido eso después de que ella diera la exclusiva.

—No lo hice, y no lo haré hasta que llegue el momento. Tienes que confiar en mí, Becky, estamos haciendo cuanto podemos para que pueda librarme de ella, y cuando llegue el momento, toda la verdad saldrá a la luz sin que ella cuente nada de lo que tiene contra mí.

—Pero eso es absurdo, dudo mucho que seas el primer hombre con gustos sexuales de ese tipo.

e

—No lo soy, no —sonreí y me atreví a sostener su barbilla, inclinarme hacia ella y besarla como llevaba deseando un mes—. ¿A ti te asusta esa parte de mi vida? —pregunté después.

—No —murmuró—. Me gustó.

.. —¿Y repetirías?

—Contigo sí, pero... solo contigo.

—Tienes que dejarme que te ayude, pequeña, quiero cuidaros a las dos, como cuido de Eric.

—Pero él es tu hijo.

—Ahora vosotras también sois mi familia, quiero que lo entiendas.

—No soy más que la pediatra de tu hijo.

—Te equivocas. —Le acaricié la mejilla—. Eres la mujer que consiguió entrar en mi vida como nadie lo había hecho antes.

Llamaron a la puerta y me aparté para que aquello no se viera como algo más que una charla entre padre y pediatra. Becky dio paso y se asomó una mujer de unos cincuenta años sonriente y con un sobre en la mano.

—Disculpa, Becky, no sabía que estabas ocupada.

—No te preocupes, Clara. Él es el señor Black, director del centro.

—Oh, señor Black. Lo siento, no le había reconocido.

—Tranquila, está bien —sonreí.

—Cariño, he traído los resultados de tus análisis, me acaban de llegar —tendió el sobre hacia Becky y ella lo cogió con manos temblorosas—. Hoy no has desayunado nada, ¿verdad? —suspiró mientras negaba— Tienes que comer, o caerás enferma.

—Lo sé, Clara, lo sé.

—Me marchó, ha sido un placer, señor Black.

—Igualmente.

Cuando se cerró la puerta tras aquella mujer, miré a Becky. Estaba observando aquel sobre como si fuera una especie de carta bomba o algo así. Fruncí el ceño al ver cómo le temblaban las manos, ¿estaría enferma realmente? ¿Tendría algo grave que no me había contado? Y de ser así, ¿qué pasaría con Lindsey?

—Becky, ¿qué ocurre? —pregunté cogiéndole la mano.

—Nada, solo una revisión de rutina. Clara se empeñó al verme tan...

—Demacrada, dilo. Pequeña, pareces un zombi —sonreí y ella dejó escapara una leve risita.

—Menuda manera de piropear a una mujer, señor Black.

—Vamos, seguro que no es nada, solo te faltarán algunas vitaminas si no has estado comiendo bien.

—No es solo eso, Scott.

—¿Entonces? ¿Estás enferma de verdad, Becky? —interrogué sosteniendo su barbilla para que me mirara.

—No, pero hace días que tengo una sospecha.

—¿Una sospecha? —fruncí el ceño.

—Bueno, esto es mejor hacerlo de una vez, como cuando quitas la tirita.

Abrió el sobre, sacó el papel que comenzó a desplegar, y leyó con atención lo que fuera que ponía allí, hasta que vi cómo varias lágrimas caían por sus mejillas.

Mierda, ¿y si se estaba muriendo? ¿Y si la perdía de verdad?

—¿Becky? —La llamé en apenas un susurro, con un miedo atroz que nunca en toda mi vida había sentido.

—Estoy... —Seguía temblando.

—¿Qué, Becky? Por favor, dime qué tienes.

Pero no hablaba, por lo que le quité el papel y me miró con auténtico terror en los ojos, esos que permanecían cubiertos de lágrimas.

No era médico, no entendía una mierda de lo que ponía allí, pero cuando vi que los niveles de la Hormona gonadotropina coriónica humana, cuyas siglas al lado eran HCG, entré en pánico. ¿Podría ser una de esas enfermedades incurables?

—Dime que no te estás muriendo, pequeña —le supliqué mirándola a los ojos.

—Estoy embarazada, Scott —susurró y volvió a cubrirse la cara con ambas manos.

Embarazada, Becky estaba embarazada. Un bebé, iba a tener un bebé. No, íbamos a tener un bebé, los dos, juntos.

—Vamos a ser padres —dije asimilando aquella noticia—. Becky, vamos a ser padres.

La cogí por la cintura y la senté en mi regazo, apoyando la mano sobre su vientre.

—Lo siento —murmuró.

—¿Por qué, pequeña?

—Esto no debería haber pasado. Yo...

—Becky, si ha pasado es para que al fin seas consciente de que siempre vas a ser mía. No voy a dejarte sola en esto —dije sosteniéndole la barbilla para que me mirara—. Somos un equipo, como lo hemos sido desde que entré por primera vez por esa puerta con Eric. Somos más que eso, somos una familia.

—No puedes atarte a mí porque vaya a tener un bebé.

—No me ato a ti, me uno a ti porque...

—¿Por qué?

—Porque ahora sé que siento algo parecido al amor por ti, siempre lo he sentido y no me había dado cuenta. —La besé—. Vais a dejar vuestro piso, y a instalaros en mi apartamento.

—No, no podemos hacer eso.

—Claro que podéis. Llevas a mi bebé en el vientre, no voy a dejaros solos. Tienes una semana para recoger vuestras cosas y mudaros.

—Pero, ¿y Astrid?

—Una semana, Becky, ese es el plazo que tengo yo también para librarme de ella de una vez por todas. —La besé y me abrazó mientras lloraba.

Estaba asustada, podía notarlo, pero no iba a dejarla sola en esto. Ese bebé era tan mío como suyo y no podía esperar a tener a Becky y Lindsey viviendo en mi apartamento, en nuestro hogar, al menos durante unos meses, hasta que comprara algo más grande y apropiado para tener a dos bebés.

Me despedí de ella quedando en vernos esa noche en mi apartamento para cenar, quería que le contáramos juntos la nueva situación a Lindsey.

En cuanto salí de la organización llamé a Kim para que me esperaran ella y Mike en la oficina, y que le pidiera a Bill que se reuniera con nosotros, tenía que hablar con ellos.

Ahora sí que iba a poner punto final a todo el asunto con Astrid, no iba a perder más tiempo con ello y haría que esa mujer saliera de nuestras vidas para siempre.

Cuando entré en la sala de juntas solo estaban mi hermana y Mike, que me miraron con el ceño fruncido.

—Becky está embarazada, y esto lo cambia todo. Tenemos que librarnos de Astrid, y solo hay una semana de plazo. En una semana, mi futura mujer y mi hijo se instalarán en el apartamento conmigo.

—Por eso estaba tan delgada —comentó mi hermana—. ¿Te lo ha dicho ella?

—Lo hemos visto en unos análisis que se hizo, pensaba que sería falta de vitaminas.

—Felicidades, socio —Mike sonrió y se puso en pie para darme una palmada en la espalda.

—Gracias. Kim, necesito que tu hombre adelante lo que sea que vais a hacer, que encuentre las pruebas con las que me amenazó Astrid, quiero hundir a esa mujer.

—Le llamo ahora mismo —sonrió poniéndose en pie para salir a hablar al pasillo.

—Dos bebés en apenas unos meses, socio, eres rápido con tus balas —rio.

—No me seas capullo —sonreí.

—En serio, me alegro. Sabía que ella te hacía feliz, aunque no lo llamaras amor.

—Bueno, creo que ahora sí debo llamarlo así.

Cuando Kim regresó lo hizo acompañada de Bill, nuestro abogado, a quien puse al corriente de la situación y ella le habló de lo que el hombre a quien contrató había estado haciendo.

—Le he dicho que tiene tres días para encontrar las pruebas, y en cuanto las tengamos, podremos saltar sobre esa

mujer —comentó.

Bien, tan solo una semana más y me libraría de Astrid.

;

mujer —comentó.

Bien, tan solo una semana más y me libraría de Astrid.

Capítulo 25



Había pasado el resto del día esperando que llegara la noche para ver a Becky, poder abrazarla y besarla sin el temor de que Lindsey nos pillara.

Bill había redactado allí mismo un documento que Astrid llevaba esperando unos meses, donde supuestamente le aseguraba que la mitad de las acciones de la farmacéutica serían para ella, pero ahora que Eric estaba en mi vida, en esa cláusula únicamente le entregaba el diez por ciento de las acciones.

Como era de esperar, en cuanto Bill se lo hizo llegar a su abogado y este a ella, entró en cólera y me llamó diciendo que iba a arrepentirme de lo que había hecho.

Una amenaza más de tantas.

Cuando entré en casa me sorprendió encontrarlo todo en silencio, por norma general a esas horas Cassidy estaría en la cocina preparando el biberón para Eric, mientras él hacía pedorretas jugando con alguno de sus muchos juguetes.

—¿Cassidy? —La llamé yendo hacia el salón, y allí la encontré, tirada en el suelo—. ¡Cassidy!

Corrí hacia ella y vi que tenía un leve rastro de sangre en la sien, la zarandeeé tratando de que despertara y, por suerte, lo hizo.

—Cassidy ¿qué ha pasado?

—No lo sé, señor —dijo llevándose una mano a la cabeza, donde la habían golpeado—. Había escuchado al bebé en la habitación, se estaba despertando de la siesta. Iba a buscarle y entonces, noté un fuerte golpe y todo se volvió negro.

—¿A qué hora fue eso, Cassidy?

—Tal vez sobre las cuatro. No recuerdo bien. Lo siento, señor.

Entré en pánico y fui corriendo hacia mi habitación tan solo para encontrar la cuna de Eric vacía.

Se lo habían llevado, alguien había entrado en mi casa y se había llevado a mi hijo.

Avisé a la policía y llegaron en el momento en el que lo hicieron Becky y Lindsey. Al verlos allí le dije lo ocurrido y Becky fue a atender a Cassidy, la ayudó a lavarse el golpe y comprobar que no era grave, Lindsey las acompañó.

—¿Tiene algún enemigo, señor Black? —preguntó uno de los agentes.

—Soy el dueño de una farmacéutica, no debería tener enemigos.

—Bueno, tal vez se trate de un secuestro para pedir un rescate. Normalmente los secuestradores se ponen en contacto unas horas después de llevarse al sujeto.

—¿Un rescate? No tengo ni idea de quién podría... —me quedé callado, sopesando la idea que se había cruzado en ese momento por mi cabeza.

No podía ser, no era posible que hubiera llegado tan lejos, que hubiera sido tan rastrera como para llevarse a mi hijo.

Saqué el móvil del bolsillo y llamé a mi hermana, tardó en responder, pero cuando lo hizo no le di tiempo a hablar.

—¿Saben dónde ha estado Astrid hoy?

—¿Qué?

—Astrid, Kim, ¿saben dónde ha estado hoy después de que le llegara el documento?

—En su casa, con su amante.

—Pues se las ha ingeniado para hacer que alguien entre en mi apartamento y se lleve a Eric.

—¿Qué? No puede ser.

—Tuvo que hacer copia de mis llaves alguna vez, no sé cómo, pero tuvo que ser eso. Y ahora las ha usado, Kim. Se ha llevado a Eric y no sé a dónde.

—Voy a hablar con él para que ponga sobre aviso a su hombre. Voy para tu apartamento.

Colgó antes de que pudiera decirle que no, pero sabía que tampoco iba a hacerme caso y vendría de igual modo.

Les dije a los dos agentes de policía la situación que estaba viviendo con Astrid, que me exigió enviar a mi hijo de apenas unos meses a un internado fuera del país y que estaba seguro de que al recibir el documento en el que no le entregaría la mitad de las acciones de la farmacéutica llegado el momento, había tomado represalias.

—En su llamada me amenazó, pero no pensé que fuera a llevarse a mi hijo.

—Ha dicho que puede que hiciera una copia de las llaves —comentó uno de los agentes.

—Sí, porque cuando llegué a casa la cerradura no estaba forzada, y la niñera no abrió la puerta a nadie. Le dieron un golpe desde atrás.

—Necesitaremos la dirección de esa mujer, señor Black.

Asentí y mi móvil empezó a sonar, pensé que sería Kim, pero al responder la llamada, no fue la voz de mi hermana la que me saludó.

—Señor Black, si quiere volver a ver a su hijo con vida, tiene veinticuatro horas para entregarnos tres millones de dólares, o no será este el heredero de la farmacéutica. —Sonaba distorsionada, puse el manos libres para que los agentes pudieran escucharlo también.

—¿Quién es? ¿Por qué se han llevado a mi hijo? —pregunté.

—Eso es algo que debería saber, señor Black. Tres millones, mañana a esta hora en la papelería que hay junto al restaurante de la playa donde estuvo hace unas semanas con su hijo y su nueva amiguita, y volverá a ver al mocoso. No pague, y este niño acabará en algún país del extranjero criado por otros padres.

—¡Joder! —grité cuando la llamada se cortó.

—Tenemos que llamar al FBI, señor Black —dijo uno de los agentes.

—Haremos que localicen la llamada, a ver si pueden decir de dónde proviene.

—Esto es una puta pesadilla —dije mientras me pasaba la mano por el pelo.

—¿Scott? —me giré al escuchar la voz de Becky, quien reflejaba el miedo en sus ojos.

—¿Cómo está Cassidy? —pregunté.

—Asustada, y no deja de lamentar que se llevaran a Eric por su culpa.

—No fue culpa suya, no podía saber lo que iba a pasar.

—Señor Black, el FBI no tardará en llegar —comentó uno de los agentes—. Si recibe otra llamada antes de que lleguen, avísenos. Iremos a visitar a esa mujer a ver qué coartada nos da.

Asentí, les dije la dirección de Astrid, y Becky los acompañó a la puerta mientras yo me quedaba en el salón caminando de un lado a otro.

>

> Mi hermana llegó en se momento y tras abrazar a Becky y darle la enhorabuena por el embarazo, vino hacia mí para ver cómo estaba.

—Me han pedido tres millones, tengo que dárselos mañana o no volveré a ver a Eric.

—Eliot me ha dicho que Ray estuvo todo el tiempo con Astrid, que no ha podido ser ella quien se llevó al niño. Pero aprovechando que ella se duchaba ha descubierto un par de cosas en su móvil.

—Intuyo que Eliot es tu hombre, y Ray su compañero.

—Sí. Pero vamos a lo importante, hermano. Astrid llamó a un tal George después de hablar contigo. Ray dijo que después de esa llamada, alguien estuvo en casa de Astrid y ella solo dijo que se habían equivocado de dirección, por lo que creemos que pudo darle las llaves de tu apartamento a ese tal George o a alguien que él enviara.

—Maldita mujer.

—Hay más, hermano. Entró en una conversación por mensaje con el tal George y le mandó la confirmación de un pago poco después de hablar con él. Pero también vio una conversación con una tal Doctora Casey Evans a la que le aseguraba que había pagado sus servicios. Eliot ha averiguado que es ginecóloga, por lo que sospechamos que Astrid ni siquiera está embarazada. Mintió al respecto, posiblemente tratando de que adelantarais la boda.

—Scott, Lindsey y yo podemos irnos —dijo Becky.

—No, pequeña. —Me acerqué a ella y la abracé—. Os necesito aquí o me volveré loco.

—Sí, Becky, yo también preferiría que os quedaseis, no sea que le dé por ir a visitar a Astrid.

El móvil de mi hermana empezó a sonar, se fue hacia la cocina para hablar y Becky me acarició la mejilla.

—Vas a recuperarle, Scott, la policía y el FBI lo traerán de vuelta.

Asentí, pero con el miedo de que esa gente, de que la loca de Astrid cumpliera su amenaza, y no volviera a ver a mi hijo.

Cuando Kim se unió de nuevo a nosotros me dijo que Eliot había ido a hablar con la doctora Evans, a quien amenazó con hundirle la carrera si en el Colegio de Médicos se enterasen de lo que había hecho. Acabó confesando que manipuló una ecografía de otra paciente para que Astrid pudiera decirme que estaba embarazada, por lo que mi hermana empezó a tramar un plan contra ella que sacaríamos a la luz cuando recuperara a Eric.

Si es que lo recuperaba, porque si había algo que tenía claro en lo que a secuestros se refería, era que no siempre te devolvían a tu ser querido aun habiendo pagado el precio que ellos consideraban que valía su vida.

Cuando el FBI llegó a mi apartamento, les puse al corriente de todo lo que habíamos descubierto en ese lapso de tiempo desde que la policía se fue, y me aseguraron que recuperaría a mi hijo.

Cassidy se fue a casa, no sin antes pedirnos por favor que la mantuviéramos informada de cualquier novedad. Mi hermana también se marchó, dijo que había quedado con Eliot para poder preparar su plan, y antes de irse me dijo que Ray aprovecharía el momento en el que Astrid se fuera por la mañana para buscar las pruebas.

—¿Y si le pilla? —pregunté.

—Tranquilo, es un hombre listo y no le pillaré. En cuanto tenga lo que necesitamos, saldrá de la casa y Astrid no volverá a tener noticias tuyas.

—Kim, yo...

—No lo digas —sonrió al tiempo que negaba con la cabeza—. Soy tu hermana mayor, y hago lo que debo. Cuido de la familia. —Me dio un beso en la mejilla, se despidió de igual modo de Becky y Lindsey, y nos dejó solos.

Suspiré dejándome caer en el sofá con los ojos cerrados, pensando en las malas decisiones que había tomado desde que dejé a Astrid acercarse a mí.

—¿Quieres que prepare una sopa para cenar? —propuso Becky.

—No tengo hambre —respondí sin abrir los ojos.

—Scott...

—Pequeña, comed algo vosotras. —La miré cogiéndole la mano por encima del respaldo del sofá—. Sobre todo, tú, que ahora debes comer por dos.

—¿Comer por dos? —preguntó Lindsey frunciendo el ceño.

—Mierda, no se lo hemos dicho —Becky negó con la cara más triste que había visto nunca en ella, me puse en pie y me acerqué a Lindsey, poniéndome en cuclillas ante ella—. Lindsey, me gusta tu hermana, me gusta mucho. Creo que incluso puedo asegurar que me enamoré de ella en cuanto la vi. —Miré a Becky y se llevó la mano al vientre—. Y vamos a tener un bebé.

—¿Voy a tener un sobrino? —Abrió mucho los ojos.

—Dos, vas a tener dos sobrinos porque Eric también será hijo de Becky, si ella lo acepta.

—Oh, por Dios —Becky se cubrió el rostro.

—¿Os vais a casar?

—Bueno, algún día, quién sabe, por el momento, seremos novios —sonreí, le cogí la mano a Becky y le besé los nudillos.

Ella asintió y abracé a ambas mientras mi precioso ángel rubio sollozaba en mi pecho.

—Somos una familia ahora —les aseguré, besando la cabeza de ambas.

Solo faltaba Eric.

—No lo digas —sonrió al tiempo que negaba con la cabeza—. Soy tu hermana mayor, y hago lo que debo. Cuido de la familia. —Me dio un beso en la mejilla, se despidió de igual modo de Becky y Lindsey, y nos dejó solos.

Suspiré dejándome caer en el sofá con los ojos cerrados, pensando en las malas decisiones que había tomado desde que dejé a Astrid acercarse a mí.

—¿Quieres que prepare una sopa para cenar? —propuso Becky.

—No tengo hambre —respondí sin abrir los ojos.

—Scott...

—Pequeña, comed algo vosotras. —La miré cogiéndole la mano por encima del respaldo del sofá—. Sobre todo, tú, que ahora debes comer por dos.

—¿Comer por dos? —preguntó Lindsey frunciendo el ceño.

—Mierda, no se lo hemos dicho —Becky negó con la cara más triste que había visto nunca en ella, me puse en pie y me acerqué a Lindsey, poniéndome en cuclillas ante ella—. Lindsey, me gusta tu hermana, me gusta mucho. Creo que incluso puedo asegurar que me enamoré de ella en cuanto la vi. —Miré a Becky y se llevó la mano al vientre—. Y vamos a tener un bebé.

—¿Voy a tener un sobrino? —Abrió mucho los ojos.

—Dos, vas a tener dos sobrinos porque Eric también será hijo de Becky, si ella lo acepta.

—Oh, por Dios —Becky se cubrió el rostro.

—¿Os vais a casar?

—Bueno, algún día, quién sabe, por el momento, seremos novios —sonreí, le cogí la mano a Becky y le besé los nudillos.

Ella asintió y abracé a ambas mientras mi precioso ángel rubio sollozaba en mi pecho.

—Somos una familia ahora —les aseguré, besando la cabeza de ambas.

Solo faltaba Eric.

Capítulo 26



Había pasado la peor noche de mi vida, pero al menos tenía a Becky en mi cama. Se recostó en mi pecho y fue así como nos quedamos dormidos, abrazados el uno al otro.

Después del desayuno se fueron a la organización, Becky me pidió que la mantuviera al corriente de lo que ocurriera, y me marché a la oficina donde me encerré nada más entrar en el despacho y llevaba todo el día sin hacer realmente nada en concreto. Ni siquiera salí a comer, solo organicé la retirada del dinero de varias cuentas de la farmacéutica que los bancos me habían traído.

Hasta que la puerta se abrió a las seis de la tarde y Kim entró allí, seguida por dos hombres vistiendo vaqueros y camiseta, así como unas gafas de aviador.

Ambos tenían el pelo castaño, eran altos y fuertes.

—Hermano, traigo buenas noticias —dijo con una amplia sonrisa—. Ellos son Eliot y Ray, su hermano pequeño.

—Encantado de conoceros.

—El placer es nuestro, señor Black —respondió el que debía ser Eliot, a juzgar por su rostro más maduro.

—Tienen las pruebas, Astrid ya es nuestra. —La voz victoriosa de mi hermana me hizo soltar aire y dejarme caer en el sillón con los ojos cerrados.

No me lo podía creer, de verdad que no.

—En cuanto recuperemos a Eric esta noche, saldrá en la prensa todo lo que tenemos contra ella. —Volvió a hablar Kim—. ¿Recuerdas a ese hombre al que chantajeó antes que antes que ti?

—Sí.

—Me puse en contacto con él ayer, le dije quién era y lo que pasaba, me dijo que no tenía problemas en incluir en mi historia que hubo al menos uno antes que tú que sufrió sus chantajes, solo me pidió que no saliera su nombre en ningún momento. Ya tengo todo el artículo montado —sonrió orgullosa—. No he pegado ojo en toda la noche para tenerlo listo para sacarlo en la prensa.

—No puedo creer que estemos a poco más de dos horas de acabar con todo esto.

—Pues créetelo, hermano. Astrid dejará de ser la culpable de nuestras peores pesadillas.

—Cuando tenga a Eric de vuelta, Kim, solo entonces sabré que se acabaron mis pesadillas.

—Sé dónde lo tienen —comentó Ray—. El hombre al que le encargó el secuestro no vive muy lejos de donde Astrid tiene la *boutique*.

—Envié a un par de hombres a vigilar la casa, el niño está allí. Vieron llegar a Astrid, le hicieron algunas fotos así que no podrá volver a negar que no tenía nada que ver con este asunto —dijo Eliot—. Cuando vaya a hacer el intercambio lo seguirán hasta la playa, si trata de huir con él, se lo impedirán.

Asentí, me puse en pie y miré por el ventanal. Mi móvil sonó y vi que era un mensaje de Becky, estaban en su piso empezando a empaquetar todo lo que se llevarían a mi apartamento.

Me pidió que estuviera tranquilo y que supiera que pensaba en mí y en Eric, que tenía la certeza de que recuperaría a mi pequeño y que estaba deseando poder abrazarle.

—Scott —me giré al escuchar a Elisa—. Ha llegado el FBI.

—Hazles pasar.

Ella asintió y poco después entraron los mismos agentes del FBI que la noche anterior estuvieron en mi apartamento.

Les acompañaban otras dos personas, una de ellas me puso un micrófono en el pecho por si hablaba con el hombre que tenía a mi hijo, y el otro escondió un rastreador en la bolsa del dinero para poder seguirlo.

Según me dijo la policía, Astrid había dicho que no sabía nada sobre el secuestro de mi hijo, pero ni siquiera se molestó en llamarme y preguntar, lo que me dejaba aún más claro que ella estaba detrás de todo eso.

¿Tanto codiciaba lo que yo tenía como para arrebatarme a mi hijo?

—Bien, señor Black, estaremos escuchando en todo momento —dijo uno de los federales—. Tenemos a varios agentes en el lugar donde deberá realizarse el intercambio, estará vigilado y si ocurriera algo, no dude que intervendrán para sacar a su hijo de allí.

r
—Gracias —dije.

Eché un vistazo al reloj, se acercaba la hora y con cada segundo que pasaba, más nervioso me ponía. Pero debía estar tan tranquilo como fuera posible por él, por mi pequeño.

Cogí las bolsas con el dinero, bajé al aparcamiento y las guardé en el maletero de mi coche. En cuanto me puse en marcha vi la cara de Eric, y me preguntaba si estaría bien, si le habría hecho daño. ¿Cómo pudo Astrid siquiera hacer algo así?

No me entraba en la cabeza.

Aparqué cerca del restaurante, saqué las bolsas del maletero y tal como dijeron en la llamada la noche anterior, las dejé en la papelera. Eché un vistazo rápido a ver si veía a alguien que me resultara sospechoso, pero no sabría distinguirlos.

Regresé al coche a esperar y no tardó en llegar una furgoneta negra que aparcó a unos tres metros de mí. Un hombre con la cabeza rapada y los brazos llenos de tatuajes que seguramente habrían sido hechos en una cárcel, bajó de ella llevando consigo el moisés de Eric. Lo reconocería en cualquier sitio.

Agudicé la vista y vi a mi pequeño con sus llaves de plástico en las manos, esas que mordía constantemente. Al menos estaba bien.

El hombre dejó el moisés de Eric en el suelo, sacó las dos bolsas con el dinero y echó a correr hacia la furgoneta.

Ni siquiera lo pensé, salí del coche y fui a por mi hijo, quien me recibió con una de sus sonrisas.

En cuanto la furgoneta emprendió su huida, vi que varios coches salían tras ella, seguramente federales en busca del secuestrador y mis tres millones de dólares.

Llamé a Becky para decirle que tenía a Eric de vuelta, y después a mi hermana.

—Y ahora es mi turno —dijo con una voz de lo más cantarina—. Se va a arrepentir de haber jugado con los hermanos Black.

Volví a mirar a mi hijo, le besé la frente y cuando regresé al coche vi a los dos federales que me habían ayudado.

—Lo están siguiendo —me informó uno de ellos—. Si Astrid Green está esperándole en algún punto de encuentro tal como creemos, la cogeremos a ella también. Esta noche acabará todo, señor Black.

Asentí, y puse rumbo al lugar en el que mi hijo y yo debíamos estar en ese momento. Con Becky y Lindsey, nuestras chicas, nuestra familia.

Aparqué cerca del restaurante, saqué las bolsas del maletero y tal como dijeron en la llamada la noche anterior, las dejé en la papelería. Eché un vistazo rápido a ver si veía a alguien que me resultara sospechoso, pero no sabría distinguirlos.

Regresé al coche a esperar y no tardó en llegar una furgoneta negra que aparcó a unos tres metros de mí. Un hombre con la cabeza rapada y los brazos llenos de tatuajes que seguramente habrían sido hechos en una cárcel, bajó de ella llevando consigo el moisés de Eric. Lo reconocería en cualquier sitio.

Agudicé la vista y vi a mi pequeño con sus llaves de plástico en las manos, esas que mordía constantemente. Al menos estaba bien.

El hombre dejó el moisés de Eric en el suelo, sacó las dos bolsas con el dinero y echó a correr hacia la furgoneta.

Ni siquiera lo pensé, salí del coche y fui a por mi hijo, quien me recibió con una de sus sonrisas.

En cuanto la furgoneta emprendió su huida, vi que varios coches salían tras ella, seguramente federales en busca del secuestrador y mis tres millones de dólares.

Llamé a Becky para decirle que tenía a Eric de vuelta, y después a mi hermana.

—Y ahora es mi turno —dijo con una voz de lo más cantarina—. Se va a arrepentir de haber jugado con los hermanos Black.

Volví a mirar a mi hijo, le besé la frente y cuando regresé al coche vi a los dos federales que me habían ayudado.

—Lo están siguiendo —me informó uno de ellos—. Si Astrid Green está esperándole en algún punto de encuentro tal como creemos, la cogeremos a ella también. Esta noche acabará todo, señor Black.

Asentí, y puse rumbo al lugar en el que mi hijo y yo debíamos estar en ese momento.

Con Becky y Lindsey, nuestras chicas, nuestra familia.

Capítulo 27



Había pasado una semana desde que el FBI detuvo a Astrid. No solo la juzgarían por planear y organizar el secuestro de un menor, sino que tenían pruebas suficientes de los chantajes que me había hecho desde que todo empezó, casi dos años atrás.

A raíz del artículo que publicó una de las periodistas en las que más confiaba Kim del mundo de la prensa, en el que dijimos que al menos había habido otro empresario antes que yo que fue chantajeado, esa periodista recibió muchas llamadas de otros hombres que, por un motivo u otro, habían caído en las garras de la encantadora Astrid Green y pagaron grandes cantidades de dinero para que no arruinara sus carreras.

Todos esos nombres fueron anónimos en un segundo artículo, y se presentaron encantados a declarar ante el juez mediante grabaciones con la voz distorsionada para que nadie pudiera reconocerles.

Esa mujer había hecho una fortuna chantajeando a más de veinte hombres durante quince años.

Ninguno denunció nunca porque no querían verse salpicados con esos escándalos, pero en cuanto yo abrí la caja de Pandora, todos contaron sus vivencias.

Astrid iba a pasar una buena temporada en la cárcel acusada de secuestro y extorsión, por no hablar de pagar a una reputada ginecóloga para que falsificara una ecografía.

Y por fin ese día Becky y Lindsey se mudaban oficialmente a mi apartamento. Algo que llevaba esperando desde que supe que iba a ser padre, otra vez.

Estaba emplatando la cena que había pedido en el restaurante de Shao Ming, con Eric a mi lado sacudiendo el sonajero con fuerza como si de una bonita música de fondo se tratase, cuando escuché la llave en la cerradura.

—Ya estamos aquí —dijo Becky al entrar.

—Estamos en la cocina.

Las vi aparecer a ambas con un par de bolsas cada una, así como una planta que, juraría, no había visto en su piso.

—Queríamos darle un toque de color a tu apartamento —comentó con una sonrisa.

—Algo me dice que no será el único toque de color que pondréis. —Arqué la ceja.

—No —respondieron ambas.

Fueron a dejar las bolsas en las respectivas habitaciones y cuando regresaron, Becky me dio un beso en los labios mientras Lindsey sonreía sentada frente a Eric.

Aquello se había convertido en una costumbre, siempre que nos veíamos o teníamos que despedirnos, nos besábamos.

Pusimos la mesa y nos sentamos a cenar, ella insistió en darle el biberón a Eric y cuando se lo acabó todo y le sacó los gases, fue cuando comió un poco más tranquila.

Eso también formaba parte de nuestra rutina, el turnarnos para darle de cenar a Eric, así como bañarle y meterlo en la cama.

Era algo tan natural para los dos, que no nos había costado nada coger esas rutinas.

—¿Qué te pasa? —me preguntó mientras recogíamos.

—Nada —mentí.

—Hay algo que te preocupa. ¿Está todo bien con Astrid?

—Sí, sigue entre rejas. —La besé en la frente.

No quería delatarme, pero sin duda alguna había sido inevitable. Estaba nervioso, esa era la verdad, porque iba a hacer algo que pensé que no haría nunca con nadie.

Podía recordar las palabras de mi hermana mayor cuando saqué el tema:

—Si es la indicada ya lo sabías antes incluso de ser consciente de ello. ¿Qué solía decir mamá sobre el amor? «Llega sin esperarlo, tambaleando los cimientos de nuestra vida y haciendo que esa persona se convierta en todo nuestro mundo».

Y tenía razón, Becky había llegado para convertirse en mi mundo. Por eso estaba a punto de hacer lo que iba a hacer, y además de mi hermana, Lindsey también lo sabía.

Mi pequeña cuñada solo necesitaba una señal para que supiera que había llegado el momento, así que en cuanto Becky y yo fuimos a acostar a Eric, eché un vistazo a mi cómplice y ayudante y tras mi guiño de ojo, sonrió y se puso en marcha.

Ella tenía que ir a la que se había convertido en su habitación para coger lo que yo dejé ahí unas horas antes, colocarlo en la mesa frente al sofá y esperarnos en el pasillo para irse a la cama con la excusa de que tenía sueño.

Mientras veía a Becky mecer a Eric, no podía evitar imaginarla meciendo al bebé que estaba en camino. No tenía dudas de que sería una madre estupenda, y saber que a Eric lo trataba como si también fuese suyo, me llenaba el corazón de una manera que nunca creí posible.

—Descansa, pequeñín —susurró mientras le acomodaba en la cuna.

—Eso, mi pequeña mofetilla radiactiva, descansa y no te despiertes hasta mañana.

—Scott Black, no sigas llamando así al niño, le vas a crear un trauma —protestó.

—Estoy completamente seguro de que no me entiende.

—Quizás, sí, los bebés son como esponjas, absorben todo.

ó

—Anda, vamos a ver un rato la tele. —La besé y tras entrelazar nuestras manos, salimos de la habitación.

Era el turno de mi cuñada. Y ahí estaba, bostezando ampliamente mientras caminaba hacia nosotros.

—¿Lindsey? —La llamó Becky.

—Me voy a la cama, hermanita —dijo con la voz cansada—. Tengo sueño. Mucho. Mucho no, muchísimo sueño.

Becky arqueó la ceja, señal de que no se tragaba aquella mentira por parte de su hermana pequeña, quien me miró de reojo cuando se acercó a ella y antes de darle un beso en la mejilla, me guiño un ojo y levantó el pulgar dándome a entender de que estaba todo listo.

Perfecto, había llegado el momento.

Me dio las buenas noches y Becky y yo fuimos al salón, ese que encontramos apenas iluminado por algunas velas aquí y allá.

—¿Qué es todo esto, Scott?

—Solo quería que tuviéramos un momento tranquilo mientras veíamos la tele.

—¿Y esa rosa roja que hay en la mesa? —frunció el ceño.

—Solo un pequeño detalle de bienvenida.

—Ya.

Acortamos la distancia que había hasta el sofá, y fue en ese momento cuando vio la pequeña caja oculta bajo la rosa.

Becky me miró, y yo me limité a sonreír.

—Scott.

—Es un regalo, puedes abrirlo, no tiene nada que te vaya a morder.

Se sentó en el sofá y yo me quedé allí de pie mientras cogía la caja, y tras abrirla, se llevó la mano a la boca ahogando un grito de sorpresa.

Fue justo entonces cuando me arrodillé ante ella y le cogí la mano.

—Scott —murmuró, visiblemente emocionada.

—Sé que solo hace un par de meses que nos conocemos, pero mi madre solía decir que cuando la persona adecuada llega a tu vida, simplemente lo sabes. Tú eres esa persona, Becky. Eres alguien importante no solo en mi vida sino en la de mi hijo. Te conocí al mismo tiempo que yo y creo que él sabía que te quería a nuestro lado. He acabado admitiéndome a mí mismo que te quiero como pensé que no sería posible, y por eso, me encantaría que me hicieras el hombre más feliz del mundo aceptando ser mi esposa. —Saqué el anillo de la cajita, y poco a poco se lo fui colocando en el dedo—. Becky, ¿quieres casarte conmigo?

—Ay, por favor, no me lo puedo creer —susurró mirando el anillo—. ¿Esto es en serio, Scott?

—Tan en serio como que vamos a ser padres, pequeña —sonreí.

—Tengo una hermana a mi cargo.

—Y yo tengo un hijo, ¿y? Os lo dije, somos una familia.

—Cualquier otra mujer...

—No quiero a cualquier otra mujer, te quiero a ti, tú eres mía, Becky, siempre has sido mía al igual que yo he sido tuyo.

—¡Di que sí, Becky! —gritó Lindsey desde el pasillo.

—Ella lo sabía, claro —sonrió.

—Claro que lo sabía, ¿quién crees que ha puesto las velas, hermanita? —dijo acercándose a nosotros— Me preguntó si me parecía bien, y le dije que, mientras te haga feliz, tenía mi bendición.

—Bueno, en ese caso, si tienes la bendición de mi hermana, supongo que sí, puedo casarme contigo.

—Creí que tendría que pedir una ambulancia, estaba a punto de sufrir un infarto —suspiré.

Abracé a mi prometida, quien lloró sobre mi hombro mientras su hermana pequeña nos abrazaba a los dos.

No mentía al decir que ellas eran mi familia, quizás las veía así desde el primer momento en el que entraron por la puerta de mi apartamento, para que Becky compartiera conmigo algunas de sus lecciones de sabiduría en lo que al cuidado de bebés se refería.

Siempre creí que lo tenía todo, hasta que ellos llegaron a mi vida.

i
;

)

l
l

Epílogo



Siete años después...

No, desde luego que no lo había tenido todo.

Solo era un hombre que a sus veintiocho años heredó una empresa y una fortuna que no le correspondían, únicamente porque su hermana mayor no quería esa responsabilidad.

Tenía dinero, me había criado entre lujos, sí, pero no tenía el verdadero tesoro que mi madre siempre tuvo.

La familia que tenía hoy en día.

Mi hermana Kimberly era todo lo que me quedó cuando perdimos a nuestros padres, y nunca pensé que llegaría a tener una familia propia hasta que mi hijo Eric apareció en mi puerta.

Ahora tenía seis años, y desde bien pequeño demostró ser un niño muy inteligente, así como cariñoso.

Apenas tenía trece meses cuando nació su hermana Lisbeth, nombre que llevaba porque tal como dijo Becky, nosotros nos encontramos porque aquella mujer lo había hecho posible.

La pequeña de cabellos dorados como su madre y ojos azules como su hermano y yo, tenía cinco años y era una niña de lo más cariñosa con todo el mundo.

Pero no teníamos solo dos hijos, no, teníamos dos más, un par de gemelos que llegaron, al igual que sus hermanos mayores, por sorpresa dos años atrás.

La noche que nos enteramos Becky y yo estábamos en una gala benéfica de la organización, ella se había encargado de preparar todo y estando en el escenario, se desmayó.

Todos los que conocíamos a mi esposa pensábamos que era por el poco descanso que había tenido durante esas semanas, hasta que en el hospital nos dijeron que estaba embarazada de cuatro semanas, y venían dos.

Aaron y Zack tenían un año y se habían convertido en un par de diablillos que tenían a Cassidy amenazando con despedirse día sí, y día también.

Pero todos sabíamos que aquella mujer no nos dejaría hasta que, como ella decía, el creador la llamara a su lado,

adoraba a todos nuestros hijos, al igual que a Lindsey, quien a esas horas de la mañana ya habría acabado su primer día de universidad.

Al igual que Becky, iba a estudiar pediatría y quería seguir los pasos de su hermana, trabajando en la organización que llevaba el nombre de mi madre, para ayudar a los más desfavorecidos.

—¿Quieres dejar de mirar el reloj, hermano? —exigió Kim, que estaba ayudando a Becky a poner la mesa.

—Está tardando mucho en volver —fue todo lo que dije.

—Cuñado, como te dije, tengo un par de hombres cerca de ella —me informó Eliot, el marido de mi hermana.

—Un momento. —Becky levantó la mano—. ¿Has pedido a Eliot que vigile a Lindsey?

—Cariño, es como una hija para mí, me preocupo por ella.

—Por Dios, Scott Black, esto es invasión de su intimidad.

En ese momento la puerta de nuestra casa se abrió, y la voz cantarina de Lindsey, esa preciosa niña rubia que una vez conocí, avisó de su llegada.

Pero ya no era una niña, a sus dieciocho años se había convertido en una joven tan hermosa como lo era su hermana. Y sí, le había pedido a mi cuñado que la vigilara en su primer día de universidad porque sabía que la gente podía ser muy cruel con las novatadas.

—Mirad a quiénes he traído a comer a casa —anunció al entrar en el salón, seguida por los dos chicos que Eliot había enviado para protegerla, en caso de ser necesario.

Los conocía bien, Tom y Brad eran apenas unos años mayores que ella, y que llevaban trabajando para Eliot y su empresa un par de años.

—¿Ellos, Eliot? —suspiré— Los conoce desde que los contrataste, por el amor de Dios.

—La pregunta, cuñado querido, es ¿por qué me habéis puesto una especie de escolta? —interrogó Lindsey en un gesto tan igual al de su hermana mayor, que no pude evitar pensar en el pobre muchacho que se enamorara de ella, aunque mucho me temía que el joven Brad sería el afortunado, por cómo miraba a la que una vez fue mi niña.

—No quería que sufieras una novatada.

—¿Esa es tu excusa? Genial.

—¿Cómo ha ido tu primer día de universidad, cariño? —le preguntó Becky.

—Muy bien, los profesores son muy majos, estoy en un par de clases con las mismas chicas y hemos hecho grupo al menos no estaré sola —sonrió.

Cuando llamaron al timbre, mi hermana fue a abrir y regresó con Mike, Alice, Elisa y su marido, Rony, uno de los

proveedores de la farmacéutica que le echó el ojo a mi secretaria al punto de querer llevarla a trabajar para él, pero ella dijo que nunca mezclaba trabajo con placer.

1 Cuando Rony le preguntó a qué se refería, ella dijo que algún día serían una pareja, a eso se refería.

Y como era evidente, Mike al fin se decidió a hablar con Alice y hacía cinco años que eran pareja, de los que llevaban cuatro casados.

Aquella era mi familia, la que yo construí con la mujer que llegó para, como decía mi madre, sacudir los cimientos de mi vida y convertirse en todo mi mundo.

—¿Esta reunión familiar a qué se debe? —preguntó Lindsey cuando nos sentamos.

—Es para celebrar que ya eres una joven universitaria —respondí.

—Espero que cuando sea una joven licenciada en pediatría, lo celebremos también.

—Dalo por hecho, preciosa —sonreí.

—¿Serás tan feliz cuando te diga que tengo novio? —Curioseó, y por la tos de Brad, algo me decía que aquello ya era una realidad.

—Depende del chico que elijas para ese puesto. Él deberá saber que solo queremos lo mejor para ti, Lindsey, y que tendrá que respetarte y cuidarte. Y, si alguna vez te hace daño, por poco que sea —miré a Brad con todo el disimulo que pude— me dará igual a qué se dedique, o si sabe usar un arma, yo seré quien le golpee primero.

Lo supe en cuanto Brad asintió, con los ojos fijos en los míos.

Aquella niña rubia que me conquistó tanto como su hermana, había crecido y era una joven de dieciocho años saliendo con un chico cuatro años mayor que ella.

Durante la comida Lindsey nos habló de la universidad, de las clases, los profesores y las ganas que tenía de comenzar oficialmente el curso.

2 Cuando Becky y yo estábamos en la cocina, preparando el café para todos, tuve que preguntarle lo que me rondaba la cabeza.

—¿Tú lo sabías?

—¿Saber qué? —respondió, pero por el modo en el que se le sonrojaron las mejillas, supe que sabía a qué me refería.

—Lo de Lindsey y Brad.

3
—Cariño, las hermanas mayores, al igual que las madres, lo sabemos todo —sonrió besándome en los labios—. ¿O crees que tu hermana no sabía que nosotros tendríamos algo antes de que nos presentaras en aquella gala?

o —¿Desde cuándo?

—Desde que cumplió los dieciocho, pero se gustan desde hace mucho más. Brad la respeta, Scott. —Me tranquilizó—. Esperó a que cumpliera los dieciocho y fuera una joven universitaria para formalizarlo.

—No quiero que eso la desconcentre, quiero que acabe la carrera. Ya sabes que el amor va y viene...

—Pero también que, cuando llega, llega —sonrió.

s

Cierto, eso yo lo sabía mejor que nadie.

—Te quiero, señora Scott —dije rodeándola por la cintura.

—Estoy segura de que podrás demostrarme cuánto esta noche —susurró.

—Echa a todos, te lo demostraré ahora.

Y mi mujer soltó una carcajada, esa que callé besándola.

t

—¿Desde cuándo?

—Desde que cumplió los dieciocho, pero se gustan desde hace mucho más. Brad la respeta, Scott. —Me tranquilizó—. Esperó a que cumpliera los dieciocho y fuera una joven universitaria para formalizarlo.

—No quiero que eso la desconcentre, quiero que acabe la carrera. Ya sabes que el amor va y viene...

—Pero también que, cuando llega, llega —sonrió.

Cierto, eso yo lo sabía mejor que nadie.

—Te quiero, señora Scott —dije rodeándola por la cintura.

—Estoy segura de que podrás demostrarme cuánto esta noche —susurró.

—Echa a todos, te lo demostraré ahora.

Y mi mujer soltó una carcajada, esa que callé besándola.

RRSS:

Facebook: [Marcos Álvarez Castro](#)

IG: @marcosalvarezcastro

Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: [Marcos Álvarez Castro](#)

IG: @marcosalvarezcastro

Twitter: @ChicasTribu